

Susanaga Weeraperuma

KRISHNAMURTI TAL COMO LE CONOCÍ

Traducción
de
Celia Filipetto

Dedicado afectuosamente a Claudia

PREFACIO

Estuve estrechamente relacionado con Sri J. Krishnamurti y participé con entusiasmo en su trabajo durante unos treinta años.

La mayoría de los pasajes de este libro provienen de mis cuadernos de apuntes. Por desgracia, nunca logré decidirme a llevar un diario, pero he dejado constancia escrita de mis muchas y muy interesantes entrevistas y encuentros con Krishnaji y otras relevantes personalidades.

Esta obra no es una biografía de Krishnaji; sin embargo, como cabría esperarse, en ella abundan los datos biográficos así como sus observaciones sobre asuntos de gran interés espiritual.

Las anécdotas de la vida de Krishnaji que aquí se ofrecen poseen un significado filosófico profundo y oculto y nos ayudan a comprender su personalidad enigmática. Incluso sus chistes y sus comentarios ocasionales deberían tomarse con seriedad porque emanaban aparentemente de ese silencio interior creativo que él denominaba «la otredad».

Susanaga Weeraperuma

PRIMERA PARTE

K

LA MORADA DE LA SABIDURÍA

En mi época de colegial me pasaba las tardes en la Biblioteca Pública de Colombo, donde transcurrieron algunos de los días más felices de mi vida. Allí me perdía en un mundo misteriosamente encantado, lleno de libros, revistas y periódicos de diferentes países. La consideraba una forma mucho más interesante de emplear mis horas libres que malgastarlas en juegos o deportes tontos. Un día, mientras curioseaba entre los estantes en busca de algo nuevo para leer, me encontré con un pequeño volumen titulado *El sendero*. En su cubierta aparecía una foto en blanco y negro de una magnífica cabeza esculpida por Antoine Bourdelle. Me quedé unos instantes maravillado por la belleza de aquella obra maestra de la escultura. Las facciones del rostro aparecían armoniosamente plasmadas. Como amante de la belleza no pude sustraerme al sutil magnetismo y a la nobleza de aquella cara. Al principio pensé que se trataba de una escultura de los clásicos griegos, pero después me enteré de que era nada más ni nada menos que la cabeza de J. Krishnamurti. Así fue como descubrí a Krishnaji, cuyas enseñanzas han sido la influencia más importante y formativa de mi vida. Fue aquella reacción puramente estética a su aspecto exterior lo que me impulsó a interesarme por sus enseñanzas.

Años más tarde resultó para mí una dichosa experiencia visitar el Museo Bourdelle en París, donde vi el original de la citada escultura. Bourdelle esculpió varias cabezas de Krishnamurti, exhibidas de forma permanente en este museo. Merece la pena notar que este gran escultor tenía en gran estima a Krishnamurti. Bourdelle sostenía que para Krishnamurti «las cosas eternas son las únicas que importan».

Como es natural, y debido a mi educación budista, *El sendero* (1924) me absorbió por completo. Este largo ensayo es una descripción poética de las luchas y los pesares experimentados por Krishnamurti en su búsqueda de la iluminación. Sentí que aquel libro reflejaba la desdicha del samsara con su ciclo de nacimientos y muertes y la libertad que de él resulta. La esencia de esta obra se resume en esta frase: «Vosotros, los que sufrís, acompañadme y entrad conmigo en la morada de la sabiduría y las sombras de la inmortalidad».

¿QUÉ HAY EN UN NOMBRE?

Para muchas personas el nombre «Krishnamurti» es sinónimo de «sabiduría». «Krishnamurti» significa «a semejanza de Dios». Un nombre bien elegido. A diferencia de tantos esnobs, Krishnamurti no sentía apego por su nombre y nunca le dio importancia. Un nombre no es más que una etiqueta y una manera de identificar a las personas. Con frecuencia, K se refería a sí mismo como «el orador» o sencillamente como «K». Por ello, yo también lo llamaré así en lugar de utilizar su nombre completo, aunque reconozco que «K» no sustituye a «Krishnaji», como lo llamábamos en señal de respeto y cariño.

No hay nombre capaz de describir adecuadamente al hombre que representaba lo innombrable.

PRIMERAS IMPRESIONES DE KRISHNAMURTI

Era muy joven la primera vez que vi a K en persona, el día de navidad del año 1949. Estos recuerdos aparecen descritos en mi libro *Living and dying from moment to moment* (Bombay: Chetana, 1978).

«Me interesé por primera vez en Krishnamurti en mi época de escolar, allá por el año 1949, cuando oí hablar de él en Colombo. Recuerdo como si fuera hoy que me encontraba entre una gran multitud que esperaba impaciente a que un hombre santo llamado Krishnamurti llegara al Ayuntamiento de Colombo. Por fin apareció el coche oficial y ahí estaba, un hombre delgado que se sentó nervioso al lado del entonces alcalde, el desaparecido doctor Kumaran Ratuam, un conocido político comunista de la ciudad. Krishnamurti todavía conservaba el pelo negro con canas en las sienes. Se bajó de un salto de la limusina y corrió escaleras arriba en un intento por evitar las curiosas miradas de sus numerosos seguidores. Vestía un elegante *dhooti* de seda blanca. Jamás se me borró de la memoria aquella primera impresión de él, sobre todo por que de pequeño no estaba acostumbrado a ver hombres santos vestidos con tanta opulencia. Estaba condicionado por el ejemplo del Mahatma Gandhi que sólo llevaba un taparrabos».

En las siguientes apariciones en público tuve la oportunidad de observarlo más de cerca. Aquellos ojos tiernos y ausentes fueron para mí una sorpresa porque yo esperaba ver los ojos ardientes y luminosos de un yogui. Por aquella época había visto algunos destacados yoguis indios, incluido Swami Sivananda que me había invitado a su ashram de Rishikesh, en el Himalaya. Los ojos luminosos generalmente van asociados a la brillantez intelectual mientras que los ojos tiernos indican serenidad y compasión.

OBJECIÓN MONACAL

Tenía por costumbre estudiar el budismo en el templo Vajirarama de Colombo. Uno de los bhikkus (monjes budistas) de este monasterio hizo lo imposible por convencerme para que no asistiera a las charlas de K. Me decía que nadie podía superar a Buda y que Krishnamurti no hacía otra cosa que predicar una forma refinada de budismo.

Le contesté que si era budismo refinado por qué se oponía tanto a él.

¿UN ARHAT?

Después de asistir a un debate, este monje murmuró contra K: «¿Por qué es Krishnamurti un hombre tan nervioso? Si es un arhat, ¿no debería ser más apacible?» Le respondí: «Venerable señor, el problema radica en que tiene usted una idea preconcebida sobre cómo debería comportarse un arhat. ¿Alguna vez ha conocido a algún arhat? Tal como yo lo veo, un arhat piensa y siente como todos. Es inevitable que las personas inteligentes y sensibles tengan fuertes sentimientos. Como es natural, a pesar de que un arhat experimente pensamientos y emociones éstas no llegan a fijarse de modo estable en su espíritu. Un arhat es libre sólo en el sentido de que no posee un sustrato de pensamientos y emociones, no tiene antecedentes».

ACTITUD DIGNA

Un destacado político asistió a uno de los debates. Se expresó en un tono abusivo e insultante e incluso llegó a llamar impostor a K. K no se inmutó y continuó la discusión como si nada hubiera pasado. En otra ocasión, un hombre censuró a K valiéndose de un lenguaje soez. K le contestó: «¿Cuál es su problema, señor?»

Este hombre no tardó en convertirse en el hazmerreír de los allí presentes, porque era obvio que había recurrido a palabras ofensivas por la simple razón de que sentía una profunda turbación interior. A lo largo de los años comprobé en diversas ocasiones que K nunca se sentía halagado por los elogios ni herido por las críticas y los insultos. K era como un árbol poderoso que permanece impávido ante el azote de la tormenta. Los árboles más débiles se agitan desesperadamente al viento, pero el árbol fuerte nunca pierde la compostura, ni siquiera en las situaciones más difíciles.

UNIVERSIDAD DE CEILÁN

Los estudiantes de la Universidad de Ceilán (como se la llamaba entonces) en Colombo se mostraron asombrosamente hostiles cuando K fue invitado a darles una charla. Todos los asientos del salón de actos estaban ocupados, hecho nada sorprendente pues las personalidades atraían multitudes. En muchas ocasiones, en ese mismo salón de actos he visto a los estudiantes reírse de famosos estadistas, de eminentes políticos y hombres de letras. Imagino que será la manera grosera que tienen de manifestar su desafío a la autoridad. Es probable que algunos de ellos dieran rienda suelta a la frustración, la agresividad y la violencia contenidas.

Al entrar en el salón de actos, K se encontró con un recibimiento nada unánime: algunos lo aplaudieron, otros lo abuchearon abiertamente. Interrumpieron varias veces su discurso. Lo importunaron con preguntas que no venían al caso. Entonces, K les preguntó por qué se comportaban de aquella manera, teniendo en cuenta que al fin y al cabo había sido especialmente invitado para darles esa charla. K prosiguió hablando a pesar de las interrupciones y en su actitud no hubo el menor asomo de resentimiento hacia los estudiantes. Algunas veces, llegó incluso a reírse con ellos. Su discurso de aquel día fue particularmente elocuente y emotivo. Algunos estudiantes que al principio se habían mostrado díscolos, se acercaron luego para disculparse.

No recuerdo haber oído al representante estudiantil haciéndole este cumplido a K pero me baso en la descripción que G. Venkarachalam hace de esta memorable reunión en su libro *My contemporaries*. El representante estudiantil había denunciado a K al inicio de la conferencia, pero al terminar ésta, llegó al extremo de calificarlo de Sócrates moderno y de catalogarlo como el más grande maestro después de Buda.

JAWAHARLAL NEHRU

La visita de K a Colombo coincidió con la Conferencia de Primeros Ministros de la Commonwealth celebrada en esa ciudad. A Colombo se desplazaron famosos estadistas como el pandit Jawaharlal Nehru y Ernest Bevin y, lamentablemente, los periódicos dedicaron demasiado espacio a informar sobre las actividades de estos estadistas, por lo que no promocionaron lo suficiente la presencia de K en nuestro país. Quienes tenían un serio interés en las enseñanzas de K se mostraron comprensiblemente molestos de que los políticos y estadistas hubieran hecho sombra a K. Un importante periódico informó entonces de un incidente que sirvió de sutil contrapeso para equilibrar esta desigualdad en el tratamiento publicitario.

El pandit Nehru, en su calidad de invitado, residía en el Palacio de la Reina, la mansión del gobernador general. Una mañana, los guardias de seguridad se llevaron un susto de muerte al comprobar que el primer ministro indio había desaparecido. Nadie tenía idea de dónde podía encontrarse. ¿Lo habrían secuestrado, quizás? Y entonces, el pandit Nehru apareció de repente en un coche. Resulta interesante cómo justificaron su desaparición. Al enterarse de que K estaba en la ciudad, Nehru decidió visitar en secreto al sabio para presentarle sus respetos extraoficialmente.

EL INMENSO CIELO

En las cercanías de la Isla de los Esclavos, un ajetreado suburbio de Colombo, hay un bonito lago. A K le gustaba pasearse junto a este lago poco después de la puesta de sol, cuando refresca. Algunas veces, caminaba tan deprisa por el estrecho sendero que bordea el lago que temíamos que tropezara con una piedra y fuera a caer en las aguas lodosas plagadas de serpientes. No se trataba de un temor infundado sino del todo razonable, especialmente porque una tarde se paseó como sumido en un trance, con la cabeza bien erguida. Miraba fijamente el cielo rojo y parecía no percatarse del estrecho sendero y del lago, que estaba a dos pasos. Nos dio la impresión de que podía tener un accidente de un momento a otro. Mi amigo se adelantó de un salto para proteger a K. K le sujetó la mano y le dijo: «Mire usted el cielo. El cielo abre el espíritu». Regresamos a casa sin dejar de pensar si debíamos tomarnos en serio la observación de K. ¿Nos sugería acaso que mirar fijamente el cielo era una actividad que expendía el espíritu? ¿Pero acaso no se había K manifestado en contra de las técnicas para alcanzar el conocimiento? Discutimos a fondo la cuestión, pero por desgracia, quedamos sumidos en un estado de confusión.

Años más tarde, volví a encontrarme con este amigo y recordamos el incidente del lago. Me comentó que contemplaba con frecuencia el cielo y que disfrutaba mucho haciéndolo; también me dijo que no observaba los cielos como los astrónomos, con un objetivo predeterminado. Los dos convinimos en que por importante que sea contemplar el cielo, las montañas y los mares y comulgar así con la naturaleza, esto no debería considerarse como una práctica espiritual o sadhana. Es inevitable que una persona alerta y sensible comulgue con la naturaleza; se trata de un acto puro sin motivaciones ocultas, algo que se hace por puro gusto.

EL DOCTOR E.W. ADIKARAM

Es preciso escribir a fondo sobre la vida y actividades de Adikaram, uno de los amigos y admiradores más próximos a K. Cuando yo era adolescente, mi reacción ante la personalidad y enseñanzas de K se vio muy influida por los puntos de vista de este notable filósofo llamado Adikaram.

Eminente pedagogo de Sri Lanka, escritor prolífico, estudioso del pali y autor de libros científicos en cingalés, Adikaram se doctoró en filosofía por la Universidad de Londres con una tesis titulada *Historia de los inicios del budismo en Ceilán o estado del budismo en Ceilán tal como la revelan los comentarios en pali del siglo V d.C.* Había sido teósofo y seguidor del Mahatma Gandhi, pero el principal factor de formación en su vida fueron las enseñanzas de K. La interpretación krishnamurtiana de la filosofía budista reflejada en sus controvertidos libros y artículos molestó mucho a los sectores ortodoxos del clero budista de Sri Lanka.

En su época de estudiante en Londres, asistió a los Campamentos de la Estrella en Ommen, Holanda, donde escuchó las inspiradas visiones de K, que por entonces se encontraba en el esplendor de su juventud. Me contó que para muchos constituía una conmovedora experiencia espiritual asistir a aquellas reuniones, poder sentarse y contemplar la belleza física de K, aunque no lograran entender nada de lo que decía.

Después de trabajar diez años como director de Ananda Sastralaya en Kotte, Adikaram renunció al puesto, se desprendió de sus escasas pertenencias y vivió como sannyasin el resto de su vida. No contaba con ahorros ni tenía derecho a recibir una pensión estatal. Le gustaba citar la sentencia de K que dice que la seguridad no existe. Que la inteligencia, si se posee, es la única seguridad. En el ocaso de su vida, desempeñó el elevado cargo, esencialmente honorífico, de canciller de la Universidad de Sri Jayawardhanapura. En esta misma institución, K dio una conferencia a los estudiantes en el año 1980.

Hacia el final de su vida, Adikaram reconoció que la educación no era la panacea de todos los males sociales tal como había pensado. La educación hace de nosotros personas bien informadas, no sabias. Cuando un delincuente es instruido, ¿acaso se convierte automáticamente en mejor ser humano? Esto no significa que los delincuentes no deban ser educados, pero lo que suele ocurrir es que la educación les permite continuar con sus acciones criminales de una forma más astuta y elaborada. La naturaleza humana no puede cambiar con la educación; sólo se consigue cuando la psiquis se desprende del egoísmo y de rasgos antisociales como la violencia, la ambición, el odio y la envidia. Sólo una revolución psicológica interior es capaz de transformar la naturaleza animal innata del hombre. Esta visión fue algo que había aprendido de su gran mentor, K. Las enseñanzas de K moldearon profundamente el espíritu de Adikaram y de la mayoría de sus compañeros. Yo mismo estaba bastante

familiarizado con estas enseñanzas antes de conocer a Adikaram. Por entonces, yo estudiaba en la Escuela Universitaria de Ananda, en Colombo, y recuerdo como si fuera hoy que le escribí una larga misiva para preguntarle si había oído hablar de Krishnamurti. ¿Qué fue lo que me impulsó a escribir semejante carta? Había leído una serie de artículos filosóficos de Adikaram que se publicaban en el periódico cingalés *Lanhadeepa*. Me llamaba mucho la atención el hecho de que aunque sus escritos expresaban puntos de vista parecidos a los de K, apenas mencionaba su nombre. Días más tarde, me vi gratamente sorprendido al recibir una respuesta suya en la que reconocía su deuda para con K. Aquel fue el comienzo de una amistad que duraría unos treinta años y terminaría al morir él. A veces nos pasábamos el día entero discutiendo sutilezas filosóficas. Discrepábamos con frecuencia pero jamás me falló como amigo. Siempre fue fiel y afectuoso.

Adikaram y yo viajamos mucho por la India, no sólo con el fin de escuchar los discursos de K en Bombay y Poona, sino también porque disfrutábamos visitando las ashrams, los antiguos templos y los lugares de gran interés cultural como Ajanta y Ellora. Le gustaba emprender peregrinajes budistas; en el lugar donde murió Buda se conmovió hasta las lágrimas al sentirse abrumado por una extraña presencia. Debo mencionar también algo que me contó en relación con una visita que le hiciera a Ramana Maharsi en Tiruvannamalai. Había ido a ver al sabio solo y se sentó a su lado. En cuanto se encontró ante Shri Rumana se sintió inmerso en un estado de éxtasis.

Adikaram consideraba que la llegada de K a este mundo no era un hecho cualquiera, porque K era un Sabio Iluminado, el tipo de Maestro que rara vez suele encontrarse en la tierra. A K se lo comparaba con una flor que se abre una vez cada milenio. Por ello nunca nos perdíamos la oportunidad de escucharlo en distintos puntos de la India; era como si hubiésemos retrocedido dos mil quinientos años para cubrir la larga distancia que nos separaba de Benarés con el fin de escuchar las enseñanzas de Buda.

Cuando Adikaram consiguió su primera audiencia con K en la intimidad de un cuarto, las lágrimas bañaron las mejillas del insigne médico. Lloró largo rato y K se limitó a seguir sentado y a observarlo en silencio sin decir palabra. Adikaram dejó de llorar de repente al advertir que se había comportado como un niño y lo invadió una enorme timidez por haber llorado en presencia de K. Fue entonces cuando K cogió la mano de Adikaram para consolarlo y le dijo: «Muchos de los que vienen a visitarme lloran en mi presencia. Es una especie de sensibilidad. ¿Acaso no siente ganas de llorar cuando ve algo muy hermoso o bien cuando oye un canto melodioso?»

Adikaram sentía por K un enorme respeto y siempre se dirigía a él con gran deferencia. A veces le temblaban los labios de emoción o se le quebraba la voz cuando tenía que conversar con K. En cierta ocasión K lo llevó aparte y le preguntó: «¿Por qué se comporta así?» Adikaram le contestó: «Perdóneme por lo que voy a decirle, pero para mí usted es el Buda».

K replicó: «Señor, es posible que sea el Buda pero ¿por qué me teme usted?»

El pueblo de Sri Lanka debería mostrarse especialmente agradecido con Adikaram porque fue él quien invitó a K a Colombo y organizó sus incontables charlas y conferencias en 1949, 1957 y 1980, cuando K visitó el país por última vez. Por lo tanto, fueron miles de hombres, mujeres y niños de Sri Lanka los que llegaron a conocer las enseñanzas de este revolucionario maestro religioso.

Dada su educación budista y su marcado interés por la literatura pali, Adikaram sentía una natural curiosidad por el tema de la reencarnación. Uno de los libros más valiosos de su biblioteca personal era *The lives of Alcyone*, de Annie Besant y C.W. Leadbeater. Esta obra investiga las vidas anteriores de K. Un buen día se armó de valor y le preguntó a K si eran exactas esas descripciones de sus vidas anteriores. K le respondió: «Eso no le ayudará». Esta reacción cortante desconcertó a Adikaram que había esperado una respuesta en la que quedara claro si la información del libro era cierta o falsa. Con frecuencia, K se mostraba reacio a tratar cuestiones relacionadas con sus primeros años, y mucho más con sus vidas anteriores, porque las consideraba intrascendentes. Estas cuestiones lo aburrían. El pasado está muerto, no se puede cambiar ni revivir; en cualquier caso, le resultaba muy difícil recordar nada que superara los límites del pasado inmediato. Nunca se le dio bien recordar.

Adikaram dedicó sus energías a difundir las enseñanzas de K a lo largo y a lo ancho de Sri Lanka a través de infinidad de artículos, transmisiones y conferencias. Fue el impulsor de la fundación del Centro Krishnamurti de Sri Lanka, que adquirió validez legal cuando el Parlamento de la República Socialista Democrática de Sri Lanka aprobó la ley 70/1981 mediante la cual se creaba el Centro Krishnamurti de Sri Lanka (Asociación). En una carta dirigida a mí y fechada el 23 de octubre de 1981, me decía: «Ceilán será la futura depositaria de las enseñanzas de Krishnaji y todos nosotros debemos esforzarnos y trabajar mucho para que así sea». Tenía la profunda convicción de que en el futuro, el destino de Sri Lanka sería el de proteger y salvaguardar las enseñanzas de K, de la misma manera que esa isla había atesorado las enseñanzas de Buda en el momento en que el budismo sufrió duros reveses en su tierra de origen.

Adikaram declaró que después de estudiar a K comprobó que entendía con más claridad las enseñanzas de Buda. Debo reconocer que a mí me ocurrió igual. El hecho de que las enseñanzas de K se hicieran tan populares en Sri Lanka no debe atribuirse únicamente a los esfuerzos de Adikaram por difundirlas; en mi opinión, los cingaleses se habrían sentido de todos modos atraídos por ellas porque desde el punto de vista de la doctrina tienen mucho en

común con las enseñanzas de Buda. Ambos sabios destacaron la importancia del conocimiento -analizar el proceso del pensamiento sin distorsión alguna- como el único medio para alcanzar la liberación. Ambos enseñaban que no existe un Salvador (nadie puede salvar a nadie más que a sí mismo). Ambos cuestionaban la existencia de algo que pudiera ser considerado como un alma o atman; por encima de todo, ambos Maestros enseñaban que sólo la compasión resolvería todos los problemas de la humanidad.

Era tal la intensidad con la que Adikaram se analizaba a sí mismo que se veía en la necesidad de tomarse largos períodos de descanso para reponerse de la tensión nerviosa. El 19 de enero de 1981 me escribió lo siguiente: «Las conversaciones de Krishnaji exigen de mí tanta energía que me siento exhausto y llego incluso a ponerme enfermo. Por eso comprendo su cansancio. Espero que se haya usted recuperado».

Adikaram deseaba fervientemente morir antes que K porque se sentía incapaz de soportar el dolor de vivir en un mundo oscuro que ya no contaría más con la bendita presencia de K. Llegó incluso a identificarse con los dos grandes discípulos de Buda, Sariputta y Mogallana, fallecidos antes que su maestro. Adikaram murió pacíficamente mientras dormía, el 28 de diciembre de 1985. Semanas más tarde, el 17 de febrero de 1986, falleció K. Un inexplicable giro de los acontecimientos permitió que se hiciera realidad su deseo de desaparecer antes que K.

La incineración de Adikaram tuvo lugar en el marco de una solemne ceremonia en la que participaron el Primer Ministro de Sri Lanka, quien rezó la plegaria funeraria. Uno de los oradores fue el doctor Anandatissa de Alwis, Ministro de Estado, quien manifestó que Adikaram había comprendido claramente la filosofía de K. Fue aclamado como el más grande pensador de Sri Lanka del siglo XX. La muerte lo sorprendió cuando se disponía a asistir a las últimas conferencias de K en Madrás.

Adikaram nos legó su activo interés por las enseñanzas de K. Por ello, me referiré a él en varias ocasiones más en el curso de este libro sobre mis recuerdos de K.

PERSONIFICACIÓN DE *METTA*

En 1953 Adikaram me recalcó una y otra vez que en la vida no hay nada más importante que estudiar los libros de K, y que no hay nada más agradable que discutir las enseñanzas de K con amigos que se interesan en el tema y que se sienten atraídos por ellas. No obstante, insistía en que a menos que uno lograra relacionarse con K, no era posible llegar a hacerse una idea plena de él como hombre. Hacía hincapié en lo peligroso que era alcanzar únicamente una comprensión intelectual y académica de esas enseñanzas. No basta con apreciar el espíritu infinito de K, porque es igualmente necesario conocerlo en persona, comprobar por uno mismo que K es «la más gentil de las criaturas, con un corazón que rebosa compasión». Decía que K es la personificación de *metta*. Este término budista significa amorosa bondad. Adikaram observó que a quienes sólo leían sus libros o se limitaban a asistir a sus conferencias, invariablemente se les escapaba el lado tierno de la personalidad de K. «Por lo tanto, no tarde usted en viajar a la India. Le presentaré a K, a quien conozco bien. Le conseguiré una entrevista con él». Le manifesté entonces que aunque su propuesta me resultaba de lo más tentadora, me veía en la triste necesidad de rechazarla, porque como estudiante no tenía dinero para un viaje tan largo. «No es ningún problema -me dijo-, porque yo correré con todos los gastos». Su generosa oferta me conmovió.

EL SEÑOR C. JINARAJADASA

En nuestros viajes por la India conocimos a diversas personalidades que, en distintos momentos, habían estado estrechamente relacionadas con K. Una de estas personalidades fue el señor C. Jinarajadasa, por entonces presidente de la Sociedad Teosófica. Jinarajadasa, cariñosamente apodado Hermano Raja, había desempeñado un papel importante en los primeros años de formación de K, porque había sido su tutor. Acompañamos a Jinarajadasa en uno de sus paseos vespertinos por los hermosos jardines de la Sociedad Teosófica de Madrás. Andaba con extraordinaria lentitud porque era un hombre débil y padecía de artritis. Se granjeó nuestro cariño porque hablaba de K con gran afecto y preguntó por la salud y el paradero de K.

Gracias al interés de Jinarajadasa por preservar objetos de gran valor histórico y sentimental, la Sociedad Teosófica albergaba una fascinante colección de artículos que habían pertenecido a K cuando era niño: sus cuadernos de ejercicios, sus libros de texto, unas cuantas prendas de vestir y algunos zapatos. Tenían incluso mechones de su negro cabello. Años más tarde quise fotografiar esta colección. Los empleados administrativos de la sociedad me dijeron que desconocían su existencia. ¿Acaso habría desaparecido misteriosamente?

MÍ PRIMER ENCUENTRO CON KRISHNAMURTI

El día de nuestra cita con K, Adikaram cerró los ojos y meditó durante una hora. Me dijo que antes de ver a K, necesitaba limpiar su espíritu y liberar su conciencia de pensamientos egoístas. Me aconsejó que limpiara mi espíritu antes de ver a K. Me eché a reír y repuse: «¡No tiene importancia si K ve el desorden de mi espíritu!»

Hacia una tarde luminosa y soleada cuando llegamos a la espaciosa casa del señor Patwardhan en Poona. Nos recibió el señor D. Rajagopal. Nos pidió que le enviáramos recortes de prensa, artículos de revistas y libros relacionados con K, porque los necesitaba para sus archivos de Ojai, en California. Debo mencionar que estos archivos se encuentran ahora bajo la custodia de la Fundación Krishnamurti de los Estados Unidos.

Nos condujeron a la alcoba de K y nos pidieron que lo esperásemos. En un rincón de aquel cuarto de techo alto se encontraba su cama antigua, cubierta por una mosquitera blanca. Sobre la mullida alfombra habían esparcido flores de jazmín. Su suave fragancia flotaba en el aire. K apareció de repente, inmaculadamente vestido con una *kurta* color crema y pantalones blancos. Entró en la habitación y sonriendo abrazó a Adikaram. Fue agradable presenciar el encuentro caluroso de dos antiguos compañeros.

Adikaram me presentó a K. «Este es mi amigo Susanaga Weeraperuma de Colombo». Hice una respetuosa reverencia y K me estrechó ambas manos. Luego, sin pronunciar palabra, los tres nos sentamos en la alfombra y nos cruzamos de piernas.

K se sentó justo frente a mí. Se movió ligeramente hacia adelante hasta que sus rodillas casi rozaron las mías. Su rostro estaba muy próximo al mío y me miró fijamente a los ojos. Centró su atención en ellos durante un buen rato. Fue como quedar expuesto al potente haz luminoso de un reflector. Al principio me invadió una cierta incomodidad. Luego me sentí débil y algo mareado. Aparté la vista y miré hacia la galería y el jardín. En cuanto hube apartado de él la mirada me vi en la necesidad de volver a posarla en sus ojos porque ejercían en mí una atracción magnética. Advertí que no había logrado distraerme mirando hacia otra parte. De manera que me concentré en su cara. Noté entonces que sus ojos penetrantes seguían observándome, analizando cada uno de mis movimientos y gestos, como si toda mi mente entera se viera sometida a una exploración con rayos X. Empecé a sudar. Fui vagamente consciente de que algo que había estado profundamente arraigado dentro de mi psiquis comenzaba a diluirse. El espíritu parecía haberse liberado de la carga que limitaba su capacidad de percepción. Continuamos así sentados unos veinte minutos que me parecieron veinte horas interminables. En todo ese tiempo K no apartó sus ojos de mí.

Había tenido suficientes escauceos con el hipnotismo como para saber que K no me estaba hipnotizando. Me pregunté si K no estaría tratando de juzgar mi carácter. ¿Acaso años más tarde no dijo que jamás indagaría en la mente de las personas porque sería como leer la correspondencia ajena? ¿Acaso K trataba de transmitir un mensaje sin utilizar la palabra? Adikaram me comentó que él también se sentía intrigado porque desde que lo había conocido nunca antes lo había visto concentrar su atención en una persona durante tanto tiempo.

Hasta el día de hoy no he logrado entender muy bien el significado, si es que lo tuvo, de cuanto ocurrió durante aquel hechizante y mudo encuentro con K. Comenté la cuestión con un eminente teósofo que opinó que «fue una iniciación». Yo le espeté: «¡Tonterías! Es una idea absolutamente fuera de lugar. ¿Acaso no insistía él en la independencia absoluta y rechazaba la posibilidad de todo tipo de ayuda externa en cuestiones espirituales?»

Nuestra cita debía ser una entrevista pero nos comportamos como monjes que han hecho votos de silencio. Se me ocurrió entonces que debía hablar con K.

SW: ¿Me permite que le haga una pregunta?

K: Sí.

SW: Le escribí una carta para plantearle un problema. ¿La recibió?

K: No lo recuerdo. ¿Cuál es su problema?

SW: No sé a ciencia cierta si está bien que lo considere un problema. En realidad se trata de una indecisión. Después de leer sus libros me encuentro ante un dilema.

K: ¿Lo ha comentado con el doctor Adikaram?

SW: Sí. Pero sigo confundido. Acabo de terminar mis estudios secundarios. He sido un estudiante bastante bueno. Saqué buenas notas y aprobé los exámenes. Lo que debo decidir ahora es si ingresar en la universidad o abandonar los estudios. Estoy convencido de que tendré pocas posibilidades de encontrar empleo sin un título universitario. Pero si continúo estudiando con la intención de conseguir un título, ¿no corro el riesgo de que mi espíritu se vuelva menos sensible? Deseo poseer un espíritu sensible pero el saber aumentará mi insensibilidad y hará que mi espíritu sea menos maleable. He leído con mucho provecho sus libros en los que explica que el saber es un estorbo. Yo mismo he descubierto que el saber entorpece el espíritu.

K: ¡Al contrario! El saber lo aguza.

SW: Me he dado cuenta de que a medida que aprendo cosas me va cambiando el carácter. Mis gustos cambian, igual que mi punto de vista. La frescura inocente de la niñez se pierde por culpa de ese continuo cambio. ¿No es una pena?

- K: No merece la pena conservar algo cambiante.
- SW: No acabo de comprenderlo. ¿Qué me aconseja?
- K: Verá. ¿Tiene usted cuencos y cuencos de oro?
- SW: No, en absoluto.
- K: Entonces debe usted terminar sus estudios y buscar un trabajo. Instrúyase usted en la medida en que le haga falta para conseguir empleo. Supongamos que es usted estudiante de ingeniería. No sea ambicioso y diga, «Seré el más grande de los ingenieros». Límitese a ser un buen ingeniero, un ingeniero eficiente, es todo. Hay que huir del deseo de brillar en sociedad. Es vulgar. El saber en sí mismo es inocuo pero utilizar el saber como un medio para conseguir la propia realización es lo que entorpece el espíritu.
- SW: ¿Entonces no está usted en contra del saber?
- K: ¿Por qué iba a estarlo, acaso no necesitamos saber más y mejor? El verdadero científico intenta siempre ampliar las fronteras de su saber. Pero cuando un científico se esfuerza con la intención de ganar el premio Nobel, ¿no está acaso persiguiendo la propia gloria?
- SW: Sigo sin comprender cuándo el saber es peligroso y cuándo es útil.
- K: Utilizar el saber con fines psicológicos es dañino.
- SW: En sus charlas distingue usted entre «la memoria fáctica» y «la memoria psicológica». Resulta fácil comprender lo que significa fáctico. Pero le ruego que me explique el término «memoria psicológica».
- K: Es un hecho que el doctor Adikaram es doctor en filosofía. Eso es memoria fáctica. Pero en cuanto lo considere como persona socialmente útil porque tiene un título académico, ha creado usted una memoria psicológica, ¿no es así? Veamos, ¿es usted capaz de ver a su amigo directamente, sin mirarlo a través de la pantalla de su título y su reputación?
- SW: Sigo preocupado porque mi sensibilidad disminuya a medida que me hago mayor.
- K: Tenga cuidado y trate de que no le ocurra. Me veo en la obligación de conocer gente pero trato de no volverme insensible.

Estimulado por las sabias palabras de K, Adikaram rompió su silencio y decidió participar en la discusión.

- A: Mi dificultad radica en el hecho de que para ganarme la vida escribo artículos científicos y tiendo a volverme insensible. Desearía no tener que trabajar para que el espíritu estuviera libre de encontrarse siempre en un estado de conocimiento supremo. Si no tuviera que malgastar mis energías con fines materialistas, tendría más energía para dedicarla a alcanzar el conocimiento.
- K: ¿Por qué separa usted el llamado mundo material del espiritual? ¿Ha tratado de traducir su interés espiritual en forma material para que las dos esferas no estén en conflicto? El trabajo de un verdadero científico no se detiene en el análisis del mundo exterior. También debería analizar su mundo interior. Puede reflejar en sus artículos científicos lo que descubre sobre sí mismo. Si sigue usted paso a paso cada movimiento de su espíritu en su vida diaria, notará una diferencia en la calidad de sus escritos. Será usted un escritor más eficaz. Su estilo puede mejorar.

Aquel año disfrutamos mucho con las animadas conversaciones de K en Poona y Bombay. Una tarde, inmediatamente después de una charla en Poona, se produjo un incidente inolvidable. Un grupo de admiradores y devotos rodearon a K y una joven le colgó del cuello una preciosa guirnalda de flores. En un gesto de adoración se postró ante K y le besó los pies. Se trataba de una manera de expresar reverencia, humildad y sumisión. «¡Por favor, no haga eso!», exclamó K elevando el tono de voz. La aferró del brazo y la ayudó a ponerse de pie. Poco después, se retiró a un rincón apartado del jardín y se quedó solo debajo de un árbol. La multitud lo siguió rápidamente y volvió a rodearlo. Sus ojos lacrimosos y compasivos se clavaron en los rostros desdichados. Una expresión de intensa ternura le transfiguró la cara. Parecía dolorosamente consciente del tremendo abismo que lo separaba de aquella gente corriente, que soportaba no sólo la carga de la pena sino de la pobreza. El dolor de aquellas personas contrastaba enormemente con el afortunado grupo de K, que disfrutaba de todas las comodidades de este mundo así como de sus riquezas espirituales.

Un cierto sannyasin llamado Vaisnavite, que se mostró azorado cuando K le dijo en público que era una tontería frotarse el cuerpo con cenizas sagradas, no volvió a aparecer por sus conferencias. Sentí mucha pena por aquel asceta al que, evidentemente, había molestado el cáustico comentario de K. Ocurría a menudo que las denuncias abiertas que K hacía de las tradiciones y creencias religiosas desconcertaban a las personas que asistían a sus charlas. Había quienes se abstendían de hacerle preguntas porque temían la posibilidad de ser humillados en público. Las que salían perdiendo eran estas personas. En primer lugar, porque no se daban cuenta de que K no era nada malicioso; en segundo lugar, porque no entendían que las palabras de K debían equipararse a la lanceta del cirujano que hace daño al paciente y a la vez lo cura.

En Bombay, nos despedimos rápidamente porque había mucha gente que esperaba con impaciencia su turno para hablar con K. Adikaram lo invitó a visitar Colombo para dar otra serie de conferencias. K nos abrazó y nos

dijo: «Vuelvan a casa y descansen bien. Han escuchado las charlas. Caballeros, propáguenlas a gritos desde los tejados».

EL SABIO QUE HABLA POR EXPERIENCIA PERSONAL

En 1957, el Comité de Recepción de Krishnamurti se encargó de invitarlo a Sri Lanka. Yo formé parte activa del mismo. Sus principales funciones consistían en organizar las reuniones de K en Colombo y cuidar de él mientras fuera nuestro invitado. La primera reunión del comité fue presidida por el doctor Adikaram, quien nos dio un discurso conmovedor. «En las próximas semanas -dijo-, seremos los guardianes de Krishnaji, el tesoro más grandioso de este mundo». Se repartieron las distintas tareas entre los miembros del comité. A mí me encargaron buscar lo antes posible una casa en la ciudad de Colombo en la que K pudiera alojarse, atender a sus necesidades personales y dar la más amplia publicidad a su visita mediante artículos publicados en la prensa local.

El 31 de diciembre de 1956 los diarios *The Ceylon Observer* y *The Ceylon Daily News* publicaron mi artículo sobre K. He aquí una versión ligeramente modificada de ese artículo:

KRISHNAMURTI: UN SABIO QUE HABLA POR EXPERIENCIA PROPIA

Jiddu Krishnamurti es una personalidad única. No es un filósofo, porque no ha creado una escuela de pensamiento; no es un poeta, aunque ha escrito exquisitos poemas; no es un gran escritor de libros, ni es el fundador de una nueva religión, aunque los hombres como él han dado origen a algunas religiones. La verdad es que Krishnamurti es tan universal que escapa a toda clasificación.

Sin una organización que lo apoye y sin «seguidores», ha viajado durante más de veinte años a lo largo y a lo ancho de Europa, India, Australia y Estados Unidos, donde ha dado conferencias y conocido a personas de todo tipo de extracciones sociales. Son pocos los que no han sacado agua de su pozo. ¿Qué es lo que nos asombra de Krishnamurti y cuál es su extraña misión?

Debemos rendir homenaje a la grandeza de la doctora Annie Besant por haber previsto el genio espiritual de un desconocido niño indio de doce años. Proclamó al mundo entero que Krishnamurti sería el Mesías. Sus admiradores fundaron en Oriente la Orden Internacional de la Estrella para saludar la llegada del Maestro del Mundo. La asombrosa individualidad de Krishnamurti se puso de manifiesto cuando renunció al papel que le había sido preparado y al resistir con éxito a las influencias de poderosas personalidades como el señor Leadbeater y la señora Besant, de la Sociedad Teosófica. No se puede organizar la verdad; fue Krishnamurti mismo quien señaló la inutilidad de las organizaciones espirituales, porque a la larga, la gente acaba interesándose en las organizaciones más que en las ideas que intentan propagar.

NO ESTÁ EN LOS LIBROS

La fuente de la profunda comprensión de Krishnamurti no se encuentra en la erudición de los libros. Cierta vez, Krishnamurti habló de sus tristes días de escolar, y de las dificultades con las que tropezaba por su incapacidad de acordarse de cuanto había aprendido. Comentó que las explicaciones de los maestros le entraban por un oído y le salían por el otro. No se le daba bien aprobar los exámenes. Cada vez que entraba en el aula para examinarse, le sobrecogía un pánico tal que se olvidaba de cuanto había estudiado. Hasta una edad bastante tardía se limitó a obedecer órdenes. Lo hacía todo como sumido en un sueño. Procuró no «contaminar» su espíritu con las ideas de otros filósofos.

Si las enseñanzas de Krishnamurti han sido propagadas por otros sabios, místicos y maestros, ha sido accidental, porque él habla por experiencia propia, de primera mano. Además, es imposible enfrentarse a la realidad siempre nueva con las experiencias o ideas ajenas. La religión organizada, dice, es «el pensamiento congelado del hombre», el material con el que se construyen los templos y las iglesias, se ha convertido en solaz para aquellos que son presa del miedo y en el opio de los que están sumidos en la pena. Pero Dios o la verdad, insiste K, escapan a las exigencias del pensamiento y la emoción.

Resulta revelador que la mayoría de sus charlas comiendo con unos comentarios introductorios sobre el arte de escuchar. De inmediato va al meollo de todos los problemas. No se comprende si no se escucha. Escuchar sin aceptar ni rechazar, escuchar sin creer ni descreer es una ardua tarea, porque se reacciona a una situación según los condicionamientos pasados, según el bagaje de creencias, filosofías, convenciones sociales, prejuicios y demás. ¿Se escucha alguna vez sin interpretar? Mientras se reaccione a los condicionamientos pasados, ¿puede haber un momento de experiencia pura?

EL MUNDO DEL NO «YO»

El inconsciente es la reserva de nuestros impulsos, esperanzas, temores, ansiedades, prejuicios raciales y demás. El hecho de pensar está dirigido, voluntaria o involuntariamente, por este amplio trasfondo. El espíritu sigue unos derroteros y todo es interpretado según este trasfondo. Si se experimenta algo nuevo, se le da un nombre, y esta experiencia que era nueva pasa a incorporarse al pensamiento acumulado, a lo conocido. Por tanto, la realidad, lo desconocido, no es conocible a través del espíritu que se compone de pensamientos, de lo conocido. «El pensamiento sólo puede pensar en lo que es; jamás puede saber». Por tanto, la realidad se encuentra en el intervalo que media entre dos pensamientos.

Si se puede comprender este hecho -la incapacidad del espíritu de experimentar lo nuevo- por chocante que resulte, se producirá una transformación fundamental, el rechazo total de la memoria, de todo el proceso del pensamiento. Habrá quien se pregunte: «¿Puede el pensador dissociarse del pensamiento?» La pregunta no surge porque el proceso del pensamiento cree de hecho la ilusión de un «pensador» o de un «yo». Puesto que el proceso del pensamiento crea el «yo», la disolución de ese proceso provocará a la larga la desaparición del «yo» ilusorio. Krishnamurti pertenece a un mundo que ha derribado los muros de la cárcel del «yo», por lo tanto, se encuentra en un estado de creatividad permanente. No se puede hacer más que meditar sobre este estado; Krishnamurti lo describió de diferentes maneras: realidad, amor, dios, verdad, etc.

La verdad no se puede buscar puesto que lo conocido es incapaz de comprender lo desconocido. Pero el rechazo de lo conocido nos hace receptivos a lo desconocido, que vendrá sin buscarlo. El pensamiento creativo sugerirá, a la larga, el camino de la acción creadora: el espíritu creativo e inteligente se identificará espontáneamente con la recta vía, porque sólo el espíritu no creativo y no inteligente tendrá la ocasión de elegir y, por tanto, libre albedrío.

SENCILLEZ INFANTIL

En tanto y en cuanto el hombre se obsesione con la ilusión del «yo», buscará la realización personal y la seguridad psicológica y se volverá ávido y posesivo. El verdadero amor desinteresado sólo se da con la ausencia de pensamiento que crea el yo. Cierta vez, Krishnamurti contemplaba el paso de un tren con el genuino deleite de la experiencia nueva. Ver una rama marchita lo emocionaba hasta las lágrimas. Esta sencillez infantil sugiere una extraordinaria sensibilidad y una actitud abierta hacia todo, ya sea la belleza de una puesta de sol o la miseria de un mendigo, en cada momento de su existencia. Un hombre así, con la capacidad del poeta para captar hasta los últimos matices de la experiencia no experimenta la monotonía ni el aburrimiento de la vida moderna. Un hombre así tendrá la capacidad infinita de sentir y amar y una inteligencia sumamente aguzada.

Krishnamurti continuará siendo un enigma mientras sus enseñanzas se midan con el metro del condicionamiento del hombre. En cuanto el espíritu condicionado se enfrenta al hecho de estar condicionado se libera instantáneamente. Del mismo modo, si aceptamos el hecho de que hacemos una interpretación de las enseñanzas de Krishnamurti según nuestras simpatías y antipatías, en ese mismo instante, seremos capaces de captar su maravilloso mensaje.

El doctor Adikaram apreció mucho mi artículo. «Me gusta mucho, pero ha creado un problema. Después de su publicación, ha aumentado increíblemente la demanda de entradas para las conferencias del Ayuntamiento de Colombo. Las hemos agotado y en el salón no queda espacio para dar cabida a todos aquellos que desean escuchar a Krishnaji». Con su característica eficacia logró resolver este problema. Como eminente personalidad pública, el doctor Adikaram utilizó sus influencias en el gobierno cingalés y, con ayuda del señor I.M.R.A. Iriyagolle, parlamentario y ferviente admirador de K, logró que Radio Ceilán transmitiera las conferencias de K para que llegaran a toda Sri Lanka y la India.

En ciudades densamente pobladas como Colombo, donde existe una acuciante escasez de viviendas, es prácticamente imposible encontrar un propietario dispuesto a alquilar por un mes una casa espaciosa con un bonito jardín. Los organizadores insistimos en que la casa debía estar situada en un barrio tranquilo y arbolado. Teníamos la idea de que una vivienda de estas características sería lo bastante cómoda para K. Apenas había comenzado la búsqueda, cuando encontré un propietario que me ofrecía una casa que reunía todos los requisitos. Me sentí sorprendido. Se trataba de un chalé de reciente construcción, que se encontraba junto a un cementerio umbrío, cerca de la carretera flanqueada de árboles de Jawatta. El propietario me dijo: «Será para mí un honor que viva aquí aunque sólo sea un día para santificarla». K pasó allí varias semanas. A lo largo de mi vida, siempre que quise algo tuve que luchar con ahínco para conseguirlo. Pero cada vez que debía atender a las pocas necesidades físicas de K, lo que hacía falta para cubrirlas aparecía como por encanto. En el aeropuerto de Colombo, la multitud llevaba varias horas esperando bajo un sol de justicia para poder dar la bienvenida a K. Cuando el avión aterrizó, la gente se lanzó en tropel sobre la pista para verlo. K recibió una cálida bienvenida. Cuando K se nos acercó, una

voz estridente exclamó: «¡Qué cara divina!» K escuchó el comentario y, de inmediato, ocultó la cara tras su amplio paraguas, con lo cual, muchos de los allí presentes no lograron verlo.

Un fotógrafo de prensa solicitó a K que posara para una foto. «Lo siento» dijo K con tono de disculpa. Y añadió: «En Nueva York y en Londres tampoco me he dejado fotografiar».

El fotógrafo le imploró que accediera a su petición: «Por favor, déjeme que le saque sólo una».

«¿Por qué no fotografía usted un árbol o una montaña?», le contestó K y se alejó rápidamente.

En el aeropuerto, K tuvo que rellenar un impreso oficial. Después de contestar cuidadosamente a todas las preguntas, se encontró con un problema. Se quedó mirando con aire ausente la línea de puntos donde debía firmar. Daba la impresión de no saber qué hacer. Lo que ocurrió fue que K se había olvidado de su propio nombre. Fue entonces cuando un miembro de su séquito le susurró al oído: «Tiene que escribir J. Krishnamurti».

«Ah sí, gracias», dijo K agradecido, y firmó el documento.

Su nombre gozaba de gran prestigio en el mundo, pero para él no era más que una palabra con la que la sociedad lo había etiquetado. En este aspecto se diferenciaba enormemente del resto de nosotros, que estamos encadenados a nuestros nombres. ¿A quién le gusta dejar de lado su nombre, sobre todo si va asociado a la gloria y al éxito? En mi espíritu, mi nombre es virtualmente sinónimo de mi ego, de ahí que siempre vaya a recordarlo.

CONFERENCIA DE PRENSA EN COLOMBO

A las pocas horas de su llegada a Colombo, cuando el intenso calor tropical había dejado paso a las frescas brisas vespertinas, K ofreció una conferencia de prensa al aire libre, en el jardín de la terraza de su casa, donde se había reunido gran número de periodistas locales y extranjeros. Habían ocupado las sillas y los bancos y algunos se habían sentado en el parapeto. Todos esperaban ansiosamente la llegada de K, al que le habían preparado una silla majestuosa, con aspecto de trono. Cuando K apareció, con aspecto frágil y cansado, los allí presentes se pusieron respetuosamente en pie.

«Por favor, no se levanten. Por favor, sigan sentados», pidió K a los periodistas. Siempre se ponía incómodo ante las muestras de respeto. No fomentaba las manifestaciones de deferencia hacia su persona. Alguien le indicó a K la imponente silla, especialmente preparada para la ocasión.

«No, gracias», dijo austero. Después de negarse a sentarse en aquella silla, miró a su alrededor y eligió un taburete de madera. Aquella simple demostración de humildad nos hablaba claramente sobre el carácter de aquel hombre y la calidad de sus enseñanzas.

Un joven y atrevido periodista le lanzó la siguiente pregunta personal: «¿Se considera usted un ser completamente iluminado?» K sonrió y repuso: «No tiene ninguna importancia el hecho de que yo sea o no iluminado. Lo importante es si se ha preocupado usted por analizar todo aquello de lo que hablo y si considera ciertas mis aseveraciones a la luz de su propio entendimiento. Me lo pregunta usted porque en el fondo busca una certeza. Ese deseo de certeza demuestra que a usted le interesa la seguridad. El espíritu busca perpetuamente la seguridad a través de teorías y explicaciones. Ahora bien, si yo digo, “Soy un iluminado” usted me tomará en serio y rápidamente aceptará cuanto diga. Pero la verdad es que debe averiguar por sí mismo si lo que digo es sensato o no. Nadie puede ayudarlo en eso. Tiene que hacerlo usted solo. Quien habla carece de autoridad. Si usted ha entendido algo profundamente, entonces, la verdad de lo que ha entendido actuará en su vida. La verdad posee su propia autoridad».

Entusiasmados, los periodistas bombardearon a K con infinidad de preguntas. He aquí algunas de ellas con sus correspondientes respuestas.

Dice usted que una persona debe ser independiente en cuestiones espirituales. Si lo cree de veras, ¿por qué pierde el tiempo dando sus charlas?

K: ¿Por qué perfuman las flores? A las flores les es imposible dejar de perfumar el aire. Cuando ve usted algo con claridad, ¿no desea acaso compartir esa claridad con otras personas? Doy mis charlas porque no puedo evitarlo. No las doy con la intención de ayudar a los demás. Sería demasiado paternalista. Hablo de estas cosas porque llevo una canción en el corazón. Y cantaré independientemente de que me escuchen o no. Las flores florecen porque en ello radica su gloria, su papel, su dharma. A las flores no les preocupa el que cuantos pasan delante de ellas disfruten de su perfume o hagan caso omiso de él.

¿Sus enseñanzas son para unos cuantos elegidos o para todos? ¿Cree usted que su filosofía elitista se popularizará entre las masas?

K: ¿Por qué se separa usted de las masas? Usted es el mundo y el mundo es usted. Quizás tenga usted la suerte de vivir en un palacio, rodeado de sirvientes, pero ¿es usted psicológicamente distinto de las llamadas masas? Seamos ricos o pobres, vivamos en Oriente u Occidente, en Ceilán o Siberia, ¿en qué diferencia eso nuestro espíritu del de los demás? Vivamos donde vivamos, sea cual sea nuestra situación en la vida, todos sufrimos y morimos, ¿no es así? Es importante que nos demos cuenta de que nuestros espíritus son iguales.

El espíritu es su conciencia y nada más. ¿Qué es su espíritu más que una colección de sus temores, esperanzas, ambiciones, creencias y dolores?

Me ha preguntado si mis enseñanzas son susceptibles de atraer a la gente corriente. ¿Acaso quiere decirme que un campesino no es capaz de entenderme? ¿Acaso un campesino es psicológicamente distinto de usted? La inteligencia no es un don, porque cada individuo lleva dentro de sí la capacidad de comprender.

Lleva usted años hablando, pero el mundo sigue sin cambiar. Le agradecería que me diera su opinión al respecto.

K: La gente va al río y toma lo que quiere. Algunos van con una jarra. Otros sólo beben unos sorbos. De modo que la cuestión no radica tanto en lo que se ofrece sino en lo que se toma. El río tiene mucha agua pero sólo se aprovecha un poco para satisfacer temporalmente las necesidades inmediatas. La gente se satisface con facilidad. No está profundamente descontenta. Tampoco tiene sed suficiente como para beber el agua clara en grandes cantidades.

¿Por qué no cuenta usted con un grupo reconocido de seguidores como hacen otros gurús?

K: ¿No sabía usted que son los seguidores los que destruyen a su gurú? Los seguidores explotan a su gurú y éste, a su vez, explota a sus seguidores, de modo que su relación se convierte en explotación mutua. Gracias a Dios, no tengo seguidores. En primer lugar, averigüe por qué quiere seguir a otro. Entonces descubrirá algo sobre sí mismo. ¿Por qué seguir a nadie, incluido el orador? Se desea seguir a otro porque se está en la oscuridad. Y cuando se convierte usted en seguidor, ¿no sigue estando en la oscuridad? Por tanto, ¿no debería ser usted una luz para usted mismo?

Somos tan débiles que necesitamos líderes.

K: ¿Acaso no es la costumbre de seguir a otros lo que los hace débiles?

La prensa ha publicado que usted no lee. ¿Es cierto?

K: A veces leo la revista *Time* para mantenerme informado sobre los acontecimientos mundiales. También leo novelas policiacas y de misterio. Es todo.

¿No le preocupa que un espíritu puro como el suyo se vea condicionado por las influencias corruptoras de la literatura escapista como son las novelas de misterio?

K: ¿Corromper el espíritu? (Risas.) ¡Santo Dios! ¡Nada corrompe! El espíritu permanece intacto, inocente, fresco y joven.

¿Qué me dice de la literatura sagrada? ¿La estudia usted?

K: Los libros religiosos y filosóficos me resultan aburridos. No leo esas cosas.

VISIÓN SIN IMÁGENES

Durante la estancia de K en Colombo, pasé la mayor parte del tiempo en la tranquilidad de la casa donde él vivía. Mi pequeño cuarto estaba en la planta baja, justo debajo de la habitación amplia y ventilada que K ocupaba en el primer piso. Todas las mañanas me dedicaba a limpiar la casa y decoraba el salón con flores de dulce perfume. A K le gustaban mucho las flores, sobre todo las de la familia del jazmín. Afortunadamente, había abundancia de flores, porque los visitantes le llevaban siempre claveles y rosas en señal de respeto y afecto. En la planta baja, junto a la escalera, teníamos un jarrón enorme lleno de flores. Cada vez que K pasaba junto a él, se detenía un instante para admirar la belleza de las flores y aspirar su fragancia.

Cierta mañana, después del desayuno, mientras K nos explicaba la naturaleza de la percepción pura, preguntó: «¿Alguna vez han contemplado ustedes una flor, pero no en forma parcial sino completa?» Al contestarle que no, K nos dijo: «Después de ver una flor, al espíritu le gusta interferir en la experiencia dándole un nombre. Si fueran ustedes botánicos, clasificarían la flor por su nombre en latín. Dirían ustedes que pertenece a este género o a aquella especie. Verbalizarían su experiencia diciendo “la flor es roja”, “la flor es bonita” y cosas por el estilo. Ahora bien, después de echarle una mirada a una flor, sigan viéndola no como el botánico, no la pasen por el filtro de las palabras ni de las imágenes. ¿Alguna vez han intentado mirar una flor en un estado de vacío total? ¿Alguna vez han intentado dejar al margen todas las imágenes para conseguir una percepción directa, no distorsionada?»

Las palabras de K nos cayeron como un jarro de agua fría porque nos demostraba hasta qué punto nuestros espíritus están condicionados. Esto no significa que seamos incapaces de alcanzar la percepción pura. Al parecer, todos tenemos chispazos de percepción pura, momentos efímeros de extraordinaria claridad, pero la dificultad radica en que el mecanismo de interpretación del espíritu se impone de inmediato.

SERENA RECLUSIÓN

Aunque K y yo vivíamos en la misma casa, rara vez me encontraba próximo a él. Esto se debía a que K desayunaba, almorzaba y cenaba en la serena reclusión de su cuarto, salvo en las contadas ocasiones en que lo invitaban a comer fuera. Todas las mañanas, a las once, le servían un vaso de suero de leche; a las tres de la tarde, le ofrecían zumo de fruta. Cuando yo le llevaba estas bebidas a su habitación, lo encontraba o bien escribiendo con un lápiz, muy concentrado, o tumbado en la cama. Dedicaba mucho tiempo a la relajación. Le gustaba estar acostado en posición horizontal y permanecer inmóvil durante mucho tiempo en la savasana o postura del muerto. Al hacer esta asana, su rostro se veía particularmente sereno.

Algunas personas se sintieron decepcionadas al negárseles la oportunidad de conocer a K. El señor R. Madhavachari, por entonces secretario de K, procuraba reducirle al máximo el número de visitas. Su argumento era que K tenía que recuperarse de la enfermedad que había padecido en Madrás. Pero mucho antes de que se nos informara del estado de salud de K, algunos de nosotros, incluido yo mismo, habíamos ido rechazando las invitaciones que le llegaban porque nos dábamos cuenta de que necesitaba un largo período de convalecencia.

K tenía la costumbre de correr las cortinas de sus ventanas y quedarse completamente a oscuras. Casi todos los días pasaba varias horas sumido en una oscuridad total, quizás como una forma de proteger sus ojos hipersensibles de la luz directa del sol. Pero es posible que hubieran otros motivos. He leído que la oscuridad completa invita a sondear las profundidades de nuestro ser.

LA VERDADERA RENUNCIACIÓN

Hacia una tarde preciosa y K subió al coche porque iban a llevarlo a visitar el paseo marítimo. Cuando el vehículo se puso en marcha, desde la calle lo llamó un swami alemán, calvo y bien afeitado, que lucía un *dhooti*. Su conversación fue breve, pero merece la pena reproducirla aquí:

Swami: Perdone que lo moleste. ¿Puedo hablar con usted un momento?

K: Por supuesto.

Swami: Hace años que es usted sannyasin. Yo vivo ahora en una ashram en la zona de Jaffna. Antes de venir a esta isla, practiqué meditación en un monasterio tibetano. He buscado sinceramente la liberación. Pero no he logrado encontrarla. Abandoné mi país. Abandoné a mi familia y a mis amigos. Regalé todas mis pertenencias. No poseo nada. Renuncié incluso a mi nombre. Ya no me queda nada a lo cual renunciar.

K: ¿Ha renunciado usted a ser virtuoso?

El swami se mostró completamente asombrado; K acababa de hacerle ver la desagradable verdad sobre sí mismo.

Esa noche, antes de irnos a dormir, pensé mucho en las palabras de K y después anoté unas cuantas observaciones en mi libreta. Es el ego el que espera alcanzar la gloria espiritual con la moneda de la virtud. Es el ego el que desea «renunciar» en su interminable búsqueda de la grandeza. Cuando los monjes «renuncian», ¿no esperan acaso una recompensa espiritual a cambio? Pero aquel que no está apegado a nada, aquel que renuncia verdaderamente sin motivos, renuncia alegremente al mundo sin luchar.

LA INTELIGENCIA ES LA UNICA SEGURIDAD

Una noche advertimos la presencia de un visitante inesperado en la entrada de la casa. Era un mendigo harapiento que llevaba un tambor y un instrumento de cuerda. Le di unas cuantas rupias y le pedí que nos cantara unas canciones del folklore cingalés. Se puso a cantar alegremente y con fuerza. K abrió entonces la ventana de su habitación y se asomó para escuchar su melodioso canto. K escuchó con embelesada atención durante media hora. Nos quedamos sorprendidos cuando vimos que había bajado para abrazar afectuosamente al mendigo. Le dio las gracias al pobre hombre y le regaló una toalla blanca y un par de sus pantalones de pijama. No era la primera vez que había presenciado estas demostraciones espontáneas de generosidad por parte de K. Cuando el mendigo se hubo marchado, mi amigo, el señor Abeysekara, tuvo con K la siguiente conversación en la sala de la planta baja:

A: Si hemos entendido bien sus enseñanzas, ¿no deberíamos acabar todos como mendigos?

K: No debe confundirse la seguridad física con la psicológica. Todos necesitamos ropa decente, comida adecuada y un techo bajo el cual cobijarnos, ¿no? Ese tipo de seguridad es esencial para mantener el cuerpo sano. Pero, ¿necesitamos la satisfacción de contar con tantos dioses, ídolos y creencias? Cuando se busca la seguridad psicológica de este modo, se persigue una ilusión, ¿no es así?

A: Ha dicho usted que la inteligencia es la única seguridad.

K: Efectivamente. Intente entonces desprenderse de todas sus ataduras.

A: Ser mendigo y recorrer las calles no resulta nada fácil. Ninguna persona orgullosa está preparada para mendigar. Me gustaría convertirme en mendigo porque el tener que pedir para satisfacer mis necesidades me enseñaría a ser humilde.

K: La humildad no se adquiere comportándose como un mendigo. La humildad no se cultiva con un intelecto astuto. Acepte simplemente que es su orgullo el que dice, «Quiero ser humilde». La humildad cuidadosamente cultivada de los religiosos es en realidad una forma disfrazada de orgullo. Lo importante es que uno se vea a sí mismo tal como es, en este momento, que uno acepte el hecho de *lo que es*, sin preocuparse por *lo que debería ser*.

EL NACIONALISMO ES UN VENENO

En una reunión informal a la que asistieron unos cuantos nacionalistas fervientes, K nos demostró claramente cómo el espíritu del nacionalismo de nuestras mentes era el responsable de la desintegración de la humanidad.

«Los problemas del mundo se resolverán sólo si se los aborda con una visión global. Al venerar una bandera, ¿no estamos separando a una serie de personas que, de otro modo, serían amigas? El sentimiento primitivo de que “mi país es superior al tuyo” se remonta al pasado tribal del hombre, cuando su comportamiento se regía por las lealtades de la tribu. El nacionalismo es una de las causas principales de las guerras. ¿Ven ustedes entonces que el nacionalismo es un veneno?»

Poco después de esta reunión, se celebró un recital de música cingalesa organizado por el señor Abeysekera con la colaboración de artistas de Radio Ceilán. K fue el invitado de honor en ese concierto gratuito, abierto al público. El concierto comenzó con las notas del conocido himno nacional de Sri Lanka, cuyas primeros versos dicen, *Namo, Namó Matha*. K sonrió y preguntó irónicamente: «Señoras y señores, ¿no deberíamos ponernos en pie cuando tocan el himno nacional?»

COMPORTAMIENTO MAJESTUOSO

El señor Dudley Senanayake, un distinguido político y ex primer ministro de Sri Lanka, visitó a K una mañana. Era un hombre corpulento, vestido con un elegante traje; llegó en una lujosa limusina y estuvo siempre rodeado por los miembros de su séquito. Llevaba su famosa pipa y disfrutaba del hecho de seguir siendo el centro de atención. ¡Qué diferencia con el delgado y tímido K, que vestía con ropa de lo más simple!

DS: Esta mañana dispongo de poco tiempo. Por lo tanto, le haré una sola pregunta. ¿Cree usted aconsejable que retome la política y aspire al más alto cargo del país?

K: ¿Ha intentado averiguar por qué le atrae la política? ¿Desea sinceramente mejorar las condiciones de vida del pueblo o lo que desea es mejorar sus propias condiciones? ¿Qué fuerzas desconocidas lo impulsan? ¿Acaso la ambición personal y el deseo de prestigio? ¿No se siente usted terriblemente importante al ocupar un puesto que le da poder?

DS: ¡Ya basta! Adiós.

La breve entrevista terminó abruptamente porque el estadista se marchó malhumorado.

DESINTERÉS

Los monjes budistas y los swamis hindúes han sentido siempre una gran afinidad con las enseñanzas de K pero los rabinos y los sacerdotes cristianos rara vez les han prestado atención. Por eso fue una alegría ver a un barbudo sacerdote cristiano visitar a K. Después de una reunión en privado, el sacerdote informó de cuanto sigue: «Krishnamurti es una persona encantadora. Me hizo ver el símbolo de la cruz desde una perspectiva completamente diferente. El crucifijo que llevo colgado del cuello no es un adorno sino un signo de mi fe cristiana. Como ya sabrán ustedes, nuestro Señor Jesucristo fue crucificado. Lo condenaron a morir clavado en la cruz. Creemos que la muerte de Cristo fue el acto supremo que salvó al mundo. La santa cruz nos liberó de las fauces de la muerte. Pero Krishnamurti me enseñó el significado oculto de la cruz. Dijo que la cruz simbolizaba la destrucción del “yo”. Cuando se traza una raya horizontal sobre la palabra “I”¹ obtenemos una cruz».

EL GRAN SILENCIO

Cada vez que salía a pasear por las ajetreadas calles de Colombo o por el campo, K iba siempre acompañado de algunos de sus amigos. Esto se debía a que no tenía un gran sentido de la orientación. Se olvidaba del camino para volver a casa si se aventuraba a salir sin guía. Con frecuencia, durante sus paseos, se detenía largo rato en distintos lugares para dedicarse a observar tranquilamente las cosas que le llamaban la atención y se olvidaba de que transcurría el tiempo.

¹ I, en inglés, yo. (*N. de la T.*)

K andaba con paso largo y brioso y la cabeza erguida y tenía por costumbre balancear los largos brazos. Siempre se hacía notar por su porte solemne y distinguido. No dejaba de sorprenderme la forma en que los desconocidos reaccionaban ante la presencia de K en las calles. Incluso las personas que nada sabían de él sentían la necesidad de mirarlo. Hombres, mujeres y niños interrumpían lo que estaban haciendo y sin quererlo fijaban la atención en K. Tal vez aquel comportamiento fuera provocado por la atracción inconsciente hacia la pureza y lo extraordinario de K.

K no dejaba nunca de señalar las faltas de cuantos lo rodeaban. Por ejemplo, cierto joven tenía la costumbre de arrancar hojas y flores para aplastarlas. Un día, mientras paseábamos por un bosque tropical y disfrutábamos de sus flores y pájaros multicolores, este hombre se puso a arrancar arbustos. K le dijo que estuviera alerta, sobre todo cuando sintiera el impulso de destruir plantas. Y le comentó: «¿Se da usted cuenta de que da rienda suelta a su rabia y su frustración?»

En nuestros paseos, apenas teníamos ocasión de preguntarle nada porque casi siempre era él quien hacía las preguntas. Sentía gran curiosidad y unas ganas inmensas por aprender de los demás. Sabía mucho de jardinería y coches pero desconocía otros temas. No obstante, todos los campos del conocimiento le inspiraban el mismo interés, no tenía preferencia por ninguno. Su espíritu era tan universal que tenía la capacidad de concentrar toda su atención en cualquier tema o problema. La misteriosa belleza de los cielos fascinaba a K. Sabía bastante de astronomía; por las noches, desde el balcón de su cuarto, le encantaba mirar las estrellas. Nos preguntó acerca de algunas estrellas, pero desgraciadamente, no supimos responderle. He aquí una de las cosas que nos pidió K: «Miren ustedes el lucero de la mañana antes del amanecer. Mediten en soledad y adquieran conciencia del enorme silencio y de la belleza que recorre el universo entero».

EL INFINITO

K comprendía que era inútil tratar de describir lo indescriptible. Su principal preocupación era eliminar los obstáculos, quitarle condicionamientos al espíritu, para que éste se transformara en un receptáculo purificado, en condiciones de recibir la visita del Infinito. En este sentido, K se parecía mucho a Buda, que también se había negado a manifestar su opinión positiva sobre el Infinito, y prefería referirse a su naturaleza valiéndose de una serie de declaraciones negativas. De este modo, siguiendo esta vía indirecta, el Nirvana recibía el nombre de lo no creado, lo no originado, lo no formado. Según K, el espíritu condicionado es incapaz de comunicarse con el estado no condicionado o la otredad. Entre lo condicionado y lo no condicionado no puede darse absolutamente ninguna relación.

El recuerdo más grato que guardo de él es el de la noche en que habló con gran sentimiento del Infinito. «Créame, sólo veo un fragmento del Infinito», dijo. Después de secarse las lágrimas del rostro extasiado, añadió: «No se lo puede ver todo. Así de inmenso es».

DEVOCIÓN SIN RESERVAS

A lo largo de los años que duró mi relación con K tuve ocasión de conocer a algunos de sus ardientes seguidores. La mayoría eran de origen indio, pero había una persona que sentía por K una devoción sin reservas absolutamente incomparable. Se trataba de una notable dama inglesa, lady Emily Lutyens, esposa de sir Edwin Lutyens, uno de los arquitectos más destacados de este siglo. Lady Emily sentía una preocupación maternal por el bienestar de K. Su autobiografía titulada *Candles in the sun* (Londres: Rupert Hart-Davis, 1957), es más que una mera narración de su vida, porque en ella nos ofrece una conmovedora descripción de los primeros años de K, que con quince años había viajado a Inglaterra, ocasión en la que se relaciono con lady Emily. En este libro se cuenta por qué la autora se unió a la Sociedad Teosófica en 1910 y por qué la abandonó veinte años más tarde. Lady Emily escribió, «para mí, el único pensamiento de vital importancia en esta vida es la venida del Gran Maestro»; consideraba a K «la flor perfecta de la humanidad».

Lady Emily y yo nos hicimos amigos en mi época de estudiante en Leeds y Londres. ¡Cuánto admiraba su ardiente pasión por la personalidad y las enseñanzas de K! Recibí una carta suya en la que se refería a K de forma conmovedora:

Hyde Park Street,
Londres W2
7 de octubre de 1960

Apreciado Sr. Weeraperuma:

Fue para mí un placer recibir su encantadora carta. Me alegro de su interés por mi libro sobre Krishnaji. Creo que también podría interesarle el libro que escribió mi hija menor, Mary Lutyens (señora de J.G. Links). Habla de Krishnaji y de su hermano Nitya, que murió de tuberculosis.

Sentí una gran devoción por Krishnaji desde el primer momento en que vino a Inglaterra y siempre lo he considerado como un hijo mío, tanto es así que me llama «mamá». Es un hombre con muchas facetas, mejor dicho, con muchas personalidades dentro de un mismo marco.

La primavera pasada, cuando estuvo en Londres de camino a Ojai, venía a verme diariamente. En la India había estado enfermo y en el viaje hacia aquí había pasado por un hospital vegetariano de Suiza. Me comentó que volvería en agosto. Tenía que dar seis u ocho conferencias en Ojai pero se vio en la necesidad de cancelar las últimas por motivos de salud. Marchó entonces a las montañas con el señor Rajagopal. Me han dicho que ha mejorado bastante pero no he vuelto a tener carta de él ni noticias directas, de modo que ignoro por qué ha cambiado de planes.

Efectivamente, como usted menciona, padecí durante años una fuerte depresión, porque todas las cosas en las que creía y esperaba parecían haberse derrumbado a mí alrededor, y tenía la sensación de encontrarme en un túnel oscuro. Pero ahora he vuelto a salir al sol. Me temo que el motivo no es que sé más sino que no sé absolutamente nada de nada. El mundo está patas arriba, todos los países están desunidos. Y yo me siento como el espectador de un circo.

Tengo ochenta y seis años y no soy muy fuerte, por lo que espero marcharme pronto de este mundo... ¿hacia dónde? No lo sé.

Y con esta nota alegre será mejor que me despida y vuelva a agradecerle su amable carta. Si tuviera alguna buena nueva sobre Krishnaji y sus próximos movimientos, lo mantendré al tanto.

Atentamente,
Emily Lutyens

¿ES NECESARÍA LA FUNDACIÓN KRISHNAMURTI?

Siempre he sostenido que la creación de la Fundación Krishnamurti era un craso error.

Más adelante, en este libro, me referiré a mi decepción por la falta de respeto de la Fundación Krishnamurti hacia los deseos de K. Véase el capítulo titulado Citas de J. Krishnamurti (página 89).

Expuse mis puntos de vista sobre la Fundación en una comunicación confidencial que envié a K desde Londres en 1968.

Mí querido Krishnaji:

Algunos de sus amigos, entre los que me incluyo, se muestran asombrados y alarmados por su reciente decisión de crear un nuevo centro llamado Fundación Krishnamurti. Dudo sinceramente que desee usted que se forme un organismo de este tipo. Es probable que algunas personas lo presionen para que acepte esta institución. ¿Estoy en lo cierto?

Toda su vida nos previno usted contra las organizaciones espirituales. Nos pedía que no nos perdiéramos, que no nos confundiésemos con ellas, sino que permaneciéramos enteramente solos y simples. La disolución por su parte de la Orden de la Estrella coincidía con el espíritu de sus nobles enseñanzas.

Es verdad que ha restringido usted las actividades de la Fundación que, según creo, no será más que una especie de secretaría y un cuerpo administrativo. Ha dejado usted muy claro que la Fundación no es una organización espiritual. ¿Pero qué nos garantiza que sus administradores no vayan un día a traspasar los límites y a comportarse como sacerdotes con poder y arrogancia? Es muy probable que eso ocurra. Todos los grandes maestros religiosos fueron traicionados por quienes se erigieron en guardianes de sus doctrinas.

Sus enseñanzas tienen la virtud de la inmortalidad. Su mérito intrínseco asegurará su perpetuación. Sus enseñanzas serán siempre valoradas no por la existencia de la Fundación, sino a pesar de ella. Una de las cosas que he aprendido de usted es que la verdad no necesita un protector porque es capaz de protegerse sola.

¿Acaso hubo necesidad de nombrar fiduciarios que se ocuparan de las obras de genios como Shakespeare, Goethe o Kalidasa? ¿Acaso los vedas y los upanishads no lograron iluminar durante siglos al género humano sin necesidad de fundación alguna? ¿Sería ridículo que se tuviera que solicitar permiso a una fundación para citar estas obras maestras de la literatura hindú! Por suerte, gracias a que no existieron estas atroces restricciones, la civilización india pudo florecer.

¿Qué ocurre a partir del momento en que cuente usted con fiduciarios que tengan intereses económicos en sus enseñanzas? ¿No abusarán de sus poderes para conseguir sus fines egoístas?

¿La Fundación será dirigida por santos o por simples mortales con todas sus debilidades humanas?

Si tiene pensado reclutar ángeles para dirigirla, entonces que haya más Fundaciones Krishnamurti. Pero si no se consiguen empleados celestiales, ¿no sería mejor disolver la Fundación Krishnamurti?

Con afecto,
Weeraperuma

K no contestó a mi carta y sentí curiosidad por saber qué había ocurrido con ella. Meses más tarde nos encontramos por casualidad cuando él daba un paseo a orillas del Támesis. Después de intercambiar las cortesías de rigor, le pregunté si había recibido mi carta.

K me contestó: «Sí, la he recibido. Es muy sensata».

LA PERSONALIDAD DE KRISHNAMURTI

En los primeros años de mi relación con K, recuerdo que me parecía un enigma a causa de sus muchas facetas. Era como si llevara dentro a varios individuos. Me preguntaba cómo era posible que unas cualidades en apariencia tan contradictorias pudieran coexistir en un mismo ser. Más tarde, a medida que fui comprendiéndolo mejor, me di cuenta de que los distintos elementos de su carácter estaban perfectamente fusionados, por lo que su personalidad formaba un todo armonioso. Consideraremos a continuación ciertos aspectos destacados de su personalidad.

Uno de los rasgos más entrañables del carácter de K era la gran atención que prestaba al escuchar a la gente que buscaba su ayuda para discutir con él sus problemas personales. K los escuchaba con sincero interés y comprensión, como si los problemas personales de su interlocutor fueran los únicos del mundo, como si todo lo demás no tuviera ninguna importancia. A veces se tenía la impresión de que ponía más interés en comprender y resolver los problemas que se le exponían que el propio interesado. Le encantaba analizar a fondo una cuestión y descubrir sus muchas facetas. Las manos le temblaban de emoción cuando hablaba de un problema que estaba analizando. ¿Cómo no sentirse honrado de convertirse en objeto de semejante interés? Así trataba a todo el mundo, con respeto y cariño, independientemente de que quien lo visitara fuera el primer ministro, un sabio pandit o un pobre paria.

Merece la pena que consideremos un ejemplo típico de los sinceros consejos que daba K en sus entrevistas. Mi amigo norteamericano David Rodríguez, que llevaba años escuchando a K en Saanen y otros lugares, describió así su entrevista con K: «“¡Aprenda a comprender cómo influyen en usted el dinero, el sexo, las ansias de poder, seguridad, fama y todas las estupideces de este pequeño cerebro!”», exclamó con fuerza mientras me daba golpecitos en la cabeza. “Entre a fondo en ella y analice detenidamente cuanto encuentre. Es usted el único capaz de hacerlo. Ni yo ni nadie podrá hacerlo por usted. ¡Cuando lo haya hecho, misión cumplida!” Dijo todo esto con mucha fuerza, sentado muy cerca de mí, sin dejar de mirarme a los ojos, me sacudía el brazo y me empujaba de vez en cuando como si intentara despertarme».

Al final de una acalorada reunión que había durado más de dos horas, K aparecía exhausto. Quiso marcharse, pero algunas personas del público seguían haciéndole preguntas. Él contestaba con paciencia, pero la gente no daba muestras de entender lo que les decía. K decidió entonces utilizar un lenguaje más simple, pero todos seguían sin entender. Un hombre lanzó un suspiro y dirigiéndose a K, le preguntó: «¿Qué hace usted cuando una persona es incapaz de comprenderlo?»

K le contestó: «Tomo a esa persona de la mano».

Fue una respuesta conmovedora. Cuando le fallaban todos los intentos por comunicarse con las personas, nunca dejaba de manifestar su afecto. K no se descorazonaba nunca a pesar de las múltiples barreras psicológicas que impiden la comprensión.

Una mendiga pálida y demacrada de los barrios bajos de Adyar se acercó una tarde a K. La niña apenas tenía doce años. Sin poder contener el llanto, le contó que llevaba dos días sin comer. Tendió las manos huesudas y oscuras para pedirle dinero. K metió rápidamente las manos en los bolsillos y descubrió que estaban vacíos. No era de extrañar, porque K rara vez llevaba dinero. Lo único que tenía en ese momento era un pañuelo blanco de algodón. K se lo entregó a la niña. Le dio una afectuosa palmada y se alejó.

Nos encontrábamos un grupo de amigos descansando después de disfrutar de la comida en compañía de K. Él se disculpó, se levantó y fue a la cocina. Volvió al cabo de un rato con una bandeja llena de tazas con una sabrosa bebida de cereales. La había preparado especialmente para nosotros. Como un anticuado camarero de un restaurante de primera categoría, K hizo una amable reverencia ante cada invitado y le sirvió una taza. Cuando hubo terminado, volvió a hacer una reverencia. K no consideraba que estuviera rebajándose al servirnos. Para él no había trabajos degradantes. Nos asombró su total falta de presunción. No se veía como un gran hombre, ni como un gran sabio. En realidad, no tenía ninguna imagen de sí mismo.

Esta total carencia de una imagen de sí mismo resultó particularmente evidente en la hora memorable que pasé junto a K en una tranquila casa de Wimbledon a principios de 1960. En aquella ocasión yo había llevado a mi amigo holandés el doctor Robert Powell, escritor de libros sobre temas científicos y espirituales, así como sobre las enseñanzas de K. Al terminar nuestra entrevista, Robert me hizo esta profunda observación: «Cuando hablaba con Krishnamurti tuve la impresión de que dentro de él no había una persona psicológica. Todo lo que presentí fue un estado de vacío. Como si se pudiera caminar a través de él».

Es indudable que K era un maestro espiritual de primera magnitud, pero veía los temas mundanos con una simplicidad inocente, casi infantil. Noté, por ejemplo, que comprendía apenas o no comprendía en absoluto los problemas económicos complejos.

Si una persona quisiera engañarme para quitarme mi dinero o me mintiera, como es natural, me formaría una opinión desfavorable sobre ella. La imagen mental que tengo de esa persona influirá en mi actitud hacia ella. Probablemente no me caería bien y en lo sucesivo tendría más cuidado al tratarla. De este modo, mi imagen mental impedirá que vuelva a ser víctima de su deshonestidad. A pesar de que las imágenes le quitan brillo al espíritu y producen sentimientos amargos, constituyen una advertencia que nos protege en un mundo repleto de gente mentirosa y malintencionada. Pero K no se formaba una imagen favorable ni desfavorable de las personas que se relacionaban con él. Se olvidaba de sus traiciones y defectos hasta tal punto que a veces había quienes lo engañaban. Unos cuantos se aprovecharon de la prestigiosa reputación de K para conseguir ventajas económicas y personales. Un día me sentí tan disgustado por ciertas decisiones de K que fui y le expuse mis puntos de vista: «¿Por qué elige mal a las personas que dirigen sus escuelas y organizaciones? ¿Por qué escoge usted a personas que, a pesar de mostrar un cierto interés en sus enseñanzas, están completamente decididas a conseguir sus ambiciones personales?»

Como tenía por costumbre, K escuchó tranquilamente mis acusaciones sin que por ello estuviera o no de acuerdo con ellas.

Es probable que unos cuantos de los que escuchaban a K en serio y experimentaban sinceramente sus enseñanzas se sintieran animados por lo que podríamos describir como esa pasión, ese fuego o esa intensidad que constituían el sello de K. Sin embargo, comprobé que nuestro fuego era efímero mientras que el de K era eterno. Su fuego surgía de una fuente invisible y desconocida y nunca le abandonaba. ¡Cómo dependíamos de K para que avivara en nosotros esa intensidad! Jamás olvidaré lo que me dijo cuando nos encontramos por casualidad en un parque público: «Señor, no titubee. No vacile usted. Acométalo todo con furia».

SU SUTIL SENTIDO DEL HUMOR

«Krishnamurti es un orador riguroso, falto de humor, muy dado a soltar desagradables diatribas», se quejaba un misionero cristiano después de haber escuchado uno de los discursos de K en la Sociedad de Amigos de Euston. Este sacerdote de Londres había asistido a la conferencia porque yo lo había convencido de que lo hiciera. Lamentó haber perdido la tarde en aquella reunión y añadió: «¿Por qué se muestra Krishnamurti tan airado? Un hombre santo debería emplear un lenguaje dulce, ¿no le parece?»

«Un hombre que habla y actúa con pasión» le expliqué, «no es necesariamente un hombre airado. La ira surge del odio, la violencia y la maldad, pero las duras palabras de K surgen de su amorosa preocupación por el sufrimiento humano. ¿Acaso Jesús actuaba con ira cuando entró en el templo y echó a quienes lo profanaban utilizándolo como si fuera un mercado? ¿Acaso no empleó Jesús entonces un lenguaje condenatorio acusándolos de utilizar el templo como “una cueva de ladrones?”» No volví a ver a este sacerdote. Por navidades le envié por correo un ejemplar de *La libertad primera y última* de K. En una carta de agradecimiento me manifestó que después de leer el libro había cambiado de opinión. Me decía en su carta: «Estoy convencido de que Jesús también fue un predicador radical como Krishnamurti, pero la iglesia nos ofrece ahora unas enseñanzas diluidas. Jesús y Krishnamurti parecen tener los mismos rasgos. Es interesante».

Cada vez que K se subía a un escenario para hablar, su personalidad experimentaba una sutil transformación. Desaparecía su modesta timidez, adoptaba el aire del orador distante y no le importaba decir cosas que herían los sentimientos de sus oyentes, le tenía sin cuidado el hecho de que las denuncias que hacía de los gurús y de sus sistemas de meditación ofendieran las susceptibilidades religiosas de sus devotos seguidores. Hablaba como un hombre poseído por un poder de comprensión que a otros les faltaba; hablaba con cara seria y tono lento y digno; la expresión seria de su rostro armonizaba con las sabias sentencias que pronunciaban sus labios, sentencias salpicadas de breves pausas, presumiblemente porque deseaba que su significado penetrara el espíritu de sus oyentes. Rara vez reía o sonreía cuando hablaba en público. No es de extrañar que muchos se formaran una imagen de K que no se correspondía con su verdadero carácter, porque sacaban la conclusión errónea de que K era un caballero amargado y gruñón. Es verdad que en ocasiones se mostraba melancólico y abatido, pero se trataba de estados de ánimo pasajeros, porque su rostro era como un calidoscopio de expresiones

en permanente cambio que nos daba una idea de la variedad extraordinaria, de la vitalidad y la riqueza de su vida interior.

Una anciana de Nueva Zelanda que asistió a una serie de charlas en Madrás, confesó haber soportado un largo viaje en barco «por el puro placer de ver sonreír a Krishnamurti». Era la suya una sonrisa seráfica que, con frecuencia desarmaba a muchos de sus antagonistas, decididos a derrotar a K en la discusión. No tenía más que sonreír y sus enemigos se olvidaban de la cólera y se hacían amigos de él. Dondequiera que fuese, su misteriosa y encantadora sonrisa le ganaba nuevas amistades.

Hay un cierto número de sesudas tesis sobre la psicología de la risa. Lamento no haberle preguntado a K sobre la importancia psicológica de la risa. Debí haberle preguntado: ¿Se esconde algo más tras la risa, aparte del hecho que suele ser una válvula de escape en situaciones de miedo, ansiedad, dolor, sufrimiento y demás? Me hice una idea bastante aproximada de la actitud de K con respecto a la risa después de observar su reacción a ella. En cierta ocasión, K dijo que como las personas confundidas invariablemente actúan siguiendo los dictados de su confusión, no pueden evitar elegir gurús que también están confundidos. El público se rió a carcajadas de estos comentarios. K hizo un ademán en señal de desaprobación y dijo: «Les ruego que no se rían. Les hablo muy en serio». En otra ocasión, regañó a un grupo de jóvenes que en una de sus charlas se habían echado a reír. «Ríen ustedes» les dijo, «porque reaccionan emocionalmente». Sin embargo, en varias oportunidades, K se echó a reír abiertamente en sus conferencias, cuando alguien contaba un chiste o por algún incidente cómico. Por ejemplo, una mañana, en una reunión informal, K intentó por todos los medios compartir con los presentes una profunda verdad que había descubierto. Decía que se experimenta una alegría inmensa al observar algo exactamente como es, sin la intervención del «observador» porque el «observador» suele distorsionar la observación. Refiriéndose a sí mismo en relación con la observación pura, K dijo: «Cuando miro ese árbol del jardín, no existe un “yo” que observe el árbol. Sólo existe el árbol. Sólo existe la cosa observada sin el “observador” que la mira».

«¿Quiere decir entonces» preguntó entusiasmada una anciana, «que el “observador” se ha fundido con la cosa observada y por eso sólo existe el árbol y nada más? ¿Desaparece el cuerpo y se funde con el árbol?»

«¡Por supuesto que no!» exclamó K soltando una carcajada.

Bhikku Walpola Rahula, el eminente sabio y escritor budista que había discutido en varias ocasiones con K, me contó cierta vez que encontraba un asombroso parecido entre el sentido del humor de Buda y el de Krishnaji. Ambos poseían un fino y sutil sentido del humor que revelaba su extraordinaria agudeza mental. Hay un refrán que dice que la inteligencia o falta de inteligencia de un hombre se mide por las cosas que lo hacen reír.

Los admiradores de K disfrutaban viéndolo reír, sobre todo porque la risa hacía que se pareciera menos a una deidad y más a una persona corriente con características humanas. Su risa era a veces suave y ahogada y a veces una carcajada que rayaba en el éxtasis. En ocasiones se reía durante varios minutos. Cuando lo hacía, el rostro se le iluminaba y los ojos se le llenaban de lágrimas. La intensidad emocional que se manifestaba en el rostro de K cuando le daban estos ataques de risa lo hacía parecerse a un bhakta en trance. De más está decir que su risa alegraba a cuantos lo rodeábamos.

Nunca oí a K utilizar palabrotas en inglés, aunque debía de conocer su existencia porque leía novelas policíacas y se relacionaba con muchas clases de personas. Varias veces lo oí utilizar palabras como «maldito» y «jodido» pero hoy en día ya nadie se espanta al oírlas. Su puro sentido del humor no tenía nada de vulgar, obsceno o escatológico. Era un humor sin mácula en el sentido de que no era sardónico. Nunca se reía maliciosa o burlonamente con la intención de humillar a un adversario. Se reía de un modo infantil de todas las cosas que son cómicas y ridículas.

Cuando un político poderoso no goza de la simpatía de la gente se convierte en blanco de nuestros chistes. ¿Acaso no obtenemos un sutil y sádico placer convirtiendo a alguien en el hazmerreír de la sociedad? Por regla general, disfrutamos riéndonos del prójimo, ¿pero alguna vez nos reímos de nosotros mismos? ¿Están los orgullosos dispuestos a reírse de sí mismos arriesgándose así a herir sus hinchidos egos? Sólo los verdaderamente humildes son capaces de mirar hacia dentro y reírse de sí mismos. K poseía una gran capacidad para hacerlo.

A pesar de que el nombre de K había adquirido fama mundial, cabe destacar que incluso en su infancia no sentía ningún apego por él. Le reprochaba a la gente el adorar su nombre, porque toda adoración personal que se centra en un nombre impide que las personas se acerquen a las enseñanzas con espíritu nuevo. Nuestra dificultad radica en que no logramos disociar su nombre de sus enseñanzas. En una reunión privada nos dijo muy claramente: «Estas no son mis enseñanzas, sino las enseñanzas de la vida». Con ello probablemente quisiera darnos a entender que las enseñanzas son valiosas y ciertas no porque K las expresara sino porque eran ciertas de todos modos. Es decir, que las enseñanzas son intrínsecamente ciertas, independientemente de que fuera K o cualquier otra persona quien las impartiera. K no era más que el exponente de ciertas verdades universales y, al parecer, nunca tuvo la sensación de ser el poseedor de lo que enseñaba. Por tanto, ¿no es lamentable que las enseñanzas universales se vieran ligadas a un nombre determinado? Por eso se entiende por qué K comentó entre risas que había considerado la posibilidad de cambiarse el nombre de Krishnamurti por el de Christopher Murphy.

Quienes tuvieron el placer de tratar a K le escucharon contar historias divertidas, chistes e infinidad de anécdotas. K nunca se hizo pasar por autor de las cosas cómicas que contaba. Las fuentes de algunos de sus cuentos se remontan a la literatura zen. Pero él los modificaba un poco. Empleaba los chistes y las historias ajenas para instruir y despertar a cuantos buscaban su consejo así como para aclarar aspectos difíciles de sus enseñanzas. En sus horas de ocio en Colombo, vimos a K leer un libro de chistes. A K le encantaba el humor de Mark Twain y pude comprobar que en la biblioteca personal que tenía en Arya Vihar, en Ojai, tenía varios libros de este gran humorista norteamericano. Algunas de sus historias no se basaban en hechos pero eso no tenía ninguna importancia porque su propósito era transmitir un mensaje.

K disfrutaba contando historias en las que se describían comportamientos personales que no estaban de acuerdo con los principios morales reconocidos. He aquí un buen ejemplo:

Dos monjes que habían hecho votos de abstinencia sexual absoluta, de pensamiento, palabra y hecho, regresaban lentamente a su monasterio después de haber ido a un funeral. El monje más anciano iba delante del joven novicio que llevaba en una bolsa de cuero las monedas que les habían dado por officiar el funeral. Al pasar delante del prostíbulo del pueblo, el joven novicio dijo entusiasmado:

«¿Vamos a ver a la prostituta del pueblo y a gastarnos lo que hemos ganado?»

Presa del asombro y el disgusto, el monje más anciano reprendió al joven novicio:

«¡Avergüénzate! ¿Acaso no sabes que no deberías tener estos pensamientos? Además, no tenemos dinero suficiente para eso».

Otra historia también se refiere a dos monjes que habían hecho votos de castidad y abstinencia absoluta de pensamiento, palabra y hecho. Partieron juntos en un largo viaje durante el cual debían recorrer a pie poblados, bosques y tierras pantanosas. Se disponían a cruzar un río con una fuerte corriente cuando se les presentó una atractiva muchacha y les pidió que la ayudasen a cruzar.

«Márchate» le gritó el monje joven, «porque hemos hecho promesa de no tener tratos con mujeres».

«Os ruego que me ayudéis» sollozó la muchacha.

Al oír esto, el monje más anciano la alzó en brazos y vadeó el río de rápida corriente. Cuando hubo cruzado, la mujer le agradeció el favor y se marchó. Concluido el incidente, el monje joven se pasó varios días criticando la conducta del más anciano. Se quejaba muy airado:

«Has tenido una conducta impropia al tocar el cuerpo de una mujer».

El monje más anciano le espetó:

«¡Yo dejé a esa mujer en la orilla del río pero tú sigues llevándola en brazos!»

Esta historia ilustra la mente poco casta del joven monje que seguía turbado por un hecho inocente que pertenecía al pasado. Según K, la verdadera castidad consiste en estar libres de la formación de imágenes y su almacenamiento en el espíritu. Por lo tanto, su idea de la castidad estaba muy alejada de la actitud tradicional que insiste en evitar todo contacto con el sexo opuesto.

Un día, mientras K y yo almorzábamos en Gstaad, Suiza, me preguntó con curiosidad qué lugares de interés cultural había visitado en mis vacaciones de verano en Roma. Le comenté que lo más interesante de mi viaje había sido el día que pasé inspeccionando los estantes de la maravillosa Biblioteca Apostólica Vaticana. Le describí con entusiasmo los antiguos manuscritos, los primeros libros impresos y otros tesoros de esta institución. Le referí a K que los administradores de esa gran biblioteca habían aceptado agradecidos algunos libros que yo había escrito sobre sus enseñanzas. También les regalé algunos libros de K que fueron muy bien recibidos. «Será muy divertido» dije, «cuestionar sus creencias y dogmas y sacudir los cimientos mismos de la Iglesia Católica Romana. ¿No le parece necesario estimular a los teólogos a que lean libros relacionados con sus enseñanzas?»

K me preguntó: «¿De veras están interesados?»

Le contesté: «Pues tenemos que hacer que se interesen. ¿Cree usted que al Papa le interesaría asistir a sus charlas?» La ingenuidad de mi pregunta lo sorprendió. Me lanzó una mirada incrédula y me dijo: «¿El Papa en Saanen? No lo creo probable». De inmediato, K se puso a hablar de las magníficas obras de arte que había visto en el Vaticano. Me dio la impresión de que no había tenido una audiencia con ningún Papa, pero me comentó que Juan Pablo I muy sonriente lo había saludado con la mano. K sentía una simpatía especial por ese Papa, al que describía como «un hombre amistoso». K lamentaba que hubiera muerto repentinamente después de un breve reinado. Muy divertido, K me contó esta historia:

Encontraron a un mendigo harapiento orando en la Capilla Sixtina, la capilla del Papa, decorada con frescos de Miguel Ángel y otros pintores. El Papa notó enseguida la presencia del mendigo y de inmediato manifestó su fastidio. «¿Quién es ese hombre que está ahí arrodillado? No lleva la ropa adecuada». El Papa ordenó al mendigo que abandonara de inmediato la Capilla Sixtina. El hombre tuvo que obedecer. El mendigo se sintió decepcionado por el rechazo del Papa, pues para él, que era muy devoto, aquello casi equivalía a haber sido excomulgado de la Iglesia Católica. Regresó a la sórdida habitación que ocupaba en un barrio bajo de Roma. Y en la soledad y el

silencio de su cuarto se arrodilló para rezar. De repente, Dios se le apareció en persona. El pobre hombre no daba crédito a sus ojos al ver al Todopoderoso en todo Su esplendor. Dios se dirigió a él amorosamente y le preguntó:

«¿Cuál es tu problema?»

«Mi problema» le contestó, «es que me echaron del Vaticano».

«No te preocupes» le dijo Dios, «porque a mí tampoco me dejan entrar».

A K le gustaban los chistes y las anécdotas de Jesús y, sobre todo, de misioneros que viajan a países lejanos con la intención de convertir al cristianismo a los paganos que se niegan a reconocer al Dios de la Biblia.

Una de sus historias preferidas era la de un misionero que ponía gran celo en su trabajo e intentaba predicar los evangelios a un grupo de caníbales. A los caníbales les molestó tanto su actitud desdeñosa que decidieron comérselo para la cena. Se disponían a freír al misionero en una olla de aceite hirviendo.

«Por favor, no me comáis pidió el misionero asustado».

«Lo que uno come» filosofó uno de los caníbales, «es cuestión de gustos. A ti te encanta comer carne de vaca y nosotros preferimos la de misionero.»

Algunas personas que asistían a las conferencias de K eran realmente raras. Un joven barbudo, de cabello largo, vestido con una amplia túnica blanca que parecía una sotana se presentó ante K después de una de sus charlas y le dijo: «Me llamo Jesucristo. Soy el verdadero Jesús. Al falso que utilizó mi nombre hace mucho tiempo lo crucificaron como merecía».

K le ofreció una amplia sonrisa y le estrechó la mano. Después de haberlo saludado, le dijo: «Encantado de haberlo conocido, señor Jesucristo».

Algunos de los presentes escuchamos la conversación y nos echamos a reír a carcajadas. El hombre se ofendió al comprobar que se había convertido en el hazmerreír de cuantos lo rodeaban. Presa de la ira, nos miró fijamente a los ojos y luego se marchó sin decir palabra.

A lo largo de su vida, K se opuso con convicción a las organizaciones espirituales. No sirven de nada porque no existe organización, por más bien intencionada y eficiente que sea, que pueda ayudar a nadie en el viaje interior que nos permite observar el proceso del pensamiento; es más, el hecho de participar en organizaciones espirituales se convierte en ocasiones en un modo de huir del trabajo realmente importante: la observación de uno mismo. K siempre sostuvo que la verdad, que es una inalcanzable «tierra sin senderos», no puede y no debe ser organizada. Denunciaba a las organizaciones espirituales refiriendo la conversación entre el diablo y su amigo.

Un día, el diablo y su amigo iban caminando por la calle cuando vieron que un hombre recogía algo y se lo guardaba en el bolsillo.

«¿Qué fue lo que recogió?», preguntó el amigo.

«Un trozo de verdad» respondió el diablo.

«¿Y eso no es para ti un mal asunto?»

«En absoluto» repuso el diablo. «Porque dejaré que organice el trozo de verdad que acaba de recoger».

En cierta ocasión, le comenté a K: «Un escritor europeo tiene algo nuevo e interesante que decir sobre su origen. Sus investigaciones revelan que usted no es el único que nació en otro planeta y que ha llegado a la tierra en una nave espacial. Sostiene que por ese motivo no encaja usted en este mundo de ambiciosos y competidores».

K se rió un rato y luego me preguntó: «¿Está diciendo que mi padre no me engendró? ¡Mi pobre padre!»

Dejó de reír y su rostro cansado se mostró muy serio. Luego dijo: «Cuidese de las teorías. Las teorías atan y ciegan».

El espíritu simple y sin complicaciones de K era tan perceptivo que jamás se le escapaba el lado incongruente o cómico de una situación. Por ejemplo, contaba cuántos policías armados tenían a su cargo la custodia de la señora Indira Gandhi, la primera ministra de la India, cuando fue a visitarlo. K hablaba entonces risueño de un policía muy gordo que se ocultaba detrás de un árbol muy estrecho, sin darse cuenta de que se lo veía por los cuatro costados.

K se rió a mandíbula batiente cuando le contaron que cierta dama se había negado a ver una película en la que él aparecía dando una charla. Y se negó a hacerlo porque de ese modo K no iba a notar su presencia entre el público. ¿Acaso se rió K de la vanidad oculta de esa dama o de su extraña expectativa de que quienes eran vistos por K iban a sacar un misterioso provecho?

Situado en la pintoresca y accidentada ciudad de Kandy, el antiguo Templo del Diente es considerado por todos como el *sancta sanctorum* de Sri Landa, porque en su recinto sagrado se conserva un diente de Buda. Aunque la doctrina budista no acepta ningún tipo de adoración, esta reliquia ha sido adorada desde hace siglos por los budistas devotos. Varios reyes budistas creían que el soberano que tuviese la buena suerte de poseer este diente no iba a ser nunca vencido. Cuando K estuvo en Colombo, un monje budista fue a visitarlo y comenzó a elogiar los poderes ocultos del diente. El monje tuvo la audacia de sugerirle a K: «Ahora que está usted aquí, debería visitar este altar sagrado y hacerle una ofrenda de flores e incienso al diente de Buda».

K se rió del consejo y le preguntó al monje: «¿Está usted seguro de que no se trata del diente de un cocodrilo?»

El doctor Kewal Motwani, sociólogo y escritor, residía en Colombo cuando K visitó esa ciudad en 1957. El doctor Motwani era un viejo amigo de K. Mucho antes de que el subcontinente fuera dividido en India y Pakistán, K se había hospedado en la casa del doctor Motwani en Karachi. Después de la división, K tenía intención de dar unas conferencias en Pakistán, pero el doctor Motwani lo convenció de que cancelara su programa. Le imploró a K que no viajara a ese país. «Krishnaji, cuando conozcan tus puntos de vista, los fanáticos musulmanes querrán matarte». K aceptó la sugerencia y no dio las conferencias en ese país. Por ese motivo, K era prácticamente desconocido en el mundo musulmán y, dicho sea de paso, tampoco era conocido en el mundo comunista.

En la mansión del doctor Motwani, en Colombo, ofrecieron una recepción en honor de K. A ella asistieron los ministros del gobierno, políticos, periodistas, académicos y varios ciudadanos destacados. K abrazó calurosamente al doctor Motwani cuando llegó. Fue un gesto de amistad y afecto. Cuando K se hubo sentado, el doctor Motwani hizo un discurso formal de bienvenida, en el curso del cual pronunció la siguiente frase: «Krishnaji, cuando estoy contigo, siento que me encuentro en la sagrada presencia de Buda». K sonrió e inquirió de repente: «¿Pero alguna vez has estado en su presencia?» La falta total de egocentrismo de K resultó particularmente evidente en la recepción mencionada. Los caminos del ego sediento de cumplidos son extraños. Una de las características notables de K era que no le afectaba en absoluto el hecho de que sus admiradores lo tuvieran en alta estima. Ni los elogios ni las críticas hacían mella en él. Cuando uno se conoce a fondo, ¿importa acaso lo que el mundo piense?

CONSEJOS SOBRE LA SALUD

A lo largo de su vida, K cuidó siempre de su salud. Le preocupaba mucho mantenerse en forma para poder cumplir con su misión en la vida: proclamar la verdad y derrotar las sombras de la ignorancia. Una de las críticas que se le hacían siempre a K era que se preocupaba en exceso por su bienestar físico. Sus críticos no se daban cuenta de que K necesitaba estar fuerte para poder soportar el peso y el estrés de viajar cada año a la India, por Europa y América con el fin de dar sus charlas. Incluso cuando era un nonagenario, cuando muchos a su edad dormitaban en un sillón en lugar de dar discursos, K seguía en plena actividad. No se enorgullecía ni le causaba placer el mantener su cuerpo en forma, al contrario, consideraba que la buena salud era una condición *sine qua non* para continuar con su trabajo.

La actitud de K hacia la salud tal vez se vio influida por algunos factores secundarios. En virtud de su formación brahmánica, que da especial importancia a la higiene personal y a la dieta adecuada, era poco probable que K hubiera descuidado su cuerpo. Consciente de la necesidad de proteger el delicado cuerpo de K cuando era niño, el obispo C.W. Leadbeater tomó medidas para adiestrarlo y fortalecerlo. Animó al muchacho para que nadara e hiciera ejercicio.

A la tierna edad de quince años, en su primer clásico, un librito de instrucciones titulado *At the feet of the master*¹ K escribió sobre la importancia de cuidar el cuerpo. Equiparaba el cuerpo a un animal, al caballo que monta el jinete. Por ese motivo, hay que tratarlo bien y cuidar de él; no hay que hacerlo trabajar en exceso y es preciso alimentarlo bien. Además, el cuerpo siempre debe estar limpio, «libre de la más mínima mota de suciedad».

HATHA YOGA

Una mañana, algunos de nosotros conversábamos animadamente en la salita de la casa de Jawatta Road, en Colombo, cuando K nos llamó a su cuarto y nos dio interesantes informaciones sobre el hacha yoga. Nos indicó cuál era el mejor modo de practicar ciertas asanas. Nos consideramos doblemente privilegiados porque K, que llevaba practicando desde hacía años, nos demostró cómo hacer algunas asanas importantes. Era una delicia ver a K haciendo ejercicio. Vestía un pijama blanco y arrugado y su cuerpo ágil y enjuto se movía con la velocidad y la gracia de una serpiente.

Nos explicó: «Deben ustedes entender que practico yoga únicamente por motivos físicos. Es la única manera de mantenerme en forma. El yoga es un medio para conseguir un fin y no un fin en sí mismo. Es preciso entender bien esto, porque los yoguis lo practican con la intención de adquirir poderes psíquicos o lograr el despertar de kundalini y todas esas cosas, que son justamente las que no me interesan».

K abrió de par en par las ventanas de su cuarto e inspiró hondo, retuvo el aire fresco de la mañana y luego lo exhaló; dedicó aproximadamente quince minutos a la serie de ejercicios respiratorios. «Los ejercicios de

¹ *A los pies del maestro*, Edaf, 1993.

pranayama» nos explicó, «son muy importantes porque oxigenan el cuerpo. El cerebro no puede funcionar sin oxígeno. Aprendan a respirar correctamente para que el cerebro rinda siempre al máximo».

«¿Me ayudarán los ejercicios de pranayama a ser más inteligente?», inquirí yo.

«No necesariamente. Es un tema muy complejo. No vamos a analizarlo ahora, si no le importa», me dijo.

K destacó la importancia de adoptar buenas posturas al sentarnos y al estar de pie. Nos confirmó la opinión tradicional de que si se mantienen la cabeza y la espina dorsal erguidas se favorece la buena salud del cerebro.

K nos comentó que uno de los muchos significados de la palabra «yoga» es destreza en acción. En el dominio del hatha yoga, la destreza en acción implica practicar en perfecta forma la combinación de ejercicios más adecuada a las necesidades de una persona.

K aprendió hatha yoga leyendo un libro sobre el tema pero por desgracia no recordaba ni el título ni el autor. Continuaba ampliando sus conocimientos sobre este vasto campo aprendiendo de cuantos supieran del tema.

Después de realizar una serie de ejercicios de columna, K descansó un buen rato en la postura supina del muerto (savasana). Acto seguido habló con entusiasmo de su asana favorita, la postura del cuerpo entero o de todos los miembros (sarvangasana). No lo vimos practicar esta postura pero nos indicó cómo hacerla y nos explicó sus ventajas especiales. Hay que acostarse sobre la espalda y subir despacio las piernas de manera que el tronco, las caderas y las piernas queden verticales. Los codos descansan en el suelo y la espalda se apoya en las manos. La barbilla queda apretada contra el pecho. El peso del cuerpo recae sobre los hombros. Dado que esta asana regula la secreción de la tiroides, la glándula más importante del sistema endocrino, el cuerpo se beneficia naturalmente de esta postura. Facilita una regeneración física. Hablando en tono ligero, K nos contó una historia que pretendía explicar el origen del hatha yoga. En la antigua India existía una planta especial llamada soma. Se la consideraba de origen divino y en los tiempos védicos su savia era ofrecida a los dioses. Esta planta poseía ciertas cualidades vivificantes, puesto que quienes la consumían aumentaban su percepción. La planta milagrosa aguzaba la mente y, como es lógico suponer, era muy apreciada y se la consumía mucho. Por desgracia, no tardó en desaparecer y quienes en otros tiempos la habían atesorado se sintieron perdidos. Por ese motivo, los rishis inventaron el complicado sistema del hatha yoga para sustituir al soma. Sostenían que el hatha yoga es tan capaz de despertar la conciencia como el soma.

Años más tarde, cuando me encontré con K en Londres, quiso que asistiera a las clases que allí daba el señor B.K.S. Iyengar. Después de dos sesiones de hatha yoga, le comenté que me disgustaban los rigurosos métodos del señor Iyengar, que obligaba a sus alumnos a hacer ciertas posturas difíciles cuando sus cuerpos todavía no estaban preparados. Le dije que a mi modo de ver una asana es, sin duda, una postura cómoda y relajante que conduce a la meditación, algo que debe hacerse despacio y sin esfuerzo, pero este maestro, quizás porque quería que sus alumnos progresaran de prisa, hacía caso omiso del hecho de que el cuerpo requiere un largo período de adaptación antes de ablandarse lo suficiente como para hacer complicadas contorsiones. Me referí a los posibles efectos nocivos de obligar al cuerpo a hacer ejercicio. Añadí que uno debía tratar a su cuerpo con suavidad y no con violencia. K estuvo plenamente de acuerdo conmigo y me indicó que él ya había dejado de seguir el sistema de Iyengar.

ALIMENTARSE SIN CRUELDAD

Existen muchos argumentos éticos, filosóficos, económicos y nutricionales a favor del vegetarianismo. Hoy en día, son muchos los que evitan el consumo de pescado, carne y aves porque apoyan la doctrina de la no violencia (ahimsa) u otro principio religioso que prohíbe matar. Pero K no apoyaba ninguna creencia ni ideología. Para K la práctica del vegetarianismo no era producto de un frío razonamiento. Su vegetarianismo nacía del seno de la compasión. Su compasión por los animales era equivalente a su compasión por los seres humanos. Infligir cualquier tipo de dolor a cualquier criatura viviente era algo que repugnaba a su naturaleza. Amaba y respetaba profundamente a los animales, tanto a los domésticos como a las peligrosas bestias salvajes que veía accidentalmente en el curso de sus paseos solitarios por el bosque. En sus libros hay referencias a algunas de sus comunicaciones no verbales con los animales.

Uno de nuestros amigos que vive en Inglaterra fue amonestado por K del siguiente modo: «Señor, sé por su aliento que come carne. No coma usted carne. ¡Es veneno!» No sé si esta persona se sintió herida en sus sentimientos después de oír semejantes palabras. Como K desempeñaba un papel de maestro espiritual itinerante, en numerosas ocasiones tuvo que realizar observaciones de este tipo que cuestionaban los hábitos de alimentación de la gente y, en consecuencia, alteraban su paz de espíritu.

En *At the feet of the Master*, K denunciaba la terrible matanza de animales exigida por la superstición que exigía estas inmoluciones. También se refirió a «la aún más cruel superstición de que el hombre necesita alimentarse de carne».

Cuando le manifesté a K que la gran mayoría de monjes budistas de Sri Lanka comen carne y pescado sin ningún tipo de vergüenza y que defendían su actitud citando los textos sagrados, sintió mucha pena y exclamó: «¡Pobre Buda!»

En 1974 renuncié a mi cargo en la Biblioteca Británica para irme a Adelaide, donde me habían nombrado bibliotecario de la Biblioteca del Parlamento de Australia del Sur; puesto que ocupé doce años, desde 1974 a 1986. Antes de marcharme de Inglaterra, fui a despedirme de K. K me miró fijamente y me dijo: «Cambie usted de ambiente, si es preciso, pero lo que es más urgente es que se produzca un cambio dentro de usted mismo». No aprobaba mi idea de establecerme en Australia. Al despedirse de mí me aconsejó: «Vaya donde vaya, no malgaste su vida». ¿Acaso era malgastar la propia vida marcharse a un país nuevo y aceptar un trabajo más lucrativo? ¿Acaso K no había viajado a Australia en varias ocasiones para dar sus conferencias?

El salario que me ofrecían en Australia era tan alto que podía permitirme el lujo de viajar al extranjero varias veces al año para asistir a las conferencias de K en lugares tan lejanos como Estados Unidos, Inglaterra, Suiza y la India. En los últimos diez años de la vida de K, tuve mucha suerte porque lo encontré en varias ocasiones en distintas partes del mundo. Cada vez que me veía, me preguntaba: «¿De veras le gusta Australia?», o «¿Cuándo se marchará usted de Australia?» Fue en el verano de 1981, mientras almorzábamos juntos en Chalet Tanneg, en Gstaad, Suiza, cuando comprendí por qué no aprobaba la forma de vida australiana. K se quejaba de lo siguiente: «En Australia comen trozos de carne que ocultan con disimulo entre rebanadas de pan. ¿Cómo puede vivir en un país así? ¿Quiere ser como ellos?»

En cierta ocasión le preguntaron a K si el hecho de estar libre de vicios como el alcohol, el tabaco y los alimentos no vegetarianos contribuía a que uno entendiera sus enseñanzas. Su respuesta fue bien simple: no es lo que uno se lleva a la boca lo que nos da entendimiento. El hecho de renunciar a estas cosas no hará que comprendamos la realidad. A la liberación se llega descubriendo y trascendiendo las limitaciones del espíritu y el corazón. Si un hombre deja de comer carne con la esperanza de conseguir una mejora espiritual, ¿actúa impulsado por un auténtico sentimiento de pena hacia los animales que sufren? ¿Acaso no lo hace por puro egoísmo? En ese caso, ¿no es el yo ambicioso el que intenta expandirse escudándose tras una máscara respetable de espiritualidad? Es evidente que uno puede hacerse vegetariano por miles de motivos, pero el único vegetarianismo sublime es el inspirado en la compasión desinteresada.

LA NUTRICIÓN CORRECTA

«Si uno se preocupa por el bienestar del cuerpo», observó K, «se encargará de leer y averiguar lo que opinan los expertos sobre la correcta nutrición. El vegetarianismo en sí mismo no nos asegura automáticamente una buena salud, porque sólo habría que tomar alimentos vegetarianos nutritivos y evitar todo aquello que irrite el organismo. En mi vida siempre le he dado importancia a dos cosas: estar solo y tomar los alimentos adecuados».

K comía muy poco y masticaba mucho cada bocado. Le aconsejó a un empresario ocupado que tenía por costumbre comer de prisa: «Mastique mucho, pero mucho y después beba para tragar la comida». En el comedor, K comía tan despacio que invariablemente era el último en terminar.

El almuerzo era su principal comida del día. En primer lugar tomaba una fruta, una manzana o un mango, por ejemplo. Después tomaba un alimento crudo, en general una ensalada. El siguiente plato consistía en un alimento cocido, por ejemplo arroz hervido y especiado. Terminaba la comida con una galleta integral o un trocito de chocolate Lindt de Suiza. Lindt es la mejor marca de chocolate del mundo. Dicho sea de paso, en varias ocasiones tuve el placer de regalarle a K alguna que otra caja de bombones Lindt. Noté que elegía el más pequeño y convidaba el resto a quien tuviera a mano. Estaba desprovisto de todo sentimiento de propiedad y le encantaba compartir o regalar lo que le ofrecían.

En los últimos años de su vida, K tomó ginseng para mejorar su salud y combatir el cansancio. De cuando en cuando le enviaba ginseng y un queso fresco que le gustaba mucho.

ENTENDER LA NATURALEZA DE LA ENFERMEDAD

K opinaba que entender las causas de una enfermedad era más útil que tratar de vencerla. Nuestro espíritu está tan acostumbrado a perseguir los placeres y a dejar de lado los dolores que no nos resignamos a vivir con una enfermedad. En lugar de quedarnos con una enfermedad deseamos deshacernos de ella lo antes posible. La fiebre, por ejemplo, es una bendición porque contribuye a quemar toxinas y a purificar el cuerpo. Cuando a K le preguntaban si estaba a favor de la alopátia, la homeopatía, la naturopatía o cualquier otro sistema de tratar las enfermedades, daba esta contestación neutral: «Supongo que en cada uno de esos sistemas hay algo de verdad».

«Cada trocito de comida que entra en nuestro estómago» decía K «influye directa o indirectamente en la salud. Por eso, hay que observar atentamente cómo se reacciona a las diferentes clases de comidas y medicinas». K

me comentó también que existe una estrecha relación entre el ejercicio físico y lo que él denominaba «la inteligencia del cuerpo». Y añadió: «¿Está usted destruyendo la inteligencia natural del cuerpo con un exceso o un defecto de ejercicio? Procure evitar los dos extremos. Determine también si sus actividades diarias lo cansan demasiado y debilitan su resistencia a la enfermedad».

Una de las dificultades que tengo es que todas las enfermedades merman mi estado de ánimo. Cuando la enfermedad entra por la puerta, la alegría se marcha por la ventana. A K le preguntaron cierta vez si las indisposiciones físicas le provocaban depresiones. K dejó bien claro que aunque en su vida había padecido varias enfermedades ninguna de ellas había influido jamás en su estado de ánimo.

EL ARTE DE LA RELAJACIÓN

A pesar de que K nunca recibió una educación médica formal, su intuición sobre el cuerpo era muy profunda. En una de mis muchas entrevistas con K nos dedicamos a analizar el arte de la relajación. «Antes de que hablemos de la relajación, ¿ha intentado usted averiguar qué es lo que lo pone tenso?», me preguntó. Acto seguido me aclaró que todo problema o preocupación impedirían la relajación completa. Me dijo también que el té y el café impiden la relajación. «Cuando esté cansado, no tome usted ningún estimulante. Lo único que necesita es un momento de tranquilidad».

Hacia una tarde calurosa y casi todos los presentes sudaban. K se encontraba particularmente cansado después de haber estado una hora hablando sin parar y contestando preguntas. Con voz débil pidió: «¿Puedo hacer una pausa?» Cerró entonces los ojos y se quedó sentado, con las piernas cruzadas unos cinco minutos. Su cuerpo permaneció inmóvil y su rostro irradiaba una inefable tranquilidad. ¡Cómo se parecía a una estatua clásica de Buda! Cuando abrió los ojos de repente, tenía el semblante fresco y despierto. Sonrió y preguntó: «¿Saben ustedes descansar así?» K nos explicó la esencia de la correcta relajación:

«Cuando la mente está completamente quieta una energía nueva viene desde fuera para regenerarnos».

LA CURACIÓN DE LOS ENFERMOS

K mostraba una cierta reticencia a hablar de su pretendida capacidad para curar las enfermedades físicas. Sin embargo, en ciertas ocasiones mencionó a varias personas que en un momento u otro habían sido curadas por él. Trataba siempre de no decir que había «curado» a alguien, sino que había «ayudado» a alguien.

Son bien conocidos los detalles de cómo K curó a Vimala Thakar de una infección de oído porque aparecen descritos en el libro que esta mujer escribió con el título *On an eternal Voyage* (1966). Después de la publicación de esta obra, muchos enfermos fueron a ver a K para suplicarle que los ayudara. Quienes más buscaban su ayuda eran las personas que padecían enfermedades crónicas. Los muy enfermos y los moribundos se acercaban a él para que los escuchara y les mostrara su compasión. Es fácil que sintamos pena por las personas enfermas que no ven la hora de encontrar soluciones definitivas para sus problemas físicos, sobre todo en situaciones en las que los tratamientos corrientes no han dado resultados satisfactorios. K parecía incómodo de que tantos pacientes acudieran a él en busca de ayuda para recuperar la salud. Siempre amable, les decía con toda franqueza: «Yo no soy médico. Vayan ustedes a consultar a un experto en medicina». De más está decir que muchos pacientes se sentían decepcionados. En una ocasión, cuando K se negó a tratar a una señora francesa, ella citó rápidamente el caso de Vimala Thakar diciendo que Vimala había recibido un trato preferencial por el mero hecho de ser de origen indio. Acto seguido, regañó a K y lo acusó de «practicar la discriminación racial» por ser él mismo de origen indio. Sorprendido y a la vez divertido por la cólera de aquella mujer, K exclamó: «¡Santo Dios!» No es cierto que K tuviera tendencias racistas. Amaba a todos los seres humanos por igual, hombres, mujeres y niños de todos los países. La clase social, la raza o el color de una persona nunca influyeron en su punto de vista. Debería mencionar también que varias personas de origen europeo fueron curadas por él. Más adelante ofreceré algunos ejemplos. Hubo ocasiones en las que K deseó fervientemente curar a personas que sufrían, pero cuando lo intentó, sus esfuerzos fueron vanos o bien tuvieron un éxito parcial. El motivo de que no lograra curar en el cien por cien de los casos resulta difícil de entender. Otro punto que escapa a la comprensión es por qué a veces rechazaba las peticiones de ayuda de personas que sufrían mucho. ¿Lo hacía por crueldad? No era propio de él mostrarse indiferente al sufrimiento ajeno. Quizás fuera porque opinaba que no había que cortar ciertas enfermedades porque tenían un efecto benéfico que purificaba y regeneraba el organismo entero.

Siempre me llamó la atención el hecho de que K, cuya vida estuvo plagada de dolencias menores y enfermedades graves como el cáncer, no pudiera curarse a sí mismo. ¿Acaso carecía de la capacidad de curar sus propios desórdenes físicos? ¿O sería tal vez que a pesar de estar dotado del poder de curarse no deseaba utilizarlo? Por más especulaciones que se hagan al respecto, difícilmente llegaremos a aclarar este punto.

«Cúrate a ti mismo» es una doctrina compatible con las enseñanzas de K, pero sólo en lo que se refiere a los aspectos psicológicos. Sin embargo, en los casos de enfermedades no psicológicas que producen malestar físico, sería una locura no buscar ayuda médica, sobre todo si existe el modo de encontrar una cura permanente.

«¡Yo no lo hice! ¡No hice *nada!*!», exclamaba K cuando le comentaban que había curado a alguna persona de una grave enfermedad. Es evidente que no quería que se le reconociera mérito alguno por la repentina mejoría del enfermo en cuestión. Mientras que en anteriores ocasiones admitió haber contribuido al proceso de curación, en aquel caso negó haber tenido nada que ver.

En los últimos años de su vida, K sostuvo que él sólo era un instrumento de curación. Tanto su espíritu como su corazón eran tan puros que un poder indescriptible, «la otredad», lo utilizaba para realizar curas milagrosas. Era como si la madre naturaleza canalizara sus cualidades regeneradoras y curativas a través de K, que era uno de sus hijos perfectos. Podría compararse el papel de K en el proceso de curación con el de la máquina de escribir utilizada por una mecanógrafa. La mecanógrafa es incapaz de escribir nada por sí sola. En otras palabras, la máquina de escribir no es más que un mero instrumento o medio en manos de la mecanógrafa.

Las personas receptivas y sensibles a este poder, unos pocos afortunados, lograron echar mano de esta energía oculta que fluía a través de K. Algunas veces, quienes se encontraban físicamente cerca de él se beneficiaban de esa energía misteriosa que se manifestaba en K. Analicemos ahora un buen ejemplo de este tipo de curación. En 1980, un caballero tamil de Jaffna fue a ver a K a Ackland House en Colombo. Se presentó presa de un estado de ansiedad tal que le temblaban los labios. Iba acompañado de su hijo epiléptico de cuatro años. El pequeño padecía también de un defecto que le impedía articular claramente las palabras y tenía un aspecto enfermizo. El hombre me pidió que le concertara una entrevista con K porque quería que su hijo se curara pronto. Actué en su mediación y averigüé si era posible concederle la entrevista. Me dijeron que K no concedía más entrevistas privadas porque estaba muy cansado. Cuando el padre del niño recibió este mensaje, insistió en que no le negasen la oportunidad de ver a K. Con los ojos llenos de lágrimas suplicó: «Déjenos ver a Krishnaji aunque no sea más que cinco minutos». Le denegaron la entrevista por segunda vez. Intenté consolarlo y le sugerí que llevara a su hijo a las conferencias de K. «Vaya usted temprano a la sala y siéntese lo más cerca posible del podio desde el que hablará K». Aceptó la sugerencia. El hombre y su hijo asistieron a todas las charlas y se sentaban en el suelo, justo delante de K. Finalizado el ciclo de conferencias, el hombre volvió a presentarse en Ackland House con una cesta de los mejores mangos de Jaffna. Era un regalo para K. El hombre estaba muy alegre y tranquilo. Me contó que su hijo, que había asistido a las charlas de K pero que no pudo entenderlas porque no sabía inglés, ya no padecía de epilepsia. En cuanto al defecto que le impedía hablar, también había desaparecido.

Desde tiempo inmemorial se cree que la eficacia de la curación depende del toque mágico de las manos del sanador. En el ejemplo que acabamos de referir, K no tocó ni acarició al enfermo. Es más, ni siquiera sabía que estaba participando en una curación. Es preciso reiterar que las pruebas de los actos de curación de K sugieren que la fuente u origen último de sus poderes no estaban en él. K no era más que el medio por el cual una fuerza extraordinaria se transmitía a otros para beneficiarlos. Probablemente escapaba al control consciente de K, en el sentido de que no podía utilizarla a su antojo.

K le restaba importancia a estas curaciones. En una reunión, refirió una experiencia que había tenido de joven. Iba dando un paseo por una ciudad medieval holandesa cuando un leproso, que lo había estado esperando en una estrecha calle, avanzó hacia él y lo tocó. Como resultado del contacto físico, el leproso se curó. Días después, esa persona hizo algo malo (K no especificó qué) por lo que acabó en la cárcel. K nos preguntó entonces: «¿Ayudé de verdad a ese hombre? Cualquiera puede curar el cuerpo, pero sólo uno mismo es capaz de curar el espíritu. El estado del espíritu afecta la salud del cuerpo. Por eso es mucho más importante aclarar los desórdenes interiores y poner en orden el espíritu». K esperaba que cuantos sentían un verdadero interés por sus enseñanzas tuvieran un buen comportamiento. ¿Acaso si aquel hombre se hubiera tomado la molestia de liberar su espíritu de rasgos antisociales no se habría comportado correctamente?

K dio sus conferencias durante veinticinco años en el pintoresco pueblo alpino de Saanen, en Suiza. Allí me encontraba siempre con un caballero europeo bien trajeado, que destacaba entre el público porque llevaba un sombrero de fieltro. Tenía por costumbre sentarse solo en las últimas filas. Casi nunca hablaba con el resto de las personas que asistían a estas conferencias. Confesaba que «no estaba particularmente interesado en escucharlas». Le pregunté entonces lo obvio: «¿Por qué viene entonces?» Me alegra de haber tomado nota de su respuesta:

«Vengo a Saanen para expresar mi gratitud a Krishnamurti por salvarme la vida. Me gusta verlo. Ver a este hombre de aspecto tan digno es como tomar un tónico. En primer lugar, vengo porque hace cuarenta y cinco años tuve tuberculosis. Tenía un pulmón tan dañado que los médicos querían quitármelo. Una tarde fui a ver a Krishnamurti sin pedir cita previa. Quería pedirle consejo sobre si debía operarme o no. Se disponía a salir y me dijo: »Discúlpeme, pero he tenido un día muy ocupado y estoy demasiado cansado para atenderlo. Me voy a dar un paseo. Si lo desea, puede acompañarme«. Y fui con él. Anduvimos juntos mucho rato por los campos y él apenas me habló. Cuando nos detuvimos en un lugar despejado, Krishnamurti me dijo: »En cuanto lo vi me di cuenta de

su enfermedad. Mi hermano tuvo el mismo problema». Me pidió que no tuviera miedo. Entonces me pasó los dedos por la columna vertebral. Me frotó la espina dorsal con las manos. Sentí una especie de calor que me subió a la cabeza. Era como si me estuviera quemando. Noté una cierta pesadez y estuve a punto de perder el conocimiento. Me sujetó con firmeza y me ayudó a volver a su casa. Semanas más tarde me sentía más fuerte y mi salud había mejorado definitivamente. Me hicieron unos análisis y los médicos dictaminaron que mis pulmones ya no estaban enfermos. No hizo falta operarme».

Conozco personalmente a un escritor que iba a las conferencias de K en Bombay y Madrás. Es alto, delgado y fuerte. Nunca padeció de enfermedades graves. De repente, comenzó a perder peso y a sentirse muy cansado. Fue un gran golpe para él cuando varios médicos le dijeron que le quedaba poco tiempo de vida por un tumor canceroso que le había salido en la boca. Se resignó a la inevitabilidad de su próxima muerte. Hizo testamento a favor de sus hijos. Su siguiente paso importante fue ir a ver a K por última vez. En el curso de su conversación, K le pidió que abriera bien la boca porque quería comprobar por sí mismo si lo que los médicos decían era cierto. Según este caballero, K le miró la boca como lo hacen los dentistas. Le tocó suavemente la garganta y le dijo: «No se preocupe. Se pondrá bien». Una semana más tarde, los médicos se sorprendieron al comprobar que el cáncer había desaparecido por completo. Hace siete años de su curación y me alegra mencionar que hasta ahora el cáncer no ha vuelto a reproducirse en ninguna parte del cuerpo.

A últimas horas de la tarde, cuando los pájaros se recogen en sus nidos para pasar la noche, a K le encantaba recorrer la playa que rodea la finca de la Sociedad Teosófica de Adyar, en Madrás. Acompañado por el presidente de la sociedad, Radha Burnier y otros amigos, K disfrutaba cruzando el puente que hay sobre el lodoso río Adyar hasta un lugar cercano a la orilla, donde hay un puñado de chozas en las que viven los pescadores y sus familias. Algunas veces, los niños pobres y harapientos de los barrios bajos seguían a K o lo rodeaban llenos de curiosidad. Él no los evitaba como suelen hacer algunos ricos esnobs. En cierta ocasión vi a K dándoles unas cariñosas palmaditas en la cabeza. Era una delicia ver a K andar a paso vivo y balancear los largos brazos en la brisa fresca. De vez en cuando se detenía y miraba alegremente el mar picado y el horizonte lejano. A menudo, los viandantes interrumpían su paseo para hablarle o saludarlo. Tanto los indios como las demás personas venidas de sitios lejanos para escuchar sus conferencias se reunían en esa zona al ponerse el sol. K era el blanco de todas las miradas.

Una tarde agradable, una amiga india y yo estábamos cómodamente sentados en un médano de arena. De más está decir que esperábamos a que K llegase a la playa. Todos consideraban sagrado aquel lugar, porque había sido allí donde el obispo Leadbeater había visto a K de niño y observado que su aura estaba libre de egoísmo. Mi amiga, que está muy interesada en las enseñanzas de K, me comentaba sus problemas personales. Es una persona rica que goza de buena salud a excepción de sus frecuentes migrañas. Cuando le daban los dolores de cabeza se sentía muy mal, tenía náuseas y vómitos. Gastó una fortuna para tratar de curarse. A lo largo de los años probó infinidad de tratamientos pero sus esfuerzos por encontrar una solución fueron vanos. Practicaba los ejercicios de yoga para mejorar la respiración que yo le había enseñado, pero no mejoraba.

Mientras conversábamos, a lo lejos vimos la delgada silueta de K. Caminaba rápidamente en nuestra dirección. Presa de una extraña emoción, mi amiga exclamó: «¡Quiero besarle las manos! ¿Puedo?»

Le contesté: «Eres libre de hacer lo que te plazca».

Eché a correr hacia K y lo aferré de las manos. Luego se las besó. El contacto duró apenas unos segundos.

Después del incidente no volvió a padecer de migrañas.

Una de las principales atracciones de Colombo es el paseo marítimo llamado Galle Face Green, donde a K le gustaba andar tranquilamente por las tardes. En otras épocas había sido un hipódromo y allí se habían realizado reuniones políticas y desfiles militares. Hoy en día lo utilizan las personas que desean relajarse y disfrutar de la fresca brisa del mar. K y yo caminábamos por el paseo una tarde de noviembre de 1980. En la hora que pasamos juntos ocurrieron varios hechos notables.

K saludó el mar borrascoso con una respetuosa inclinación de cabeza. Después hizo cuatro reverencias en dirección al norte, al sur, al este y al oeste. Era como si realizara una ceremonia mística. Imagino que era su manera de maravillarse ante la infinita vastedad del espacio y la belleza de la naturaleza. El cielo multicolor es absolutamente magnífico poco después de la puesta de sol.

En el sendero por el que caminábamos K encontró una piedra bastante grande. Sin duda, habría hecho tropezar y caer a más de un desprevenido. K trató de levantarla pero pesaba demasiado. La apartó con el pie y despejó el sendero. Desconocemos muchas de estas acciones de K destinadas al prójimo porque él rara vez nos las contaba. Dos jóvenes reconocieron a K. Lo saludaron y le dijeron: «Señor, usted no nos conoce. Pero nosotros sabemos mucho sobre usted». K se encogió de hombros y se alejó de ellos. Caí en la cuenta de que una de las desventajas de ser famoso es que la sociedad rara vez respeta el derecho a la intimidad de las personas célebres.

K caminaba a paso vivo y al mismo tiempo miraba el cielo y admiraba el color y la forma de una nube oscura bordeada de tonos plateados cuando una pareja de mediana edad levantó los brazos y lo detuvo. Nos

encontramos ante una dama cingalesa alta y fornida, que vestía un sari blanco. La acompañaba su marido, un hombre con gafas. Saludó a K y se disculpó: «Le pido perdón por molestarlo. ¿Me puede hacer un favor?»

K hizo un gesto con la mano para indicarle su renuencia y le dijo: «Estoy dando un paseo».

La mujer intentó convencer a K para que interrumpiera su paseo diciéndole: «Seré breve. Hágame el favor de tocarme esta oreja una sola vez. Es que soy sorda de nacimiento. ¿Puede curarme?»

K se negó a tocarla limitándose a contestar: «Lo siento».

La mujer se echó a llorar. Decepcionado y un poco molesto, su marido criticó a K con tono severo: «Nos han dicho que ha curado a otra gente. ¿Por qué no quiere curar a mi esposa? ¿O es que sólo cura a sus favoritos?»

K adujo que esa tarde no quería que lo molestasen. Me pregunté qué habría querido decir exactamente. Quizás intentaba darnos a entender que, por algún motivo desconocido, esa tarde no deseaba encontrarse con nadie. Sin embargo, si lo que se desea es la paz de la soledad, entonces uno no debe esperar encontrarla en un lugar público al que acuden infinidad de personas.

K quería marcharse pero se lo impedían porque la mujer lo sujetaba firmemente por el brazo y le suplicaba que la ayudase.

K le dijo: «No, lo siento, señora».

Algunas veces resulta difícil comprender por qué K actuaba como lo hacía. Aunque era la personificación del amor, con frecuencia, quienes no lo conocían se formaban la opinión de que era una persona poco compasiva, de carácter brusco.

Como me daba pena la desdicha de aquella mujer, le comenté a K lo que a mi parecer era lo mejor en aquellas circunstancias.

Le dije: «Señor, sólo le pido que le toque la oreja de la que está sorda. Si no lo hace usted, no dejarán que se marche».

K susurró: «Está bien».

K le tocó rápidamente la oreja de la que estaba sorda. Acto seguido, con sus largos dedos ahusados le hizo un masaje con movimientos circulares. Después, volvió a tocarle la oreja enferma. La mujer gorda sonrió satisfecha. Le dio las gracias y le soltó el brazo. K pudo marcharse.

Después de uno de los discursos públicos de K en Colombo, me encontré con esta pareja en la parada de un autobús. Ella me dijo: «Ya no estoy tan sorda como antes. Oigo un poquito. Por favor, dígame a Krishnaji que le estoy muy agradecida».

RECETA PARA ACABAR CON EL RACISMO

En los catorce años que viví en Inglaterra fui víctima de varios actos de discriminación racial. El virus del racismo se manifestaba en mil formas sutiles. Se reían de mí por mi piel oscura. Era el blanco de burlas de trasfondo racista. Varios de mis empleadores me negaron deliberadamente promociones y aumentos de salario. K sabía de mi sufrimiento. «¿Lo tratan a usted bien?», me preguntaba con frecuencia. Algo valioso que aprendí de él era a no contestar a los insultos. K aconsejaba siempre no tomar venganza: «Analicemos a fondo cada una de nuestras reacciones a las palabras desagradables y ya no nos sentiremos mal». Esa era la receta de K para vivir armoniosamente en una sociedad hostil.

En una reunión de Londres un asistente social le preguntó: «¿Qué solución propone para eliminar la barrera que impide la libre asociación de personas de diferente color?»

K le contestó: «¿Dígame usted, acaso no somos todos de color? ¿El blanco no es también un color?»

En una reunión en Londres K hablaba en contra de la naturaleza del nacionalismo y decía que era responsable de que el mundo se rompiera en pequeños fragmentos. Un joven airado lo interrumpió a gritos y le hizo esta pregunta fuera de tono: «¿Por qué no se vuelve usted a la India a predicar a su pueblo primitivo?»

K repuso: «Así es, señor, sólo las personas de espíritu primitivo, por su simpleza y su falta de condicionamientos, son capaces de encontrar la verdad». K nunca perdía la calma a pesar de la hostilidad de algunos de quienes iban a escucharlo.

¿CUANTOS FUERON COMPLETAMENTE TRANSFORMADOS?

Miles de personas escucharon los discursos de K y leyeron sus libros, ¿pero cuántas fueron completamente transformadas? Todos nosotros nos vimos influidos por lo que decía y nuestras vidas experimentaron leves cambios. Muchos informaron haber dejado de consumir alcohol y carne. Otros dejaron de depender de sacerdotes y psiquiatras para resolver sus problemas personales. Es verdad que se produjeron ciertos cambios, ¿pero ocurrió el gran cambio? Por «gran cambio» se entiende la transformación total de corazón y mente o el total abandono de actividades egoístas.

En las charlas de K conocí a varias personas que creían erróneamente haberse convertido en iluminadas después de escucharlo. Uno de estos hombres llegó al extremo de adoptar el corte de pelo de K e imitar sus gestos. Conversamos unos minutos. Sus opiniones dejaban entrever que su espíritu estaba confundido y fragmentado porque era un nacionalista acérrimo y defendía el papel de los Estados Unidos en la guerra de Vietnam. El espíritu es capaz de crear cómodos delirios, el más grandioso de los cuales es la creencia de que «estoy iluminado», como si el «yo» que es la raíz de toda esclavitud fuera capaz de alcanzar la liberación.

Un día, K se refirió risueñamente a un hombre que había ido a verlo para jactarse de que había logrado deshacerse de todo tipo de condicionamientos y liberar por completo su espíritu. Días más tarde, esa persona se convertía al catolicismo y abrazaba todas las creencias y dogmas de esa fe. K hizo notar que una persona realmente iluminada jamás sentiría la necesidad de exhibir en público o en privado su supuesta iluminación. Una persona iluminada es una luz en sí misma, en el sentido de que no depende de nada ni de nadie, está libre del deseo de alardear de sus logros espirituales. Refiriéndose a sí mismo, K manifestó que nunca dejaba de notar el estado de liberación en cualquier persona que lo hubiera alcanzado realmente.

Si no se es una persona iluminada, ¿acaso se posee la inteligencia necesaria como para reconocer a un verdadero iluminado de otro que finge serlo? Hace años, una pregunta que me atormentaba era que no existe objetivo o método fiable de probar y determinar si alguien es o no un iluminado. Evidentemente, esta pregunta me la planteaba porque todo el mundo suponía que sabios como Buda, Rumana Maharshi y K eran iluminados.

Las palabras y la apariencia exterior de los sabios pueden ser engañosas. Un sabio verdaderamente sabio no debe por qué tener, necesariamente, un comportamiento santo; por el contrario, un sabio pío no necesariamente tendrá un alto grado de inteligencia. Además, ¿no es acaso un peligro aceptar la pretensión de un maestro espiritual de que ha alcanzado la verdad, incluso cuando lo crea sinceramente, porque muy bien podría estar equivocado?

Después de rechazar todo tipo de guía externa por su falta de fiabilidad, ¿es más seguro echar mano de la propia intuición como último recurso? ¿Acaso un golpe de intuición, la llamada voz de Dios, nos ayudaría a resolver esta cuestión? No debemos olvidar el hecho de que incluso la intuición, como el pensamiento mismo, es producto de la mente. Una decisión basada en la intuición no será ni objetiva ni imparcial y se verá influida y distorsionada por todas las características ocultas del inconsciente, como los propios temores, odios y prejuicios. Una decisión basada en la intuición debe dar lugar a la sospecha.

Le pregunté al doctor Adikaram si debíamos incluir a K en la galaxia de sabios iluminados, esas raras luminarias cuyas vidas adornan las páginas de la historia. Se lo pensó un momento y luego me contestó con su solemnidad característica: «Hace tiempo que vengo analizando esta cuestión, desde 1930 cuando escuché a Krishnaji por primera vez. Como usted bien sabe, en las escrituras budistas se dice que un arhat no sueña. Un arhat no posee pensamientos residuales que necesiten manifestarse en forma de sueño. Por este motivo, debe considerarse que una persona que no sueña es un ser iluminado. He ahí la prueba suprema». Armado de esta valiosa información, le pregunté a Krishnaji si soñaba. Me contestó que nunca soñaba y quiso saber si había despejado mi duda.

¿No es nuestra incapacidad de recibir las enseñanzas con un espíritu fresco, no contaminado por opiniones preconcebidas, uno de los principales impedimentos para la transformación radical de la mente y el corazón? Nuestra aproximación a las enseñanzas carece de frescura en el sentido de que sólo aceptamos aquellos aspectos que concuerdan con nuestros antecedentes ideológicos y rechazamos las declaraciones de K que nos resultan psicológicamente perturbadoras. En su libro titulado *The quiet mind* (1971), John E. Coleman reprodujo una de sus conversaciones con Krishnaji; en ella describía una situación en la que una persona, deseosa de refugiarse de la lluvia, entra en la tienda de campaña en la que K da una conferencia y le hace caso aunque nunca ha oído hablar de él. «Tal vez, en una situación de espontaneidad así» observó K, «ese hombre entenderá lo que estoy diciendo».

Aunque tenía un público numeroso, ¿habrá su mensaje cambiado aunque no sea más que a un puñado de esas personas? Cuando disolvió la Orden de la Estrella en el Campamento de Ommen, el 3 de agosto de 1929, pronunció un discurso muy elocuente. Preguntaba de qué servía tener a miles que no entendían, que se oponían a lo nuevo y lo traducían «para adaptarlo a sus propios yoes estériles y vacíos». Dijo que bastaba con que hubiera «sólo cinco personas que escuchen, que vivan, que vuelvan su rostro a la eternidad». Es posible que a lo largo de su vida K esperase encontrar a cinco seres humanos radicalmente transformados, ¿pero encontró al menos uno así? No puedo por menos de preguntármelo.

Siempre que me sentía deprimido tenía por costumbre visitar a K si estaba en la ciudad. Pero por experiencia sabía que verlo y pasar juntos unos momentos tranquilos o conversar con él, rara vez lograba animarme. De hecho, cuando estaba deprimido, no hacía más que decirme cosas perturbadoras que aumentaban mi desánimo. Cuando buscaba la compañía de K con la intención de huir de una crisis emocional, él me obligaba a abordar el problema. Me demostraba la inutilidad de las huidas y lo absurdo de echar mano de juguetes psicológicos (calificaba de «juguetes» a gurús, sacerdotes, psiquiatras, iglesias, templos y ashrams), el resultado, al menos momentáneo, era que me centraba en la forma en que funciona el proceso del pensamiento. Cual avezado

herrero que endereza un clavo torcido a golpes de martillo, las preguntas, los comentarios y las críticas de K lograban que el espíritu se convirtiera en un instrumento aguzado capaz de analizarse a fondo.

Un día estaba tan deprimido que fui a ver a K y le espeté que la gente que se interesaba en sus enseñanzas no iba a ninguna parte. Había un deje de autocompasión en mis palabras: «Me he resignado a que quizás nunca se produzca en mí, al menos en esta vida, la transformación interior radical de la que usted tanto habla. No sé si existe vida después de la muerte. Quizás tenga más suerte en una vida futura. Lleva usted tantos años predicando, pero son muy pocos los que han experimentado una total mutación de la psiquis. Evidentemente, no lo hago a usted responsable de nuestros fallos. Pero, ¿no es para usted triste y frustrante que todos sus esfuerzos hayan sido en vano, en el sentido de que nadie ha alcanzado la iluminación?»

En ese momento, K me miró muy serio y corrigió una de mis manifestaciones: «Señor, no es cierto que nadie haya cambiado radicalmente».

Me describió entonces estos dos casos de cambio psicológico: «Me había retirado al norte de la India, en una zona de hermosas montañas. Todos los días un sannyasin pasaba delante de la casa donde yo me hospedaba. Nos hicimos buenos amigos. Creo que vivía en algún sitio, en la cima de las montañas. Por la mañana bajaba por un sendero hasta el valle y regresaba después a su cueva. Un día le pregunté al sannyasin por qué volvía a la cueva. “Para guardar silencio”, me contestó. Y acto seguido le pregunté: “¿Hay silencio si su espíritu está charlando?” La pregunta lo sorprendió. Entonces lo vio con claridad. Las charlas cesaron y él cambió por completo».

Con una sonrisa embrujadora, K añadió: «Y en lugar de volver a la cueva, siguió hasta el valle donde vive la gente».

En el caso que acabo de exponer, no está claro que K fuera personalmente responsable de que cesara el proceso del pensamiento del sannyasin. ¿Acaso no se produjo porque el sannyasin mismo se dio cuenta de una gran verdad? Aunque muchos de nosotros hemos oído a K explicarnos que la charla del espíritu es el principal obstáculo para el silencio, ¿por qué nuestras mentes desdichadas siguen tan apegadas a la charla? Seguramente, nosotros somos los únicos culpables de nuestro estado psicológico esclavizado.

K pasó a referirme el segundo caso de liberación total: «Después de despedir a un amigo en la estación de tren, me volví a mi casa. En el camino, se me acercó un extraño para preguntarme si podía caminar conmigo. Le contesté que podía. Acto seguido encendió un cigarrillo y se notaba que disfrutaba de él. De pronto me dijo que fumar era una tontería. Yo le contesté que tal vez lo fuera. Entonces el hombre tiró el cigarrillo y le dio un pisotón. En ese momento no sólo se liberó del hábito de fumar, sino de todo condicionamiento. El espíritu quedó fundamentalmente transformado».

¿POR QUÉ SE ESCRIBIERON LAS BIBLIOGRAFÍAS DE KRISHNAMURTI?

Cuando formaba parte del personal de la Bibliografía Nacional Británica de Londres, un día se me ocurrió que la falta de una buena bibliografía de K era uno de los motivos por los que sus enseñanzas no tenían la amplia difusión que merecían. Por entonces, sus enseñanzas eran centro de las burlas del mundo académico en el sentido que muchos profesores preferían pasar por alto la existencia de los libros de K; rara vez recomendaban sus obras para el estudio y rara vez se animaba a los doctorandos a escribir tesis sobre los distintos aspectos de sus enseñanzas. Por eso quise compilar una bibliografía de la vasta y creciente literatura referida a K. Se tenía la impresión de que una bibliografía completa sería útil en distintas instituciones, sobre todo en las bibliotecas públicas y universidades, porque permitiría a muchas personas conocer el alcance de las obras de K y, en ocasiones, sería el único medio de conocer sus libros; también se podría de este modo sacar a la luz sus publicaciones menos conocidas, ricas en sabidurías.

El señor Theodore Beseerman, el famoso bibliógrafo y prolífico escritor, autor de *Mrs. Annie Besant: a modern prophet* y de *A world bibliography of bibliographies*, solía frecuentar la biblioteca del Museo Británico donde yo trabajaba. Cuando le pedí consejo sobre la bibliografía que quería confeccionar, el señor Beseerman me animó de este modo: «El proyecto parece factible. Será un trabajo increíble pero merece la pena emprenderlo. Le deseo buena suerte».

En cuanto escribí a varios amigos sobre la futura bibliografía empecé a recibir avalanchas de libros y recortes en relación con K. Infinidad de revistas exóticas, folletos y trípticos me llegaron de los cuatro puntos cardinales. La noticia sobre la bibliografía se había propagado a lo largo y a lo ancho porque la mayoría de quienes me donaban los libros eran perfectos extraños, como la anciana teósofa que me regaló toda su colección krishnamurtiana, reunida laboriosamente a lo largo de los años. Me obsesioné con el tema. Pasé cuatro años dedicando mi tiempo libre, incluidas las vacaciones anuales, a reunir hechos importantes procedentes de distintas fuentes. Mi búsqueda de información me llevó a visitar las bibliotecas nacionales de varios países y la Biblioteca y el Centro de Investigación de Adyar.

Mi trabajo avanzaba satisfactoriamente. Como es natural, estaba de lo más animado cuando llegué a París con la intención de consultar ciertos libros de la Bibliotheque Nationale. Mientras paseaba por las calles, cedí al inexplicable impulso de entrar en una pequeña pastelería del boulevard Saint Germain. Se trataba de una tienda pequeña que sólo vende pasteles y tartas. Les pregunté si tenían libros de K. La joven dependienta me miró sorprendida y me contestó con impaciencia: «¿Es que no se da cuenta por el escaparate de que esto no es una librería?»

Le pedí disculpas por el error y me dispuse a salir de inmediato. Pero la jefa me gritó: «Espere un momento, señor». Subió las escaleras corriendo. Esperé unos veinte minutos. La jefa regresó del almacén con una enorme caja polvorienta en la que había libros viejos. Me entregó la caja y me dijo: «Son todos suyos. Llevan aquí veinte años o más». Cuál no sería mi sorpresa cuando descubrí que me había regalado libros ya agotados de K, de la época anterior a la Segunda Guerra Mundial. ¡Qué extraña experiencia! Encontrar aquellos libros tan valiosos en un lugar tan inesperado era, de verdad, un pequeño milagro. Caí entonces en la cuenta de que tal vez una mano invisible me estaba ayudando a difundir las enseñanzas de K.

En cuanto regresé a Inglaterra fui enseguida a ver a K. Le conté entusiasmado que estaba a punto de terminar la bibliografía. Esperaba que compartiera mi entusiasmo pero me defraudó mucho cuando me dijo que no aprobaba aquel proyecto. Se encogió de hombros y exclamó: «¡Qué pérdida de tiempo! ¿Por qué no quema todos los libros incluidos los míos? Los libros no sirven para nada. Nunca lo encontrará en los libros. ¡Escribir una bibliografía! Señor, la observación de uno mismo es mucho más importante». Por suerte, no tomé a K al pie de la letra. Si se destruían todos los libros, los bibliotecarios como yo íbamos a quedarnos sin empleo.

No volvimos a vernos durante casi doce meses. Hasta que un buen día, después de una de las conferencias públicas de K me acerqué a saludarlo. K me sujetó la mano y me dijo: «¿Qué tal se encuentra? ¿Cuándo se publicará la bibliografía? Procure que sea pronto. Estoy seguro de que será un libro muy útil».

Decidí seguir sus instrucciones de inmediato. También decidí no volver a verlo hasta que se hubiera publicado el libro por temor a que cambiara de idea sobre su utilidad. Aquella noche apunté estas frases en mi libreta: «Es imprevisible cómo reaccionará el espíritu en determinadas situaciones. Sus reacciones estarán determinadas por las distintas influencias que han formado su carácter. Pero las respuestas de una mente liberada son imprevisibles porque le falta todo trasfondo psicológico. El espíritu de K es tan imprevisible como el tiempo en Inglaterra».

En 1974 la editorial EJ. Brill publicó *A bibliography of the life and teachings of Jiddu Krishnamurti* en Leiden. Contiene 1.559 obras. El libro fue bien recibido en varios países y tuvo muy buenas críticas. Una de estas reseñas apareció en *Codex Shambhala*, volumen 4, número 2. He aquí un extracto:

«Esta excelente bibliografía abarca la obra escrita por Krishnamurti así como los libros sobre él. Será muy útil para cuantos estén interesados en leerlos en orden cronológico, lo que les permitirá entender el desarrollo experimentado por Krishnamurti. La primera parte está dedicada a los escritos de Krishnamurti, que el autor clasifica en obras en prosa, discursos y discusiones, poemas, educación y artículos periodísticos. La segunda parte contiene una lista de libros sobre Krishnamurti, su vida y su filosofía».

Le envié a K un ejemplar del libro elegantemente impreso con esta carta:

Australia
28 de abril de 1975

Apreciado Krishnaji:

Como ahora vivo tan lejos, lamento mucho no poder entregarle este libro personalmente.

Después de varios años de arduo trabajo y de febriles investigaciones, es un gran alivio y una gran alegría ver publicado *A bibliography of the life and teachings of Jiddu Krishnamurti*.

En el mundo hay millones de personas que nunca han oído hablar de Krishnamurti. Espero que este libro contribuya a propagar sus enseñanzas. La bibliografía será útil en las bibliotecas de todo el mundo.

Krishnaji, es usted una luz para el mundo. Le deseo buena salud y una larga vida. Mis más sinceros saludos,

Susanaga Weeraperuma

He aquí su carta de agradecimiento:

17 de mayo de 1975

Mí querido Weeraperuma:

Muchísimas gracias por enviarme su libro. Habrá sido para usted un enorme trabajo recoger toda la información. Debe de haberle llevado años.

Lamento que esté usted tan lejos y espero que tengamos ocasión de volver a vernos.

Con mis mejores deseos, afectuosamente,

Krishnamurti

Fue necesario publicar el segundo volumen de la bibliografía titulada *Supplement to a bibliography of the life and teachings of Jiddu Krishnamurti* (Bombay: Chetana, 1982). En este extracto de la introducción explico por qué se editó el libro:

«La literatura publicada sobre Krishnamurti crece a pasos agigantados. Es una indicación de que en todo el mundo hay cada vez más gente que se interesa seriamente en sus enseñanzas. Después del largo letargo de indiferencia hacia Krishnamurti, incluso el mundo académico de las universidades y otras instituciones de enseñanza superior están por fin despertando a su importancia, tal como lo demuestra el significativo número de tesis universitarias sobre diversos aspectos de las enseñanzas presentadas con éxito en los últimos tiempos. Podemos decir, sin temor a equivocarnos, que esta prolífica producción de libros y artículos en periódicos (incluido material no impreso como películas, casetes, vídeos y demás) continuará por mucho tiempo. De ahí la necesidad de actualizar periódicamente, quizás cada pocos años, *A bibliography of the life and teachings of Jiddu Krishnamurti* (Leiden: E.J. Brill, 1974) que intentó cubrir hasta el año 1972. Este primer suplemento de la edición original no es una mera recopilación de publicaciones que han aparecido en los últimos nueve años (1972-1981). Recoge también ciertas entradas que debieron haber sido incluidas en la obra principal publicada anteriormente».

Debemos la publicación de este suplemento al señor Sudhakar S. Dikshit de Chetana.

CONTRIBUCIONES DEL SEÑOR SUDHAKAR S. DIKSHIT A LAS ENSEÑANZAS DE KRISHNAMURTI

Desde 1950 hasta la fecha, la editorial Chetana ha ofrecido un servicio de inestimable valor a todos los amantes de la verdad al publicar diversas obras espirituales, religiosas y filosóficas, sobre todo aquellas relativas a las enseñanzas de K. Debemos rendir tributo a la visión espiritual del señor Dikshit que publicó varios libros importantes con las palabras de K. Me refiero a la serie de diecinueve volúmenes titulados *Early writings, early talks y Later talks* en los que se incluye valiosísimo material ya agotado publicado en la revista mensual *Chetana* editada por el señor Dikshit. También publicó una antología de citas de K titulada *Sayings of J. Krishnamurti* (esta obra se discute más adelante).

Bajo la inspirada batuta del señor Dikshit, se publicaron otros libros en la colección Biblioteca Krishnamurti. Se trata de estudios de evaluación de las enseñanzas de K realizados por diversos autores como Rene Fouere, Carlo Soares, Andre Niel, A.D. Dhopeswarkar, A.J.G. Methorst-Kuiper, Russell Balfour-Clarke y Susanaga Weeraperuma.

Los estudiantes de las enseñanzas deberían estar particularmente agradecidos al señor Dikshit. Será recordado siempre como uno de los pioneros, portador de la antorcha del mensaje de K a todo el mundo.

K y yo admirábamos la belleza de una cima nevada en Suiza cuando me habló por última vez de las bibliografías. Me dijo que se alegraba de que la editorial Chetana hubiera publicado un segundo volumen. «Le ruego que mantenga actualizado este trabajo», me pidió. Repuse que el mundo académico ya no podía pasar por alto las enseñanzas porque, dejando de lado sus ventajas, «las bibliografías han probado que existe una literatura krishnamurtiana bien diferenciada». K asintió con un movimiento de cabeza y me dijo: «Recién ahora me doy cuenta del valor de las bibliografías».

CITAS DE J. KRISHNAMURTI

Fue el señor Sudhakar S. Dikshit quien me encargó que compilara una antología de citas de K. Acepté su propuesta con entusiasmo.

El papel desempeñado por K en los orígenes de este libro quedará más claro si cito parte de la introducción:

«En mayo de 1985 Sri J. Krishnamurti tuvo la amabilidad de invitarme a almorzar en Arya Vihar, su casa de Ojai, California. Fue una ocasión memorable porque ocurrió al poco tiempo de cumplir él los noventa años. Después de tomar una deliciosa comida vegetariana, le informé a Krishnaji que tenía pensado hacer una antología de citas de sus escritos. Me preguntó si el libro iba a ser igual que *La filosofía perenne* de su amigo Aldous Huxley. Le contesté que en algunos aspectos se parecería a la compilación de Huxley pero que seleccionaría pasajes más cortos y sucintos. Pasamos entonces a discutir el problema de encontrar un título adecuado. Le sugerí el título “La sabiduría de Krishnamurti”. Krishnaji me dijo que era demasiado grandilocuente y sugirió que lo tituláramos “Citas de Krishnamurti”. El hecho de que prefiriera un título sencillo a otro rimbombante era propio de su modestia y su carácter retraído. Como una hermosa guirnalda de flores perfumadas, estas selecciones fueron

tomadas de sus declaraciones sobre una amplia gama de temas espirituales y filosóficos. Me he esforzado por presentar en este volumen la quintaesencia del mensaje de uno de los más grandes maestros de todos los tiempos».

K me pidió que pusiera en marcha la propuesta del señor Dikshit de preparar una antología. Pero la Fundación Krishnamurti se negó a autorizar su publicación. Acusé a la Fundación de actuar en contra de los deseos claramente manifestados por K. Afortunadamente, el señor D. Rajagopal acudió en nuestra ayuda porque por entonces su Fundación K R tenía los derechos de todos los libros de K anteriores a 1968. Gracias a su bondad y al respeto por las instrucciones de K, el señor Rajagopal accedió gustosamente a concederme el permiso necesario.

Es preciso reiterar que fue el mismo K quien sugirió el título de este libro meses antes de su muerte. Es a él a quien va cariñosamente dedicada esta compilación.

Esta obra es la primera de su estilo sobre las enseñanzas de K. Se trata de una colección de quinientas catorce citas que abarcan hasta el año 1968. Están ordenadas alfabéticamente en ciento dieciocho temas distintos. Este valioso libro de consulta permite encontrar rápidamente lo que K dijo sobre temas importantes como la toma de conciencia, la concentración, el miedo, la felicidad, el amor, la meditación y otros. Cada cita va seguida de un comentario en el que se indica su fuente. De este modo, se facilita al lector interesado comprobar no sólo su autenticidad sino también su contexto.

Después de aparecer el libro en las tiendas, recibí una avalancha de cartas de los lectores que lo habían apreciado. Las buenas críticas también fueron testimonio de su utilidad y su popularidad. He aquí lo que publicó *The Vedanta Kesari* (val. 74, marzo 1987, pág. 144): «Con su cuidadosa compilación, Weeraperuma ha proseguido un valioso servicio al lector y esperamos que decida ampliarlo con más citas de uno de los más brillantes intelectos de este siglo».

The Times of India en su edición del 14 de diciembre de 1986 hablaba de este modo de la obra citada: «Susanaga Weeraperuma ha reunido los pensamientos más representativos de los discursos del Maestro. Las más de quinientas citas no sólo despiertan la mente del lector sino que sirven para destacar la profundidad de las frases epigramáticas de Krishnamurti. Haciendo uso de la paradoja, Krishnamurti ha logrado siempre impactar a sus oyentes».

Resultó extraño que incluso la Fundación elogiara el libro. Daba la impresión de que habían abandonado su actitud hostil hacia esta edición. En el número 52 del *Krishnamurti Foundation Bulletin*, edición primavera-verano de 1987, página 13, dicen lo siguiente del libro: «Esta obra sumamente interesante es una antología de citas extraídas de las charlas y escritos de Krishnamurti en un período que abarca más de treinta años... Los extractos han sido meticulosamente elegidos...».

Cuando el señor Dikshit pidió permiso para publicar un segundo volumen de citas que abarcara el período posterior a 1968, la Fundación se lo negó. La carta que le enviaron decía lo siguiente: «Apreciamos el valioso trabajo y las habilidades del señor Weeraperuma. Sin embargo, los miembros de la Fundación no pueden aprobar este tipo de antologías porque Krishnamurti no las consideraba deseables y porque aprobar una obra así contribuiría en el futuro a la proliferación de otras parecidas».

Es falsa la aseveración de que K consideraba que las antologías no eran deseables. Ya he explicado que K quería que yo preparara una antología. Además, a principios de 1950, aprobó una antología de sus escritos titulada *La libertad primera y última*. A K le gustaba especialmente este libro y su amigo Aldous Huxley escribió el prólogo. K también dio el visto bueno a la publicación de otra estupenda antología titulada *Meditations* (1979), que constaba de sesenta y dos pasajes cortos y aforismos extraídos de obras anteriores sobre el tema de la medicación y la toma de conciencia. El segundo motivo esgrimido para negarme la autorización es igualmente ridículo: «...aprobar una obra así contribuiría en el futuro a la proliferación de otras parecidas». ¿Por qué la Fundación se opone tanto a la proliferación de libros de K? ¿Acaso las enseñanzas no deberían difundirse en todo el mundo mediante la publicación de más libros?

Los miembros de la Fundación se ganaron una notable mala fama al negar su permiso al señor Dikshit. Su decisión fue ampliamente condenada y se consideró como una actitud de quien no promociona sino que impide la difusión de las enseñanzas. La posteridad juzgará si la Fundación o el señor Dikshit tuvieron razón en este asunto.

COMENTARIOS SOBRE LAS ENSEÑANZAS

Existe la idea equivocada de que K se oponía a los libros en los que se discutían sus enseñanzas. Decidí recabar su opinión sobre este tema solicitándole una entrevista privada. K contestó a mi pregunta con la claridad que lo caracterizaba:

«Toda persona que ha sido tocada por las enseñanzas querrá difundirlas según su capacidad. Algunos se convertirán en maestros o predicadores. Otros preferirán expresar su entendimiento escribiendo libros sobre las enseñanzas».

«Mi problema» le expliqué, «es que soy un escritor concienzudo. Pongo especial cuidado en no interpretar mal sus enseñanzas. Aun así, ¿cómo estar seguro de que no las tergiverso sin darme cuenta?»

K me contestó: «Es muy sencillo. Debe usted escribir a la luz de su propia comprensión. No busque en las enseñanzas lo que éstas no contienen. Esto significa que debe usted permanecer absolutamente vigilante para no recibir la influencia de las distintas ideas, creencias y experiencias que han condicionado su visión de la vida. Al escribir sobre las enseñanzas, ¿no puede limitarse a decir que está investigándolas? Tanto usted como el lector emprenderán juntos un viaje de descubrimientos. Ninguno de los dos están seguros de lo que K quiso decir exactamente con determinada manifestación. Por lo tanto, nunca podrá usted decir, “Esto es lo que K quiso decir”. A lo sumo podrá decir, “*Probablemente* esto es lo que K quiso decir”. Es bueno emplear palabras como “quizás” y “probablemente” porque introducen un elemento de duda en la mente del lector. Si lo hace usted así, no correrá el riesgo de interpretar nada mal».

Seguí el consejo de K y tomé medidas para evitar caer en la mala interpretación en estos tres estudios de evaluación de las enseñanzas de K.

Living and dying from moment to moment (Investigación de las enseñanzas de J. Krishnamurti). Bombay: Chetana, 1978, pág. 1:

«Se hace necesario aclarar ciertos aspectos desde el principio. No me erijo en portavoz de Krishnamurti, porque él carece de portavoces. Durante más de cincuenta años viajé por todo el mundo y en sus conferencias y debates traté ante los públicos más variados temas religiosos y filosóficos. Sus exposiciones son claras, precisas, simples y carecen de jergas. De ahí que no necesite portavoces, ni intermediarios ni intérpretes. Quien sienta un verdadero interés hará bien en asistir a sus charlas o en leer sus libros, que son muchos. Todo lo que le pido al lector es que comparta conmigo la alegría de investigar sus enseñanzas».

That pathless land (Ensayos sobre la belleza y la singularidad de las enseñanzas de J. Krishnamurti). Bombay: Chetana, 1983, pág. 1:

«En ocasiones, Krishnamurti denominó “movimiento” a esa maravillosa y sagrada inmensidad, a esa vastedad que escapa a la comprensión del espíritu condicionado. Según él, este movimiento puede describirse con el pensamiento pero no es pensamiento. Debo confesar que jamás lo he experimentado. Entonces, ¿por qué escribo sobre temas que no he entendido? Al menos puedo observar mis actitudes hacia ellos y comprobar cómo mi espíritu ansía especular y teorizar sobre ellos».

Bliss of reality (Ensayos sobre la profunda visión de la vida de J. Krishnamurti). Bombay: Chetana, 1984, pág. 5:

«Este libro es el resultado de un cuidadoso examen de las enseñanzas: no es una interpretación de las sentencias de Krishnamurti sobre las cuestiones profundas de la vida, sino una mera investigación de las mismas. He analizado las enseñanzas a fondo y con espíritu crítico sin interpretarlas en el sentido de que no les he introducido ninguna ideología o creencia».

SU ÚLTIMA VISITA A SRI LANKA

A continuación se ofrece una versión ligeramente modificada y aumentada de un capítulo de mi libro *That pathless land* (Bombay: Chetana, 1983).

Si bien K pasó sólo dos semanas en Colombo, para mí su visita siempre será una experiencia inolvidable. Tuve ocasión de estar estrechamente relacionado con él y de volver a sentir que es único entre los hombres. Algo inefable inspiraba su comportamiento y eso lo diferenciaba de los demás seres humanos que he conocido. Cuanto decía y hacía emanaba de una dimensión desprovista de centro, algo absolutamente desconocido en las personas corrientes.

K me preguntó si en Australia había quienes se interesaban seriamente en las enseñanzas. Le contesté que en Australia, como en cualquier otra parte, esas personas constituían una minoría muy reducida. Más tarde, en nuestra conversación, comentó que ceñía sus actividades a unos pocos lugares del mundo y que no le sería posible visitar Australia.

La quinta y última visita de K a Sri Lanka se produjo en noviembre de 1980 y tiene una importancia histórica. Fue invitado por el gobierno y vivió en una mansión estatal llamada Ackland House, en Colombo. Se le concedieron todos los honores y privilegios normalmente reservados a los dignatarios extranjeros como presidentes, reyes, reinas y primeros ministros. Me pregunto si habrá habido algún otro país que lo tratase de ese modo. Lo visitaron los ministros del gobierno. El presidente y el primer ministro se entrevistaron con él. Después de ver a K, el primer ministro R. Premadasa manifestó, «es un alma maravillosa». El señor Premadasa y miles de personas más asistieron a las conferencias. Como no había espacio suficiente en la sala, todos los discursos fueron transmitidos por la cadena nacional de radio, lo que permitió que sus palabras llegaran a millones de personas. Los amigos de la India aprovecharon también para escuchar esta voz de la cordura en el mundo moderno.

K se dirigió a los estudiantes de la Universidad de Jayawardhanapura y fue entrevistado en televisión por el ministro de información de Sri Lanka, el señor Anandatissa de Alwiss.

En la prensa de Sri Lanka se publicaron infinidad de artículos en cingalés, tamil e inglés. Cabe destacar algunos de los titulares: «Para que la sociedad cambie, tiene que cambiar el hombre», «El amor, la única revolución», «El nacionalismo y la religión han dividido a los hombres», «Krishnamurti, un agudo filósofo».

Los bhikkus (monjes budistas) que viven en climas cálidos tienen la costumbre de llevar abanicos para abanicarse los cuerpos y las caras sudorosas. Existe un cierto tipo de abanico de hojas de palma que se asocia al clero budista. Cuando le ofrecí a K uno de estos abanicos lo rechazó. Y comentó en tono de broma: «¡No soy un sacerdote budista!»

Los monjes budistas, con su aspecto ascético, sus cabezas afeitadas y sus túnicas color azafrán se entremezclaban con el público para ver a K. En una reunión especial con los monjes budistas que se celebró en su residencia, le preguntaron a K si en realidad pensaba. K contestó que pensaba sólo cuando era necesario.

Tanto en asuntos mundanos como en todo lo que tiene que ver con la tecnología, pensar es obviamente necesario. Pensar es necesario en el proceso de adquirir una habilidad o aprender un lenguaje. Pero en el mundo de las percepciones, ¿no es el pensamiento un obstáculo y un factor que contribuye a la distorsión? A menos que se despoje constantemente a la mente de sus imágenes, ¿es posible ver con mirada nueva a las distintas personas que conocemos en nuestra vida diaria? Un espíritu cargado de imágenes no puede más que experimentar sufrimiento.

Unos monjes budistas conocieron a K. Fueron invitados por éste a sentarse a su lado en el estrado. Cuando se mostraron renuentes a estar cerca de él, K les dijo risueño: «¡No temáis, que no muerdo!»

Uno de los jóvenes monjes budistas declaró que su espíritu era tan libre como el de K.

«Si es usted libre» le dijo K con tono dubitativo, «¿por qué no se desprende de su túnica y se viste como un lego?»

El monje le contestó: «Señor Krishnamurti, si de veras es usted libre, ¿qué le impide llevar una túnica amarilla y afeitarse la cabeza?»

K respondió: «Señor, la libertad no consiste en conformarse. Un hombre libre no se amoldará a ningún maestro, idea o creencia».

Fuera donde fuera, K era recibido con afecto y veneración. Uno sospecha que no pocos veían a K teniendo como fondo la imagen que se habían formado de Buda e interpretaban las enseñanzas a la luz de la doctrina budista.

Una de las cosas que descubrí de K era que tenía en alta estima a Buda. En efecto, Buda era el único maestro religioso que respetaba. Cuando le planteé ciertas cuestiones filosóficas, K me hizo esta sorprendente observación: «¿Por qué me hace estas preguntas? ¿Por qué no profundiza usted en su propia literatura budista? Allí encontrará las respuestas».

En una conferencia de prensa le hicieron a K varias preguntas capciosas y sus respuestas fueron igualmente capciosas.

P: ¿Cree usted en la reencarnación?

K: ¿Qué es usted? Un nombre condicionado por una cultura y una religión, con ideales y un pasaporte. ¿Es eso lo que renacerá en la próxima vida? Para reencarnarse debe haber en usted algo permanente. Si no es más que una serie de reacciones, ¿qué quedará para reencarnarse?

La tarde del 9 de noviembre de 1980, mientras daba en Colombo una conferencia a la que había asistido un nutrido público, K utilizó una metáfora pintoresca en la que se refería a la observación de uno mismo como a la lectura «de ese libro que es uno». Cada uno de nosotros llevamos dentro la historia de la humanidad, sus amplias experiencias, sus temores más arraigados, sus ansiedades, sus penas, sus placeres y demás. Nosotros somos ese libro. Es todo un arte poder leer esa obra que no ha sido impresa por un editor. Este libro no está en venta, ni se puede adquirir en ninguna librería. Es inútil recurrir a un analista, porque tiene un libro igual al nuestro. El arte de escuchar lo que ese libro nos dice es como observar una nube o las hojas de una palmera meciéndose al viento. No podemos cambiar estas cosas; sólo observarlas. Del mismo modo escuchamos lo que el libro nos dice sin tratar de interpretarlo en manera alguna. Porque no podemos decirle al libro lo que debe revelarnos. El arte de escuchar también consiste en no escoger nunca lo que se desea observar en función de nuestras simpatías o antipatías particulares. Si nos proponemos escuchar, sin la influencia constante del pensamiento, entonces el libro lo revelará todo. No hay que perder de vista el hecho de que el lector del libro no es un ente separado del libro mismo, porque «el libro es uno». Este discurso profundo que trataba de muchos aspectos de las enseñanzas fue posteriormente publicado en forma de folleto titulado *El libro de la vida*. En Calcuta se distribuyeron gratuitamente infinidad de ejemplares con ocasión de la visita de K a esa ciudad en noviembre de 1982.

La importancia de la vigilancia constante o toma de conciencia se destacaba siempre en cada conferencia y discurso. Sin la observación de sí mismo, el hombre está condenado a permanecer para siempre esclavo de su estado condicionado. La urgencia de indagar profundamente en los recovecos de la psiquis constituía el tema

principal de todas sus conferencias; en cierto modo, era el hilo dorado que se entrelazaba en todas sus opiniones sobre diversos temas. Escucha atentamente sus pensamientos. Obsérvate. Trata de verte exactamente como eres sin distorsión alguna.

Era tal la aceptación que tenían en Sri Lanka las enseñanzas de K que lo invitaron a dar más charlas en noviembre de 1983. Por desgracia, unos meses antes de que K llegara a Colombo, en Sri Lanka estalló la violencia racial. Muchos murieron y miles de personas quedaron sin hogar por las actividades de ciertos grupos extremistas. En una larga carta a K fechada el 23 de agosto de 1983, le explicaba la naturaleza de los disturbios. He aquí algunos de sus pasajes:

Apreciado Krishnaji:

Creo que sería muy peligroso que visite Sri Lanka en noviembre. Es posible que otros amigos se lo hayan comentado. Le escribo porque me preocupa su seguridad personal en caso de que decida viajar a Colombo a dar esas conferencias... Me extiende tanto para hacerle saber que corre el riesgo de ser víctima de algún atentado si viaja a Colombo. Si bien está usted en contra del racismo y el nacionalismo, estas turbas enloquecidas no lo verán como un apóstol de la paz. Esta gente malvada lo verá como un indio que viene a causar problemas. Si me permite sugerirlo, sería sumamente peligroso que visitara Sri Lanka en estos momentos. Por lo saneo, le aconsejo que cancele o posponga estas conferencias. Espero que goce usted de buena salud.

Afectuosamente,
S. Weeraperuma

K me envió un mensaje, escrito por un amigo que se ocupaba de su correspondencia.

6 de septiembre de 1983

Krishnaji recibió su carta y agradece que se haya molestado en escribirle sobre su visita a Sri Lanka. Le alegrará saber que ya había mandado una nota para indicarles que le sería imposible viajar. Unos amigos suyos de la India le aconsejaron que no fuese y su carta ha confirmado lo que ya se temía. Le envía sus saludos y sus mejores deseos...

Fue un gran alivio que K decidiera mantenerse alejado del centro de aquella sangrienta conmoción.

LA MUERTE DE KRISHNAMURTI

La salud de K se fue deteriorando visiblemente en los últimos diez años de su vida. Su constitución delicada fue debilitándose cada vez más y las arrugas y canas plateadas aumentaban su aspecto venerable. Daba la impresión de que su estatura disminuía. Perdía peso y con frecuencia parecía piel y huesos. Algunas veces K parecía un yogui devanado que hubiera pasado mucho tiempo sometido a austeridades en las orillas del Ganges. Sus largas manos delgadas se agitaban con frecuencia en rápidos movimientos y las bolsas debajo de los ojos indicaban su cansancio. Después de hablar en público o de dar largos paseos se sentía fatigado. Cada vez necesitaba descansar más. Cuando le preguntaba por su salud, K me contestaba: «Supongo que estoy bien». ¿Pero de veras se encontraba bien?

Era evidente que K ya no soportaba el esfuerzo que suponían sus horarios apretados. Poco después de que cumpliera los ochenta años, escribí a uno de sus médicos y a varios miembros de la Fundación Krishnamurti. Les pedí que tomaran ciertas medidas. ¿No sería más conveniente para la salud de K que lo convencieran de que debía permanecer en un solo lugar, con preferencia en su casa de Ojai, en lugar de someterlo a los largos vuelos intercontinentales para dar sus conferencias? ¿No se podían distribuir en todo el mundo los vídeos de sus discursos de Ojai?

Los destinatarios de mis cartas hicieron caso omiso a mis sugerencias. Tuvieron la desfachatez de decirme que me metiera en mis asuntos. También me hicieron notar que K decidía por sí mismo. Me negué a creer lo que me decían porque K se dejaba influir por los puntos de vista de los miembros de la Fundación en lo relativo a sus programas futuros.

En 1980 K y yo hablamos de su salud. Le comenté que ciertos que cuidaban mucho de sus cuerpos lograban llegar a los ciento veinte años. Le regalé un libro científico sobre la longevidad. K me dijo confiado: «Este cuerpo mío tal vez aguante otros doce años». ¿Entonces por qué exhaló su último suspiro en 1986 en lugar de 1992? Ojalá conociera los verdaderos motivos que precipitaron el desenlace. Probablemente K habría vivido más si hubiese descansado como era debido porque incluso en los últimos años de su vida seguía trabajando mucho.

Durante mi estancia en Bombay en enero de 1986, me enteré de que K se moría de cáncer. Según las noticias provenientes de los Estados Unidos, sus días estaban contados. Saberlo me causó enorme pesar. En realidad, no era una sorpresa; un año y medio antes de su muerte había tenido la premonición de que su vida

tocaría pronto a su fin. Además, el señor S. Dikshit, que es un buen estudiante de astrología, había predicho que era improbable que K pasara del mes de febrero de 1986. ¡Qué acercada resultaría su predicción! El señor Dikshit, que había hecho la carea astral de K hacía muchos años, me aconsejó que aceptara con filosofía la inevitabilidad de la muerte. Nada es permanente y hasta el sol se apagará algún día. Por suerte, en mi trabajo de Australia me habían dado un permiso de seis meses con lo que pude asistir a las últimas conferencias de K.

Sheila Ganatra, una amiga de años, quiso regalarme un billete de ida y vuelta a los Estados Unidos. Insistió en que permaneciera al lado de K en la fase terminal de su enfermedad. Aunque su idea me atraía, tuve que rechazar su generosa oferta. Mi intuición me decía que en esas circunstancias K preferiría estar solo. No me equivoqué; varias personas que estaban en Arya Vihar, en Ojai, me informaron que K no dejaba de pedir que ciertos visitantes se marcharan. Al parecer, deseaba que no lo molestaran en su lecho de muerte.

El 31 de enero de 1986, hablé en el Forum de Oradores de Bombay. El tema de mi charla fue «Las enseñanzas de J. Krishnamurti para la explosión y transformación de la humanidad». He aquí unos extractos de ese discurso:

«La tristeza nos embarga en estos instantes en que nuestros pensamientos se centran en la terrible enfermedad de Krishnaji. Krishnaji ha llevado una vida sana y pura. ¿Por qué entonces ha enfermado de cáncer? No es la primera vez en la historia que un santo sufre dolor físico y muere. No olvidemos que otros dos sabios modernos, Sri Ramakrishna Paramahansa y Rumana Maharshi, también fueron víctimas del cáncer. ¿Por qué la naturaleza es tan injusta que algunos de sus hijos más grandes y nobles tienen que partir de este modo? Es importante que nos formulemos estas preguntas aunque tal vez nunca logremos encontrar la respuesta correcta. Quizás existan ciertos misterios incomprensibles que siempre permanecerán fuera del alcance de nuestro espíritu finito.

»Según una escuela de pensamiento Sri Ramakrishna Paramahansa y Sri Rumana Maharshi murieron de cáncer porque absorbieron el karma de algunos de sus discípulos. Esta teoría se basa en dos presupuestos cuestionables: primero, que el karma se transfiere de una persona a otra; segundo, que es posible alcanzar la liberación de forma indirecta. En otras palabras, que el hombre se puede salvar a través del sacrificio personal de un salvador. Estas teorías, incluida la creencia cristiana de que Jesús redimió al mundo a través de su crucifixión no son más que ilusiones.

»A Krishnamurti se lo suele describir como un sabio indio. Pues bien, es indio en el sentido de que nació en la India. Hay ciertos aspectos de la cultura india que él ama y admira, en especial, la música clásica y el arte, así como la extraordinaria belleza del sánscrito. ¡Cómo le gusta cantar slokas! Pero en cierto modo cometemos una injusticia al decir que es un sabio indio. Krishnamurti no es un sabio cuya inspiración provenga de la antigua sabiduría de los vedas y los upanishads ni de ninguna otra escritura sagrada. Es preciso comprender que su realización del Absoluto se basa únicamente en la experiencia directa y personal. Como es lógico, se cuestiona la utilidad de los libros sagrados y rechaza toda autoridad espiritual y, en repetidas ocasiones se ha negado a que lo consideren un gurú. Ahora bien, tanto Sri Ramakrishna Paramahansa como Sri Rumana Maharshi eran muy versados en las escrituras hindúes. Pero Krishnamurti se diferencia de ellos en el sentido de que cuando elucida sus enseñanzas apenas siente la necesidad de citar las escrituras.

»En la galaxia de maestros iluminados, Krishnamurti es, sin duda, un fenómeno. Es preciso explicar su singularidad entre los filósofos religiosos. Mahavira se pasó doce largos años para prepararse y purificarse, se sometió a privaciones y practicó varias sadhanas antes de alcanzar el nirvana o conocimiento absoluto. Si consideramos la vida de Buda, en los seis años que precedieron a la gran metamorfosis del nirvana que llevaron a la disolución del yo y, por tanto, a la extinción de la pena, tuvo que sondear a fondo su espíritu y meditar intensamente. En tiempos recientes, en su búsqueda espiritual, Rumana Maharshi tuvo que pasar un número considerable de años como ermitaño en cuevas y templos. Esa búsqueda espiritual se caracterizó por una concentración total en el Yo que se volvió indiferente a las penurias y dolores físicos. Es realmente notable el hecho de que Krishnamurti nunca tuvo que practicar sadhanas ni someterse a privaciones, ni tuvo que seguir ningún método tradicional para alcanzar la libertad espiritual. Las pruebas disponibles sugieren que la otredad inefable había sostenido a Krishnamurti desde los inicios de su vida. Se desconoce la fecha exacta en la que recibió la bendición de la otredad. Sin embargo, no me cabe la menor duda de que la otredad ya estaba allí, quizás en estado latente, cuando el obispo C.W. Leadbeater, con su notable clarividencia, descubrió que el niño Krishnamurti poseía un aura despojada de egoísmos. Lo extraordinario de Krishnamurti radica precisamente en esa pureza precoz. Al hacerse mayor, esa otredad se desplegó en el sentido de que su existencia se tornó más clara y más conocida. He aquí un ser puro, una persona afortunada que no tuvo que abordar el problema de limpiar su mente de impurezas. Aquellos de nosotros que observamos de cerca a Krishnamurti siempre fuimos conscientes de su absoluta pureza. Un día, por ejemplo, me hablaba del cáncer del odio y de las divisiones de la sociedad que provoca la envidia. De pronto me dijo: “En mi vida nunca he sentido envidia por nadie”. Tampoco albergaba ningún resentimiento contra aquellos a los que no gustaban sus enseñanzas».

El 17 de febrero de 1986 me llegó un telegrama del extranjero en el que se me informaba que K había muerto en Ojai. Fue el día más negro de mi vida. Sentí como si hubiera muerto y desaparecido una parte importante de mí; fue como si de repente me hubieran quitado los cimientos. Una parte irracional de mi espíritu dolorido me seguía diciendo que K seguía vivo en algún reino celestial desconocido. Es tal la tozudez del espíritu que se niega a resignarse al carácter definitivo de la muerte. Sigo llorando la muerte de este devoto amigo. Mi pérdida personal no es nada comparada con los miles de personas de este mundo que lo echarán de menos. Se ha apagado la estrella más brillante del firmamento espiritual y me pregunto si el mundo volverá a tener a alguien como K.

Fue K quien me sugirió que escribiera mis ideas y sentimientos cuando me encontrara en las garras de una crisis emocional. «Ayuda a poner la mente en orden», me aseguró. He aquí algunas de las cosas que escribí el día de su muerte:

Los individuos liberados quizás no consideren que morir es una dura prueba. Tal vez vean la muerte como una liberación esperada de la «última prisión»: el cuerpo.

K no quería que su muerte fuera considerada como un acontecimiento importante. Por eso había pedido que no se hicieran ceremonias fúnebres. Siguiendo sus deseos, sus restos mortales fueron incinerados el mismo día de su muerte.

Fue para mí un privilegio haber estado estrechamente relacionado con K desde mi adolescencia. En nuestros numerosos encuentros a lo largo de treinta años no se cansó nunca de corregirme. Tenía una paciencia infinita. A veces no resultaba fácil estar a su lado porque te llamaba la atención por no permanecer vigilante. Ya no contamos con el estímulo de su presencia. Pero si estamos realmente atentos a nuestros pensamientos y a nuestros sentimientos, si tomamos verdadera conciencia, esa vigilancia por sí sola será el factor del despertar, la luz, la llama que quemará la escoria del error. Si se consigue esa vigilancia eterna, quizás la muerte de K no resulte tan catastrófica como parece.

La pérdida de nuestro amado Krishnaji ha sido motivo de gran tristeza. Para aquellos de nosotros que lo conocimos bien durante muchos años fue un duro golpe. Su presencia física ya no existe pero su mensaje inmortal será atesorado para siempre.

Cuando K murió algunos lloraron. Nos sentimos tristes porque nos abandonó, ¿pero estaba él triste por abandonarnos? Nosotros le teníamos mucho apego, ¿pero nos tenía él apego? ¿Le tenía apego a su reputación, a sus libros o a las fundaciones, indignas de llevar su nombre? Él no sentía apego por ninguna de estas cosas y, en ese sentido, era un ser único con un espíritu puro y libre de ataduras.

No construyamos organizaciones ni templos en torno a su nombre, porque a lo largo de los años una de las cosas que denunció con mayor vehemencia fueron las religiones organizadas, sobre todo aquellas con intereses económicos. Ahora que el gran sabio nos ha abandonado, ¿qué debemos hacer para mantener viva la llama de su mensaje?

Creo que lo mejor que puede hacer quien esté verdaderamente interesado en lo que dijo K es leer una y otra vez sus muchos libros. Afortunadamente, existen muchos casetes y vídeos de sus charlas y entrevistas que permitirán a las generaciones futuras conocer a K como si siguiera vivo.

En cierta ocasión, K describió el escepticismo como un aceite precioso: quema pero también cura. K quería que nos lo cuestionásemos todo, incluso nuestras propias afirmaciones. Si lo cuestionamos todo y destruimos las barreras psicológicas, entonces tal vez se produzca el milagro de la transformación.

SEGUNDA PARTE

DIÁLOGOS DE KRISHNAMURTI Y EL AUTOR

APRECIACIÓN DE LA MUSICA DEVOCIONAL

- SW: *Krishnaji, disfruté mucho del concierto de anoche. He venido a la India para escuchar esta música melodiosa. Ha sido un verdadero placer.*
- K: Sí. Fue una representación maravillosa.
- SW: *Lo que me sorprende es por qué participó en el canto de los bhajans. Lo observé atentamente. Estaba usted en la primera fila y cantaba los himnos vedas. No estoy en contra de estos himnos, al contrario, me gustan mucho. Pero, ¿puedo preguntarle por qué se ha manifestado en contra de todo tipo de culto? Condena usted el culto, pero ayer participó con otros en una ceremonia.*
- K: Se puede escuchar uno de estos encantadores bhajan y no por eso verse influido por sus ideas. Es posible escuchar un sloka o un bhajan y experimentar los mágicos efectos de los sonidos haciendo caso omiso de los mitos, las leyendas, las creencias y los conceptos que forman parte de la erudición india. ¿Ha intentado usted disfrutar de un mero bhajan sin creer en Krishna o en ninguna otra divinidad?
- SW: *Creo que un bhajan adquiere más significación cuando uno toma conciencia de que va dirigido a una determinada deidad. Un bhajan es una manifestación devota del corazón.*
- K: ¡No, no! Yo no llamaría a eso devoción. La verdadera devoción carece de motivo. Es un estado en el que uno no se pregunta nada. Pero cuando se pone usted delante de un altar y ofrece un puja y luego pide favores a cambio, se trata de un soborno psicológico, ¿no? Intenta negociar con la deidad. Le dice: «Te ofrezco esto y tú debes darme aquello a cambio». Pero la devoción verdadera es un estado en el que el espíritu no está centrado en ningún objeto, persona, deidad, creencia o idea particular.
- SW: *¿Quiere usted decir que un verdadero devoto posee un estado espiritual sin objeto?*
- K: Exactamente. Como le decía, la forma correcta de escuchar cualquier himno o canto devocional es sintiendo sólo el sonido, sus movimientos de melancólica súplica y dichoso éxtasis, y quedarse sólo en eso, sin permitir que el espíritu se vea condicionado por unas ideas y creencias religiosas que casi siempre van asociadas a la música. Entonces descubrirá que todas las músicas devocionales son fundamentalmente la misma.
- SW: *¿Quiere que le organice un concierto de música clásica occidental?*
- K: No se moleste. Tendré muchas oportunidades de escuchar música clásica occidental cuando vaya a Europa.
- SW: *A mí me gustan Bach, Beethoven y Handel.*
- K: A mí también me gustan esos compositores. ¿Sigue usted lo que le digo? Si escucha con cuidado encontrará que toda la música devocional, independientemente de donde provenga, tiene ciertos elementos comunes. ¿Cuáles son esos elementos? ¿No ha notado que toda la música devocional es una especie de parición, de llanto, de súplica?
- SW: *Eso la hace muy emotiva. Entiendo lo que dice.*
- K: ¿Alguna vez ha escuchado llorar a un niño?
- SW: *¡Los niños que gritan y lloran me ponen nervioso! ¡Me dan ganas de echar a correr!*
- K: Si de verdad ha escuchado con el corazón y la mente el llanto de un niño, como he hecho yo, pero no me refiero a escuchar en parte, sino a escuchar plenamente con toda atención, entonces también le darán ganas de llorar. Querrá sostener la mano de ese niño o de esa niña y llorar con él. A menos que tenga un corazón puro no será capaz de hacerlo. Le describo el estado de la verdadera devoción, no la devoción sin sentido de un espíritu estúpido que ofrece flores e incienso a una imagen, producto de la mano o del espíritu.
- SW: *¿Llamaría a eso bhakti puro?*
- K: El nombre no tiene importancia. Puede darle el nombre que desee, pero, ¿experimenta usted ese tipo de sentimientos?
- SW: *Asisto a conciertos con una cierta frecuencia pero la dificultad radica en que después de escuchar las primeras notas mi mente comienza a vagar.*
- K: Vague usted con ella y averigüe por qué su atención va de una cosa a otra.
- SW: *Lo que sugiere suena magnífico pero lo he intentado en la práctica y casi siempre fracaso.*
- K: Siga intentándolo y no se dé por vencido.
- SW: *En alguna parte de sus escritos ha dicho usted que la música no está en las notas sino en los intervalos entre éstas. No entiendo bien a qué se refiere.*
- K: Las notas en sí no tienen mucho sentido, ¿verdad? Igual que cuando lee usted un libro, las palabras en sí mismas no tienen ningún significado. Las notas y las palabras son sonidos carentes de sentido. Es en el intervalo entre las palabras, en el estado de silencio entre las palabras cuando se capta el significado de lo que el escritor intenta transmitir. No se pierda en el aspecto técnico de la música. Para apreciar una pieza musical no es absolutamente esencial que uno sepa leerla. La comprensión se produce únicamente cuando el espíritu está en silencio. Y no considere la música como una escapatoria o una droga que puede inducir al

silencio. Ese silencio viene naturalmente, sin esfuerzo, cuando se comprende. La música nace en ese silencio. Ese silencio es la fuente de toda creación. Ese silencio primordial no tiene ni principio ni fin. Ese silencio, el eterno, escapa al alcance del intelecto.

PERMANECER TODA LA VIDA EN EL ANONIMATO

SW: *Krishnaji, en el periódico de hoy he leído una noticia interesante. Un miembro del Consejo Municipal de Colombo presentará una moción sobre usted en la próxima reunión. En su moción dice que el Consejo Municipal de la ciudad de Colombo debería organizar una recepción cívica en su honor.*

K: ¿Qué ocurre exactamente en una recepción cívica?

SW: *Las recepciones cívicas se organizan únicamente en honor de personas distinguidas y en ellas participan el alcalde y destacados ciudadanos.*

K: ¡Santo cielo! ¡Yo soy un pobre don nadie cuya individualidad se ha extinguido! ¡Extinguido no distinguido! (Sonoras carcajadas.)

SW: *En esta recepción, es probable que el primer ministro le dé la bienvenida y se pronuncien discursos en su honor. Le obsequiarán un pergamino firmado por eminencias de Sri Lanka.*

K: ¿Y qué contendrá el pergamino?

SW: *Seguramente se referirán a sus diversos logros y a su espiritualidad.*

K: ¡No quiero un certificado de nadie!

SW: *Krishnaji, creo que será una gran pena si rechaza esta invitación. ¡Qué oportunidad para pronunciar un estupendo discurso! Quizás algunos de los políticos que lo escuchan adquieran un interés permanente en sus enseñanzas. ¿Por qué privarlos de los beneficios de su mensaje?*

K: Si esos políticos están verdaderamente interesados en lo que tengo que decir, nada les impide asistir a mis conferencias públicas. Señor, es usted tan ingenuo que no ve las intenciones que se ocultan tras el comportamiento de los políticos. ¿No ve que todos ellos tienen motivaciones políticas? Me niego a que los políticos me utilicen. Los evito.

SW: *¿Dice que evita a los políticos pero tiene usted tratos con la señora Indira Gandhi!*

K: ¡Eso es diferente! Indira es una vieja amiga. Su padre, el Pandit Nehru, nos visitaba a Amma (la doctora Annie Besant) y a mí cuando estábamos en Benarés.

SW: *Por favor, reconsidere lo que le he sugerido.*

K: Lo lamento. Telefonee a este miembro del Consejo Municipal y pídale que retire la moción del orden del día. ¿Me hará usted el favor de llamarlo ahora mismo?

SW: *Si Pero si insisten en organizar una ceremonia en su honor, no creo que pueda usted impedirlo.*

K: ¡Que hagan lo que quieran, pero yo no asistiré!

SW: *Ahora mismo llamaré.*

K: Haga lo que haga en la vida y esté donde esté, evite siempre la publicidad. No ansíe estar en el candelero. El otro día le decía a unas personas que el deseo de ver la propia foto publicada en los periódicos es una gran vulgaridad. Huya de las multitudes vulgares y lleve una vida digna, desconocida por sus amigos, parientes y colegas. Igual que el árbol frondoso que permanece oculto en la profundidad del bosque, permanezca toda la vida en el anonimato.

SW: *¿Por qué está en contra de los políticos? Seguramente habrá algunos que de veras desean ayudar a la sociedad.*

K: Todo aquel que está impulsado por la ambición y el ansia de poder no puede ser bueno. Son ellos los responsables de muchos de los males del mundo. En la India, la gente organiza mucho alboroto en torno a sus líderes políticos. Miles de personas se pasan horas bajo un sol de justicia sólo para ver a un político importante como si se tratara de un extraño animal. ¿Por qué darles tanta importancia cuando sabemos que aspiran al liderazgo político nada más que para llevar agua a su molino? Los políticos huelen a corrupción. De modo que una persona buena debe mantenerse alejada de los políticos y de todas sus actividades. Si desea ayudar a los pobres y mejorar las condiciones sociales, el primer paso es ser una buena persona. Esa misma bondad tendrá una influencia benéfica en la sociedad.

LA PAZ EN UN PAÍS DIEZMADO POR LOS CONFLICTOS

K: Me pregunto por qué dicen que esta isla es un país budista. ¿Acaso un territorio puede tener una religión o una raza?

SW: *Debemos aceptar que la inmensa mayoría de los habitantes de Sri Lanka son budistas. Quizás no sigan estrictamente las enseñanzas de Buda pero se consideran budistas.*

- K: ¿Quiere decir que de budistas sólo tienen el nombre?
- SW: *Por desgracia es así*
- K: ¿Qué había antes de la introducción del budismo?
- SW: *No sé contestar a esa pregunta. Según ciertos historiadores, predominara una especie de animismo. Se creía que todos los objetos, incluso los inanimados, estaban dotados de alma. De ahí que la gente adorara los espíritus que creían que habitaban en los árboles, en los animales y en muchos otros objetos.*
- K: El hombre siempre ha tenido vocación de adorador. El deseo de adorar se ramonea a la época en la que el hombre era un salvaje y llega hasta nuestros días. Hoy en día adora un concepto refinado de Dios; es una creencia muy sofisticada. Esto demuestra que el miedo y la ansiedad han perseguido y siguen persiguiendo al espíritu del hombre. Es muy simple. El impulso de adorar surge sólo porque existe el miedo. Si se elimina el miedo de la psiquis, el hombre ya no siente necesidad de rendir culto a nada.
- SW: *Creo que la idea generalmente aceptada es que al budismo llegó a Sri Lanka en el año 246 d.C. El gran emperador budista Asoka convenció a su hijo, el monje Mahinda, para que visitara Sri Lanka y convirtiera esta tierra al budismo. Según la tradición, Buda en persona visitó el país en tres ocasiones.*
- K: ¿Quiere usted decir que hace 2.500 años viajó hasta aquí desde Benarés? ¿Y lo cree usted?
- SW: *Se supone que viajó mediante la levitación.*
- K: ¿Quiere usted decir que se levantó y flotó en el aire? Ah, ya sé. ¡Buda debió de haber tomado un vuelo de Air India hasta Colombo! (Risas.)
- SW: *Sé que lo ha dicho usted en broma. Pero cada año miles de peregrinos budistas visitan esos lugares de Sri Lanka donde se cree que pasó Buda. Estén o no equivocados, los budistas de Sri Lanka se sienten los guardianes de las doctrinas de Buda. Cuando el budismo prácticamente murió en su tierra de origen por obra de la ortodoxia hindú, estas enseñanzas fueron protegidas en Sri Lanka. A lo largo de los siglos varios reyes cingaleses tomaron medidas para asegurar la supervivencia del budismo. Es por eso que los cingaleses tienen el orgullo de considerarse sus defensores.*
- K: ¡De modo que la gente de este país se ha autoproclamado guardianes del budismo! ¿No se da cuenta de lo absurdo de su aseveración?
- SW: *Yo personalmente no creo en la teoría de que los cingaleses estén destinados a ser los protectores del budismo. Me limito a comentarle que existe esta creencia.*
- K: Si lo que Buda predicaba era la verdad, entonces esa verdad se cuidará sola. Esa verdad no pertenece a persona o nación alguna. Esa verdad no es ni suya ni mía. La verdad está siempre ahí, independientemente de si aparece Buda para expresarla. Esa verdad que no tiene edad y es indestructible, no puede ser robada ni destruida.
- SW: *¡Cuánta razón tiene! Le he comentado todo esto porque es preciso entender los mitos que sostienen el nacionalismo cingalés.*
- K: Pero el pueblo cingalés no es el único que dispone de diversas creencias que fortalecen su idoneidad.
- SW: *Los judíos, por ejemplo, están atados a la idea de que son el pueblo elegido. Y la Biblia sostiene su racismo.*
- K: Se puede citar la Biblia para probar todo tipo de creencias e ideas contradictorias. Por eso es mejor que dejemos tranquila a la Biblia y al resto de la literatura sagrada. Cuando se tiene el espíritu claro, no hace falta echar mano de ningún texto sagrado.
- SW: *Afortunadamente, todas las enseñanzas atribuidas a Buda han quedado registradas en beneficio de la posteridad. Sus discursos fueron escritos en pali, sánscrito y otras lenguas.*
- K: Ninguna lengua, por antigua o noble que sea, puede registrar la verdad. La verdad, que es algo vivo y avanza minuto a minuto, no puede ponerse por escrito. A mi amigo Aldous Huxley le gustaba repetir una cita que decía que Buda nunca predicó la verdad, porque Buda era perfectamente consciente del hecho de que es inefable. La verdad es algo que debe experimentarse personalmente momento a momento. Es un movimiento dinámico, ¿me comprende? Sólo algo que esté muerto puede registrarse en un libro.
- SW: *Para usted estará bien criticar a los libros, pero sin ellos, ¿habría podido yo acaso conocer la vida de Buda y sus elevadas ideas?*
- K: Buda nunca enseñó ninguna idea. A los seres iluminados no les preocupan las ideas. Las ideas son los juguetes de los intelectuales y los sacerdotes. Las ideas condicionan la mente. La persona realmente seria las considerará inútiles. Una mente en la que bullen las ideas no tiene espacio en su interior, por lo sano, es incapaz de alcanzar la claridad, la inteligencia, la luz.
- SW: *Perdóneme por haber utilizado una frase equivocada. Debería haber dicho «percepciones elevadas» de Buda en lugar de «ideas elevadas».*
- K: ¿Cree usted que las percepciones de Buda han hecho que este país fuera distinto de los del resto del mundo? ¿Es el pueblo de Sri Lanka muy inteligente? ¿Ha tomado conciencia de la gran belleza de esta tierra? Este

país es de una extraordinaria belleza. ¿Observa la gente las maravillosas nubes blancas empujadas por el viento, la silueta de las altas palmeras recortadas contra el cielo azul intenso o los pájaros y flores multicolores? ¿Se ha asomado usted a la ventana para ver ese gigantesco tamarindo?

SW: *No creo que el pueblo de Sri Lanka sea fundamentalmente distinto del resto de la humanidad. Le sorprenderá saber que la tasa de delincuencia es muy alta. La gran mayoría de budistas comen carne y pescado sin inmutarse.*

K: ¡Y se llaman budistas!

SW: *Este país tiene también la maldición del conflicto racial entre cingaleses y tamiles. Los tamiles, que constituyen una minoría del dieciocho por ciento de la población, quieren establecer un estado independiente porque se quejan de que la mayoría cingalesa los discrimina. En los últimos años, miles de personas han muerto a causa de la violencia racial.*

K: ¿Cuál es la raíz de la violencia?

SW: *En lo que se refiere a Sri Lanka, creo que la causa de la violencia está en el temor mutuo. La minoría tamil teme a la mayoría cingalesa y los cingaleses temen a los tamiles porque a lo largo de los siglos Sri Lanka fue invadida con frecuencia por principies y ejércitos tamiles. Krishnaji, ¿cuál es la solución a este problema?*

K: Los cingaleses y los tamiles han vivido juncos en esta hermosa isla durante casi doscientos años. ¿Por qué estos dos grupos no lograron mezclarse? Los dos son responsables por no haber sabido formar un todo integrado. Cuando un cingalés se identifica con la raza cingalesa, ¿acaso no se siente diferente de su vecino tamil? ¿Es posible que dejemos de lado las etiquetas de «cingalés» y «tamil»? ¿Por qué nos colocamos estúpidas etiquetas? Son estas etiquetas las que generan odios. ¿Qué es usted? No es más que un manojito de pensamientos, recuerdos, deseos, miedos, dolores y miles de influencias condicionantes. ¿Por qué ponerle etiqueta a este manojito? ¿Por qué darle un nombre? ¿Y ese manojito que lleva en su espíritu difiere en algo del que llevan otros que supuestamente pertenecen a otra raza? ¿Es usted diferente del resto de la humanidad? Cada ser humano se encuentra en una corriente psicológica común. Si lográsemos que la gente se diera cuenta de esta verdad tan obvia, quizás en este país diezmando por los conflictos reinaría la paz.

SW: *¿No cree usted que la violencia existe también porque en nuestros corazones falta la compasión?*

K: Es cierto, pero la compasión no se puede cultivar. La compasión no se puede practicar. La hermandad tampoco. Es por eso que todas las religiones del mundo han fracasado en su intento por cambiar la naturaleza del hombre. La calidad de la compasión llega de pronto, inesperadamente, cuando aclaramos el desorden psicológico que llevamos dentro.

SW: *La compasión es un aspecto importante de las enseñanzas de Buda.*

K: Quizás sea así, pero no limite la compasión al budismo ni a ninguna otra enseñanza. Tal como yo lo veo, señor, un verdadero budista es alguien que siempre es amable, generoso, indulgente, amoroso y considerado con todos seres vivos. Un verdadero budista no haría daño a ninguna criatura viva. Ahora bien, ¿no es posible tener todas estas virtudes sin llamarse budista? Desde el instante en que uno se identifica con cualquier grupo o secta, inevitablemente creamos conflicto y división, ¿no?

SW: *¿Por qué querría yo identificarme con otra cosa?*

K: Usted no es nada en sí mismo. Si se despoja de todos sus pensamientos, ¿qué le queda? No es usted absolutamente nada. Pero como ese vacío resulta aterrador, lo llenamos identificándonos con un gurú, una religión, una secta, un país o una raza. Desde sus albores, el hombre ha tenido una visión tribal porque quería identificarse con un grupo o una causa. Buscaba fortalecer la inexistencia de su sentido del «yo» mediante un proceso de identificación.

SÓLO LA PAZ INTERIOR ASEGURARÁ LA PAZ EXTERIOR

SW: *Hace años usted dijo: «El problema del mundo es el problema individual y el problema individual es el problema del mundo». Hoy en día una de sus sentencias preferidas es: «Vosotros sois el mundo y el mundo es vosotros». Entre estas dos sentencias no existe una diferencia fundamental. ¿Sigue sosteniendo que el trabajo por el bienestar social no hará de ésta una sociedad mejor?*

K: No me opongo a que mejore el nivel de vida de los pueblos. Es evidente que necesitamos mejores casas, una mayor higiene, un ambiente más limpio y una nutrición correcta. Cualquier gobierno decente debe proporcionar estas cosas esenciales.

SW: *Entonces supongo que no se opone al progreso material.*

K: ¿Por qué debería oponerme al progreso tecnológico? Estamos en la era de los aviones a chorro, ¿quién quiere volver a la época de los carros tirados por bueyes?

SW: *Nuestro progreso material mejora tan deprisa que dentro de no mucho es posible que la pobreza desaparezca por completo. Viviremos más tiempo. Al aumentar nuestra prosperidad material, ¿cree usted que el hombre irá desprendiéndose poco a poco de sus rasgos antisociales? Todos tendrán cubiertas sus necesidades básicas, con lo cual es posible que la gente ya no sienta la necesidad de robar a los que tienen más. Los países ricos quizás dejen de pensar en conquistar y colonizar a los pobres. Habrá menos guerras.*

K: ¡Es usted un soñador!

SW: *¿Acaso no es cierto que lleva usted una vida más cómoda que sus abuelos? Sus antepasados no viajaban por todo el mundo como usted.*

K: No es que disfrute viajando en avión. Lo tolero sólo porque es el medio de transporte más veloz.

SW: *¿Niega usted que hayamos experimentado una notable mejoría?*

K: El hombre primitivo atacaba a sus enemigos con piedras. Mil años más tarde, el hombre primitivo lucha contra sus enemigos empleando armas y granadas. El hombre primitivo era violento y agresivo; y nosotros también. ¿A eso llama progreso?

SW: *Eso de lo que usted se queja es uno de los temas preferidos de los moralistas y teólogos que siguen diciéndonos que nos encontramos en nuestra niñez espiritual.*

K: ¡Todavía no hemos llegado a la niñez!

SW: *Permítame analizar la sentencia «Vosotros sois el mundo y el mundo es vosotros». ¿Quiere usted decir que yo soy personalmente responsable por las luchas de Oriente Medio entre árabes y judíos? Yo no he hecho nada para causar o agravar el pillaje, las muertes y los enfrentamientos que ocurren diariamente en ese lugar del mundo. En ese sentido, no me parece bien decir que «yo soy el mundo y el mundo es yo».*

K: ¿Me permite que le haga una pregunta personal?

SW: *Sí. Pregúnteme lo que quiera.*

K: ¿Ha limpiado su mente y su corazón de violencia?

SW: *No me considero una persona violenta. Aunque a veces, en circunstancias extremas, pierdo los estribos.*

K: La ira es una forma de violencia. ¿Está usted de acuerdo?

SW: *Es una forma leve de violencia.*

K: Es leve al principio pero después conduce a actos de violencia.

SW: *Quizás sea ligeramente violento.*

K: ¡Qué ridiculez! Una de dos, o es usted violento, o su espíritu está libre de violencia. La distinción es bien clara. No puede ser violento y estar libre de violencia a la vez. Por favor, escuche bien lo que le voy a decir. O se es honesto o se es deshonesto. ¡No se puede decir «soy ligeramente deshonesto»! Si es usted «ligeramente deshonesto» significa que tiene un espíritu deshonesto. Tome usted el ejemplo del huevo, si es fresco, se podrá comer, pero si está aunque sea ligeramente podrido, hay que tirarlo. Señor, ¿tiene usted la honestidad de reconocer que es una persona violenta?

SW: *Sí, soy violento. ¿Y qué?*

K: ¿Se da cuenta de que cualitativamente su violencia no se diferencia de la violencia que hace estragos en Oriente Medio?

SW: *Sí, cualitativamente es la misma violencia, pero no cuantitativamente.*

K: El grado no es lo que importa. El alcance de la violencia no modifica el hecho de que usted padece la fiebre de la violencia. Señor, un virus invisible puede causar una gran epidemia que mata millones de personas. Del mismo modo, la violencia que lleva dentro, por pequeña que sea, puede provocar una guerra mundial.

SW: *Krishnaji, me hace sentir muy culpable.*

K: Debe usted indagar en las profundidades de su espíritu y arrancar toda esta malevolencia. A menos que esté dispuesto a hacerlo, ¿qué derecho tiene usted a hablar de la pacificación en Oriente Medio?

SW: *Me esforzaré todo lo posible por deshacerme de la violencia y cambiar.*

K: ¡Un momento! ¿Acaso no es una forma de violencia el esfuerzo que se haga por eliminarla? Cuando la violencia intenta subyugar a la violencia se produce más violencia. ¿Se da cuenta de la complejidad del problema?

SW: *Lo único que debo hacer es reconocer la existencia de la violencia. Si se reconoce y se ve, entonces el mismo acto de verla producirá su desaparición.*

K: Exactamente. El mismo acto de ver es hacer. Cuando se observa la existencia de la violencia, esa misma observación es en sí misma el factor que produce el milagro del cambio.

SW: *El número de estados soberanos del mundo aumenta rápidamente.*

K: Por lo tanto, hay más ejércitos, más fuerzas de la marina y de la fuerza aérea y más generales. Cualquier presidente o primer ministro que enloquezca puede destruir el mundo.

SW: *¿Qué opina de las campañas para prohibir las armas nucleares?*

K: ¿Por qué no hacen campaña para prohibir todo tipo de armas? No basta con preocuparse por los peligros de la radiación. Es preciso eliminar toda forma de violencia.

SW: *¿No es responsabilidad de cada gobierno mantener la paz dentro de sus fronteras?*

- K: Habría que destruir el estado. El estado se origina en la violencia y se mantiene recurriendo a la violencia. Todos los estados se fundan en la violencia porque deben contar con un ejército y una policía para asegurarse de que se cumplan las leyes y las decisiones de gobierno. También se espera que los estados se defiendan si son atacados por invasores y agresores. No se debe pasar por alto el hecho de que los estados son un instrumento de la violencia. No se trata de una teoría, sino de un hecho histórico. ¿Por qué esperamos entonces que los estados prohíban la violencia cuando en sí mismos son un instrumento de ella? ¿Comprende usted el problema? ¿Acaso se puede lavar un suelo sucio con agua sucia? No cifre usted sus esperanzas en el estado si de veras desea la paz porque, como le he explicado, el estado es enemigo de la paz puesto que apoya económicamente la institución de la guerra.
- SW: *Al parecer volvemos a su tesis principal de que no habrá paz en el mundo a menos que el hombre sea pacífico y a menos que se produzca una profunda transformación espiritual. Esta visión implica necesariamente que es una tontería depender de los gobiernos o de las Naciones Unidas para conseguir la paz.*
- K: Usted es como su gobierno. Los gobiernos no hacen más que reflejar lo que es uno.
- SW: *Por lo tanto, la cuestión más importante es por qué la violencia forma parte de nuestra naturaleza.*
- K: Mientras el hombre sea esclavo de su yo, de su ego, el sentido del «yo» querrá imponerse. Y todas las imposiciones del ego son formas de violencia. ¿Ha observado las distintas maneras que tiene el ego de expresarse? Mi país, mi casta, mi familia, mis creencias, mi reputación... aquí tiene usted las distintas maneras de imponerse. Si cierta actividad lo satisface enormemente y lo hace sentir realizado, ¿no está usted usando esa actividad para imponer su ego? Y como acabo de decirle, todo aquel que se impone es responsable de la violencia de este mundo. Los benefactores que intervienen en las distintas actividades benéficas, los políticos, los filántropos, todos ellos no hacen más que imponer sus egos de un modo sutil. Al ego no le preocupa el bienestar de la sociedad; lo único que le interesa es su propia supervivencia y la sed de poder. Por lo tanto, el ego tiende a la crueldad y a la violencia.
- SW: *Habrà paz en el mundo sólo si nos tomamos el trabajo de eliminar nuestros egos.*
- K: Nunca se puede eliminar el ego porque, de manera consciente o inconsciente, lucha siempre por imponerse.
- SW: *Sólo habrá paz en el mundo si nuestros egos desaparecen.*
- K: Exactamente.
- SW: *Quisiera hacerle zona pregunta. ¿Cuál es la mejor forma de gobierno?*
- K: Una vez más se aparta usted de lo esencial. Desde tiempos inmemoriales los filósofos han presentado sus proyectos de un nuevo mundo. Los antiguos griegos creían que su ciudad estado era la forma ideal de gobierno. Hoy en día, los capitalistas y los comunistas también sostienen que sus sistemas de gobierno son los mejores. Mientras el hombre permanezca en su estado animal nunca habrá un sistema perfecto. Pero si logramos cambiar la psiquis del hombre, entonces su sociedad alcanzará la perfección.

LA ACCIÓN SIN EL PENSAMIENTO

- SW: *En una de sus charlas se mostró usted muy en contra de los deportes de competición. Si lo he entendido bien, decía usted que lo que más necesita el mundo moderno no es el espíritu de competición sino el de cooperación.*
- K: Es evidente que la competencia está causando la fragmentación del mundo. Vemos que el mundo está dividido económica, social y políticamente. Este planeta ha sido dividido en estados naciones. Y cuando los países compiten entre sí, inevitablemente se producen tensión, sospechas, enemistades, mal entendidos y, a la larga, guerras.
- SW: *Condena usted toda manifestación del espíritu competitivo, ya sea en el campo de los juegos o en las aulas de examen de escuelas y universidades, sin embargo, en su vida privada, disfruta de los deportes de competición. Por ejemplo, esta tarde lo vi con un grupo de estudiantes en la sala de la televisión. Estaban todos ustedes pegados al televisor, viendo a Cassius Clay y Mohammed Ali, el peso pesado norteamericano, peleando en defensa de su título mundial. Citando uno de los boxeadores quedó tendido en el suelo, incapaz de levantarse, los estudiantes aplaudieron ruidosamente. Y lo increíble fue que usted, vestido con tejanos, gritó «¡bravo, bravo!» Fue algo que me chocó mucho.*
- K: Todos estos años se ha formado usted una imagen de mí y ahora descubre que esa imagen no se corresponde con la realidad. Creía que K se viste y actúa de una determinada manera y ahora se siente decepcionado. ¿Por qué tiene una imagen de K? ¿No se da cuenta de que en cuanto se forma usted una imagen se convierte en prisionero de ella? ¡Olvídese de las imágenes! Yo no tengo ninguna imagen de mí mismo. ¿Ha intentado alguna vez despojar su mente de todas las imágenes acumuladas en ella?

- SW: *Para usted estará muy bien filosofar, pero ¿no siente pena por el pobre hombre que cayó inconsciente? Krishnaji, estoy seguro de que conoce usted los aspectos médicos del boxeo y la lucha libres En Inglaterra hay una campaña para prohibir estos deportes por el gran riesgo que corren los que lo practican de sufrir daños cerebrales.*
- K: ¿Qué medidas se toman para impedir el daño psicológico causado por la costumbre de tener imágenes? Señor, por favor, no se quede usted ahí de pie. Siéntese y discutamos de las cosas que lo preocupan. ¿Empezamos por los tejanos? (Risas.) Me han regalado varios pares de tejanos. Son unos pantalones magníficos para pasear por el bosque. ¿Quiere usted un par?
- SW: *Se lo agradezco, Krishnaji, pero usted y yo usamos tallas distintas. Tengo que rechazar su generosa oferta.*
- K: El otro día, un caballero indio que asistió a una de mis charlas, me preguntó airado por qué en Inglaterra no me visto con kurtas y pijamas.
- SW: *¿Y qué le contestó?*
- K: Estoy seguro de que ya sabe por qué no llevo ropa india en Inglaterra. En este país hace frío. Uno ha de vestirse según el clima. Además, la ropa india llama mucho la atención. Vivir adecuadamente es un arte. Deberíamos hacerlo de manera que nadie notara nuestra presencia. Vivir rectamente sin hacer ostentación de la propia rectitud.
- SW: *¿Hablamos del boxeo?*
- K: Me opongo a todos los deportes sangrientos como la cacería del zorro. Una vez vi por televisión a un pobre ciervo indefenso torturado por unos cazadores y me horroricé. Apagué el televisor. Toda persona sensible reaccionaría de ese modo. En el fondo, el hombre es un salvaje y disfruta con las crueldades que se cometen en nombre del deporte.
- SW: *Supongo que indirectamente disfrutamos viendo actos sádicos. Tememos las consecuencias de comportarnos de un modo malvado, por eso nos gusta ver los actos malvados del prójimo.*
- K: No sólo eso, pero también existe la necesidad insaciable de buscar continuamente una distracción. Somos incapaces de vivir con nosotros mismos y de enfrentarnos al vacío que llevamos dentro. Por lo tanto, esta civilización nuestra nos proporciona todo tipo de evasiones a través de los deportes, las drogas, el sexo y la religión.
- SW: *He observado cómo los aficionados al fútbol gritan enardecidamente en los partidos para desahogar sus emociones, sus frustraciones y su agresividad contenidas.*
- K: En mi juventud jugaba bastante bien al tenis. He visto que los jugadores profesionales se enorgullecen de lo que son capaces de hacer. Se obtiene un gran placer al exhibir lo que uno es capaz de hacer y los demás no. A menos que un campeón de boxeo esté fuertemente motivado y posea un ego muy grande, será incapaz de soportar tantas horas de disciplina y entrenamiento. Los seres humanos están dispuestos a sufrir privaciones para conseguir algo. El sentido del «yo» siempre busca expandirse, ya sea en el campo del deporte o en el llamado mundo espiritual. ¡Cómo se esfuerzan los yoguis por someterse a privaciones en su afán por obtener poderes psíquicos! Cuando han logrado conseguir un cierto poder o aprendido algún truco tonto, ¡cómo les encanta exhibirse!
- SW: *Entiendo casi todo lo que ha explicado. ¿Puedo hacerle una pregunta personal?*
- K: Adelante.
- SW: *¿Consigue alguna satisfacción viendo peleas de boxeo?*
- K: Si un boxeador o un luchador quieren ganar, deben actuar espontáneamente. En un combate, el boxeador nunca sabe de dónde le caerán los golpes. Debe ser rápido de reflejos. Porque no tiene tiempo de pensar y actuar en consecuencia. Debe dejar de lado la maquinaria de su mente y actuar sin pensar. Cuando el propio comportamiento está regido por los dictados del pensamiento, entonces se reacciona a los retos de la vida. Y la propia vida no es más que una serie de reacciones así. Pero existe un modo muy diferente de enfrentarse a los desafíos de la vida. Se siente una inmensa alegría cuando se deja de reaccionar siguiendo el pensamiento y se empieza a responder a la vida sin él.

LA NATURALEZA DE LA MEMORIA

- SW: *He descubierto que con los años me vuelvo desmemoriado. No sé si la falta de memoria está relacionada con la edad.*
- K: La falta de memoria no está relacionada con la edad. Los niños pueden ser tan desmemoriados como los adultos. ¿Siente usted un interés vital por el problema?
- SW: *Me interesa especialmente. Ejerczo una profesión académica. Soy bibliotecario y tengo que recordar infinidad de datos y cifras. He notado hace poco que por culpa de mi mala memoria ya no soy tan eficaz como antes.*

- K: En primer lugar debemos distinguir entre dos tipos de memoria. Existe la «memoria fáctica» y la «memoria psicológica».
- SW: *Entiendo que la memoria fáctica se refiere a la información y a los datos técnicos. Se trata del conocimiento de un hecho.*
- K: Sí. La memoria fáctica está formada por todo tipo de información. En la escuela aprendemos historia y geografía. Todo eso es memoria fáctica. Este tipo de memoria es importante, evidentemente. La necesitamos para vivir. Si no me acuerdo de su cara, no podré reconocerlo la próxima vez que nos veamos. Un ingeniero tiene que saber mucho antes de poder construir un puente o una casa. El conocimiento sigue aumentando a gran velocidad, sobre todo el de tipo técnico.
- SW: *Es como una bola de nieve.*
- K: Los ingenieros del futuro tendrán que estudiar mucho más que los de ahora. La mente tiene una gran capacidad para acumular información. Posee extraordinarias facultades pero no las utilizamos todas.
- SW: *¿Sugiere usted que existe una infrautilización de nuestros cerebros?*
- K: Si quiere usted expresarlo así. Existe un cierto aletargamiento y no utilizamos plenamente nuestros cerebros.
- SW: *Ha descrito muy bien la memoria fáctica. Nunca he tenido dificultades para entender lo que es. Pero tengo una vaga noción de lo que es la memoria psicológica. ¿Por ella se refiere usted a la memoria no fáctica?*
- K: La memoria psicológica no es la memoria no fáctica. Es muy fáctica.
- SW: *¿Quiere usted decir que la memoria psicológica es indeseable mientras que la fáctica es deseable?*
- K: Aclaremos lo que es memoria psicológica. Recuerdo qué aspecto tiene su cara. A eso siempre lo hemos llamado memoria fáctica. Ahora bien, el hecho de que me guste o disguste el aspecto de su cara influirá, como es natural, en la actitud que yo tenga hacia usted. Nuestras simpatías o antipatías constituyen lo que llamamos memoria psicológica. ¿Lo comprende? Todos sus temores, sus odios, sus ansiedades, sus esperanzas, sus dolores, sus ambiciones, forman la memoria psicológica.
- SW: *Entiendo los dos tipos de memoria. Están estrechamente relacionadas. No sé exactamente dónde termina una y dónde empieza la otra. En el ejemplo que me ha dado, la impresión de mi cara que queda registrada en su mente se llama memoria fáctica. Si le disgustara mi cara, estaríamos ante la memoria psicológica. ¿Pero acaso el que le disguste no es también un hecho?*
- K: Claro que es un hecho. No es algo imaginado. Pero en el momento en que permito que ese disgusto influya en mi actitud hacia usted, entonces, estoy controlado por la memoria psicológica. ¿Es posible entonces estar dorado de una mente que opere todo el tiempo al nivel de la memoria fáctica y no al de la psicológica? Es la memoria psicológica la que condiciona la mente y el espíritu y distorsiona la percepción.
- SW: *¿Volvemos a examinar esta cuestión? Quiero entenderla bien. Yo tengo una cara muy fea. Esa fealdad es un hecho.*
- K: Recuerdo los rostros tal como son, sin calificarlos de feos o de hermosos.
- SW: *Pero la fealdad es un hecho.*
- K: La forma en que reacciono a su cara es lo que constituye la memoria psicológica.
- SW: *¿Acaso la fealdad no le repele y la belleza lo atrae?*
- K: Debería observar sus reacciones en cuanto surgen. Tan pronto como ve una reacción en su totalidad, la hace usted desaparecer en un santiamén.
- SW: *De ese modo el espíritu no estaría nunca contaminado.*
- K: Así es. He dicho que la reacción se borra en cuanto el espíritu se mantiene pasivamente alerta. ¿Ha observado usted que el espíritu no tiene reacción alguna cuando no pone un nombre a sus reacciones? Al calificar una cara de fea o bonita, ¿acaso no está distorsionando su percepción introduciendo el pasado? El pasado resucita en cuanto uno verbaliza. Las palabras son el pasado. De manera que si evito calificar de fea o bonita una cara, evito las asociaciones pasadas, lo cual significa que es posible ver la cara tal como es y, por tanto, no experimento sentimientos de atracción o rechazo. El espíritu permanece libre.
- SW: *Hemos hablado de algo sumamente importante, aunque del tema de la falta de memoria hayamos saltado a otro.*
- K: Decía usted que estaba desmemoriado.
- SW: *Sí. Al parecer disminuye mi capacidad para retener datos.*
- K: ¿Y qué ha hecho usted para solucionarlo?
- SW: *Todas las noches, antes de dormirme, recuerdo los detalles de lo que me ha ocurrido durante el día. Se trata de un ejercicio mental de yoga. Leí que la capacidad de retención del cerebro se fortalece con este ejercicio. En teoría, los músculos de la memoria, por decirlo de alguna manera, se fortalecen si los flexionamos con frecuencia. Es preciso recordar constantemente lo que la mente ha aprendido para mantenerlo fresco. ¡Con qué facilidad se olvida una lengua extranjera cuando no se la practica! En los*

templos budistas he visto a los monjes memorizar trabajosamente las escrituras y recitarlas de forma regular para no olvidarlas.

K: Conocí a un sannyasin que se aprendió de memoria el *Bhagavad Gita*. Incluso era capaz de recitar el libro al revés, con lo cual no tenía ningún sentido, claro. ¡La gente se le acercaba para admirar su gimnasia mental! También se le podría enseñar a un loro a hacer exhibiciones como esa.

SW: *Tener buena memoria resulta útil en la vida.*

K: ¿Y ha aumentado su memoria después de hacer ese ejercicio?

SW: *Al recordar los acontecimientos del día, he notado que mi mente se ha vuelto más ordenada, pero mi capacidad de retención no ha mejorado sustancialmente.*

K: He conocido personas con memoria fotográfica. Eran capaces de recordar casi todo con extraordinaria exactitud. Pero he comprobado que esas personas no captan con la misma rapidez lo que ocurre dentro de ellas como lo que ocurre fuera. No son muy observadoras.

SW: *Sería magnífico tener una mente observadora que al mismo tiempo tuviera una retentiva fotográfica.*

K: No he conocido a nadie así.

SW: *Todas las mañanas practico cinco minutos el sirshasana (postura sobre la cabeza) porque aprendí de Swami Sivananda de Rishikesh que esta asana es muy adecuada para el cerebro. Según él «la memoria mejora admirablemente».*

K: Yo también hago esta asana pero no con la intención de tener buena memoria. Esta asana es buena para los nervios.

SW: *Entonces también debe de ser buena para el cerebro.*

K: ¿Duerme usted bien?

SW: *Hay días en que no duermo demasiado bien.*

K: Cuando el cerebro no ha descansado como es debido, el cuerpo se vuelve tenso e irritable. Pero cuando el cuerpo está relajado, los recuerdos surgen con facilidad. ¿Sigue usted una alimentación adecuada? Me han dicho que un aporte deficiente de proteínas puede impedir el buen funcionamiento del cerebro. Compruebe este aspecto porque conozco algunas personas de origen asiático que padecen falta de proteínas. ¿Quiere que ponga a prueba su memoria?

SW: *Como usted quiera.*

K: ¿Qué hizo usted la noche del sábado pasado?

SW: *No recuerdo los detalles. Quizás fui a dar un paseo, pero no me acuerdo por dónde paseé.*

K: ¿Cuál es el título del último éxito de ventas?

SW: *Hay varios éxitos de ventas.*

K: ¿Cuáles son sus títulos?

SW: *No me Acuerdo.*

K: ¿Recuerda el nombre de su mejor amigo?

SW: *Claro que sí.*

K: Es bien sencillo. La mente recuerda lo que es agradable y reprime los recuerdos desagradables. ¿No le gusta olvidar los insultos y las críticas molestas? ¿Acaso no atesora los elogios que otros hacen de su trabajo? Si de verdad disfrutara de su trabajo, ¿tendría este problema? Dígame, ¿está contento con su empleo?

SW: *Antes disfrutaba mucho con mi empleo, pero hoy en día detesto tener que estar en mi oficina.*

K: La antipatía que le producen su trabajo y su empleador impide que los recuerdos asociados con su tarea surjan en su memoria. Cualquier agitación, molestia o preocupación impide al inconsciente comunicarse con la conciencia. ¿Es usted plenamente consciente de esta antipatía? Sáquela a la luz y examínela. Al cabo de unas semanas de hacerlo, coménteme si ha mejorado su memoria.

SW: *Krishnaji, sus amigos saben muy bien que tiene mala memoria.*

K: Es cierto. Si llevo diez años sin ver a una persona me olvido de ella por completo. Me ha pasado con algunas personas que se ofendieron conmigo porque fui incapaz de reconocerlas. Es inevitable. Yo soy así.

SW: *¿Ha tomado alguna medida para mejorar su memoria?*

K: No quiero mejorar. No estoy interesado en conseguir nada. Conocer el estado de *lo que es*, vivir el momento, es mucho más importante que molestarse en pensar en *lo que debería ser*.

SW: *Me asombra el hecho de que me haya sugerido usted distintas formas de mejorar la memoria, pero ahora me entero que a usted no le interesa mejorar la suya.*

K: En la antigüedad algunos filósofos y pedagogos consideraban la mente como un receptáculo del conocimiento. La mente era vista como un depósito útil del conocimiento. En el mundo moderno, tenemos ordenadores capaces de almacenar información no sólo más deprisa que cualquier mente humana, sino de forma más exacta. ¿Para qué sobrecargar la mente con datos cuando para eso tenemos los ordenadores? ¿Cuál es entonces el objetivo de la mente? Sin duda, debe utilizarse como instrumento para observar sin

distorsiones. Ver como es debido, la observación inteligente, sin el observador, he ahí el papel de la mente. El mundo es un lugar muy hermoso, lleno de colores, luces, formas y profundas sombras. Observe estas cosas y más sin crear imágenes de lo que está observando, para que la mente sea eternamente nueva, fresca, inocente y joven.

SW: *He oído decir que perdió la memoria casi por completo en la década de 1920 cuando experimentó esa gran iluminación espiritual.*

K: Lo que desapareció fue la memoria psicológica.

SW: *¿Qué me dice de la memoria fáctica?*

K: También me olvidé de gran parte de mi pasado. No de todo, porque aún me acuerdo de cómo contar y usar correctamente las palabras.

SW: *¿Describiría su gran experiencia como una forma de amnesia, si me permite usar este término médico?*

K: No. No sé qué es lo que causa la amnesia. No sé si la amnesia sobreviene a raíz de un daño en el cerebro. No lo llame amnesia porque no fue eso lo que ocurrió. Hay quienes lo llaman el despertar del kundalini y todo eso. Los líderes teosóficos estaban confundidos y ofrecieron todo tipo de explicaciones. La memoria se almacena en las neuronas. Cuando el espíritu se transforma por completo, las neuronas experimentan una mutación. Es un cambio fundamental que no puede explicarse en términos científicos. A menos que haya experimentado personalmente esta mutación, no sabrá de qué estoy hablando.

¿QUÉ ES LA CLARIVIDENCIA?

SW: *Le ruego me disculpe por preguntarle sobre un tema que bordea lo oculto. En muchas ocasiones he visto que desestima usted las preguntas relacionadas con los poderes ocultos.*

K: Hablemos como dos amigos, sin barreras entre nosotros. ¿Cuál es su pregunta?

SW: *He leído la interesante obra de C.W. Leadbeater titulada Clairvoyance. ¿La conoce usted?*

K: Sé que existe pero no la he leído. No estoy familiarizado con la literatura teosófica. Los libros filosóficos, religiosos y espirituales me aburren y por eso no los leo.

SW: *Para bien o para mal, a mí son libros que me fascinan. Krishnaji, usted no tiene que leerlos, porque tiene la suerte de ser una fuente de sabiduría, pero yo sí debo hacerlo porque soy un pobre ignorante.*

K: ¿Cuál es su pregunta?

SW: *Clarividencia significa «ver con claridad pero también se refiere a la habilidad de ver lo que está oculto a la vista. Hay quienes tienen la capacidad de saber sin necesidad de recurrir a sus órganos de los sentidos. En varias ocasiones he tenido experiencias de naturaleza clarividente. Por ejemplo, hace poco visité su casa natal. Tenía curiosidad por ver la habitación sagrada en la que nació. Unos amigos me llevaron hasta la que fue su casa de Madnapalle. Cuando avanzábamos por el pueblo, yo iba delante de ellos. A pesar de que nunca habría visto una foto de su casa, la identifiqué sin dudarle en cuanto la vi. Además, conocía todos los detalles del interior, incluso antes de haber entrado. Me resultaba todo extrañamente familiar. Subí las escaleras como sumido en un trance y busqué un cuadro religioso en una habitación. Para mi desconcierto, el cuadro no estaba, porque lo habrían quitado. Pero el ocupante de la casa me confirmó que había identificado correctamente el lugar de la pared donde había estado colgado.*

K: Mucha gente tiene experiencias de ese tipo. ¿Sugiere usted que tuvo una experiencia misteriosa extraordinaria?

SW: *En cierto modo fue una experiencia inusual.*

K: ¿Por qué le da usted tanta importancia a esta experiencia o a cualquier otra? La experiencia ya ha terminado, pero usted se aferra a ella.

SW: *¿Qué tiene de malo atesorar una experiencia maravillosa?*

K: Toda experiencia que se atesora sobrecarga el espíritu e impide la claridad.

SW: *¿Acaso la experiencia es como una niebla espesa que nubla la mente?*

K: Exactamente.

SW: *Entiendo que el aferrarse a experiencias impide la propia receptividad a ulteriores experiencias, pero aun así, me gustaría saber si la facultad de la clarividencia opera dentro del campo de la mente o fuera de él. ¿Quiere que analicemos este aspecto?*

K: Lo haremos enseguida. Tal vez tenga usted poderes de clarividencia o tal vez no. No lo sé y no me interesa en absoluto averiguarlo. Lo que importa realmente no es si usted es clarividente sino si se ve usted como una persona sobrehumana con poderes clarividentes. ¿Tiene usted esa imagen de sí mismo? ¿Por qué tiene usted una imagen?

SW: *Yo desearía saber si la clarividencia opera en el campo del proceso del pensamiento.*

K: Es natural que sospechemos de todo lo que es producto del pensamiento.

- SW: *¿Insinúa usted que la clarividencia no es de fiar si actúa dentro del campo de la conciencia?*
- K: Todo lo que surja de la conciencia es lo conocido. Por lo tanto, nuestra conciencia nunca puede tocar lo desconocido. Averigüemos si la clarividencia traspasa los límites del pensamiento. ¿Está usted realmente interesado en esta cuestión?
- SW: *Mucho.*
- K: Muéstrese siempre escéptico con las personas que dicen ser clarividentes. No es que la clarividencia no exista. No hay duda de que existe. Pero, ¿no alimenta su vanidad el creer que está dotado de poderes de los que los demás carecen? Cierta vez vino a verme un gurú. Trató de impresionarme por todos los medios. Una de las cosas que me dijo fue que gracias a la clarividencia había diagnosticado que padezco de fiebre del heno. Es cierto que la padezco. ¿Cuál era el secreto de la clarividencia de este gurú? Antes de visitarme, había conocido a un amigo mío y de él había conseguido esta información sobre lo de la fiebre del heno. Hoy en día, este gurú se hace pasar astutamente por clarividente.
- SW: *Krishnaji, en dos ocasiones noté que tiene usted poderes clarividentes. En una reunión criticó al público por no escuchar atentamente. Yo estaba sentado detrás de una columna y usted no me veía. En esa ocasión no pude concentrarme en el debate porque tenía un calambre en la pierna. Entonces me dije: «Si K es clarividente, me disculpará por no prestar atención». Al final de la reunión me sorprendí cuando se me acercó para preguntarme: «¿Está mejor de la pierna?»*
- K: A veces digo cosas sin darme cuenta. Al parecer, otra fuente expresa sus mensajes a través de mí.
- SW: *Cuando me reuní con usted en Vasanta Vihar, en Madrás, después de haber viajado desde Australia, me saludó y exclamó: «¡Ya sé lo que lleva en el bolso! Me ha traído queso y una novela de Agatta Christie». Acertó, porque eso era exactamente lo que llevaba en el bolso.*
- K: Probablemente lo dije por decir y resultó ser cierto.
- SW: *Por favor, explíqueme qué es la verdadera clarividencia.*
- K: Un espíritu carente de imágenes, sin pensamientos, no condicionado, es capaz de una gran claridad. Esa claridad, que es eterna, puede hurgar en el futuro. El futuro puede predecirse. Cuando el espíritu es libre, esa claridad se manifestará incluso durante el sueño. Pero el nombre que le demos no tiene importancia, porque el nombre no es nunca la cosa.

EL MISTERIO DE LA MUERTE

- K: ¿Por qué está usted tan abatido? ¿A qué viene esa tristeza? ¿Qué es lo que lo atormenta? ¿Por qué ha venido a verme otra vez?
- SW: *La semana pasada un amigo mío murió de cáncer. Fue una muerte agónica. Sufrió muchísimo. Los médicos lo drogaban para eliminar el dolor. Se pasó los últimos días de su vida medio inconsciente.*
- K: ¿Qué tipo de cáncer padecía?
- SW: *De pulmón. He estado pensando que tal vez nuestras vidas también tocarán a su fin algún día.*
- K: No es que tal vez toquen a su fin, tocarán a su fin. Tarde o temprano todos morimos.
- SW: *Gracias a los increíbles avances de la medicina, no es improbable que en el futuro cercano, el hombre venza a la muerte. Hasta ahora hemos asumido que todos somos mortales. La sentencia «el hambre es mortal» se basa en nuestra experiencia del pasado, pero en el futuro quizás logremos la inmortalidad física.*
- K: Esas especulaciones surgen por el temor a la muerte. Si no temiera usted a la muerte, no diría estas cosas.
- SW: *¿Insinúa que las teorías sobre la reencarnación y la otra vida son el resultado del miedo a la muerte?*
- K: Al hombre o a la mujer que viven intensamente el presente, el ahora temporal, no les interesa el mañana. El mañana se vuelve importante cuando uno trata de evitar lo que ocurre en el presente. Los ancianos miran hacia el pasado y los jóvenes hacia el futuro. Pero la persona que vive al minuto, en el presente eterno, no tendrá ni tiempo ni ganas de distraerse pensando en el pasado o el futuro.
- SW: *Los libros religiosos están repletos de teorías sobre lo que nos espera después de la muerte. Pero usted insinúa que todas estas teorías carecen de sustancia. Implícitamente me está diciendo que el hombre se ha inventado estas teorías por temor a la vejez y a la muerte. Entiendo que probablemente surgieron porque cumplían con una cierta necesidad psicológica. El hecho de creer en la posibilidad de otra vida reduce considerablemente nuestro temor a la muerte.*
- K: Reconforta pensar que en el cielo o en otra parte podríamos volver a encontrarnos con nuestra abuela. En ese caso, al morir nuestros seres queridos, no sentiríamos el dolor de la separación, porque tendríamos la certeza de que algún día volveríamos a reunirnos con ellos.

- SW: *Ahora que hemos despojado a la teoría de la reencarnación de sus orígenes psicológicos, ¿quiere que volvamos a examinarla? Olvidemos por el momento los motivos psicológicos por los que esta teoría ha prendido tanto en la gente y luego analicémosla.*
- K: Señor, es un enfoque equivocado. Cuando se conoce el trasfondo psicológico de una creencia, cuando se advierte que esa determinada creencia fue inventada por un espíritu temeroso, ¿no la descartamos entonces? ¿Para qué tener creencias? ¿No se puede vivir sin ellas? Un espíritu sano no necesita apoyarse en ellas.
- SW: *Si los médicos me informaran que padezco de una enfermedad incurable y que sólo me quedan unos días de vida, ¿es correcto pedirles que me hagan morir sin dolor? ¿Recomienda usted la eutanasia? ¿Qué sentido tiene prolongar mi vida por medios artificiales si, como consecuencia de un accidente, quedo reducido a un vegetal?*
- K: A los seres humanos nos encanta vernos como inteligentes y maravillosos pero la verdad es que seguimos siendo unos bárbaros. El hombre es violento. Es un hecho. Expresa esa violencia utilizando una palabra hiriente o torturando a alguien que odia. Matar es la expresión extrema de esa violencia. Ya sea que se envíe a otro a matar o bien que lo haga uno con las propias manos, implica la destrucción de una vida. No abogo por la muerte ajena, ni siquiera cuando se hace sin dolor, ni tampoco apoyo el que uno se dé muerte. El suicidio es una manifestación de violencia dirigida contra uno mismo.
- SW: *¿Por qué somos violentos?*
- K: Porque somos egoístas. La búsqueda despiadada del interés propio es violencia. El yo es insaciable. Los deseos y búsquedas del yo son infinitas. El yo sólo puede comportarse de manera egoísta, que es otra forma de decir que el yo sólo sabe comportarse de manera violenta.
- SW: *Recuerdo vívidamente cómo contestó un telegrama internacional que recibió cuando vivía en Colombo. Una amiga suya se lo envió para decirle que se moría. Usted le manifestó su amor contestándole: «PIENSO EN TÍ».*
- K: Si de verdad desea ayudar a una persona, se ha de actuar en vida de esa persona. Los grandes funerales y ceremonias son manifestaciones de afecto que carecen de significado. Es una hipocresía menospreciar a un oponente mientras está vivo y luego rendirle homenaje cuando está muerto.
- SW: *¿Por qué lloramos tanto cuando muere zona persona querida?*
- K: Cuando una persona querida muere es normal que, agobiados por la pena, los parientes y amigos lloren. ¿Lloramos porque nos preocupa la persona que acaba de desaparecer? ¿O lloramos porque de pronto somos conscientes de la pérdida que acabamos de sufrir? El muerto se ha ido para siempre y nosotros nos quedamos enfrentados a una terrible soledad, a un vacío doloroso que no volverá a llenarse. Lloramos para desahogarnos. Pero por más que lloremos y recemos el muerto no resucitará.
- SW: *Imagino que lo que nos aterra es lo absolutamente definitivo de la muerte.*
- K: Cuando la muerte llama a nuestra puerta no podemos decirle: «Por favor, señora Muerte, espere una semana más hasta que haya terminado con mi trabajo». Cuando llega, hay que abandonarlo todo y marcharse con ella. No podemos llevarnos los muebles. Cuando la muerte llega, perdemos todas nuestras posesiones. Quedamos definitivamente separados de nuestras familias y amigos. Es el fin de todos nuestros logros, de nuestras glorias, de nuestras simpatías y antipatías. Nos vamos con las manos vacías, igual que hemos nacido.
- SW: *Acaba de decir que en el momento de la muerte nos vemos obligados a abandonarlo todo y partir. ¿Puedo hacerle una pregunta obvia? ¿Adónde van los muertos?*
- K: ¿Qué es usted? Tiene un nombre, una cuenta bancaria que le hace sentir que es un individuo. ¿Pero existe usted de verdad como persona independiente y diferenciada? ¿Qué es usted sino una colección de pensamientos, emociones, tendencias, predilecciones, odios, penas, temores, ambiciones, deseos, creencias e ideas? Usted es esta combinación de cualidades. No es más que estas cualidades. Si se las quitamos una por una, ¿qué nos queda? No queda nada. Por lo tanto, el «yo» no existe. ¿Se da usted cuenta de que ninguna de sus características es fija o permanente? Todo en ese conjunto, incluido cada uno de sus pensamientos y sentimientos está sujeto al cambio. Tal vez le guste pensar que lleva oculto en su interior una sustancia inmutable llamada alma. Pero verá usted que esa «alma» o «atman» no es más que un concepto, un producto de la mente como resultado de su deseo de permanencia y seguridad, y al igual que ocurre con todos los conceptos, éste también es variable. Cuando nos damos cuenta de que en uno no hay nada que exista de manera permanente, de que el mundo interior y el mundo exterior están siempre en movimiento, entonces estaremos en condiciones de explorar la cuestión de la reencarnación. Todo lo que hay dentro de su conciencia, incluido su cuerpo, cambia permanentemente porque el proceso del pensamiento consta de una cadena de pensamientos en estado de flujo. ¿Acaso su cuerpo es diferente de su espíritu? Los pensamientos nacen y mueren continuamente. El cuerpo también muere y nace sin cesar. ¿Queda claro que no existe nada permanente? Si no existe nada permanente, entonces nada se reencarna. ¿Entiende usted la cuestión? La

reencarnación se convierte en una posibilidad sólo si existe una entidad inmutable y permanente que por sí sola fuera capaz de pasar de una vida a otra, como un pasajero que va de una estación de ferrocarril a otra. Pero si ese pasajero no existe, si no existe una entidad así, entonces no hay nada que reencarnar. La reencarnación no es más que una teoría nacida del deseo de continuidad del hombre.

SW: *Estoy bastante familiarizado con sus escritos sobre ese tema tan importante que es la muerte. Ha dicho usted que la muerte psicológica debería preceder a la muerte física.*

K: Así es. ¿Puede el «yo» morir antes que usted muera?

SW: *Antes de que sobrevenga la muerte física, espero haber muerto para todas mis simpatías, antipatías, preocupaciones, temores y demás. ¿Qué bonito sería si pudiera morir para todo mi pasado!*

K: Cuando haya muerto para todo su pasado, descubrirá un nuevo inicio.

SW: *¿Eso es todo?*

K: Cuando el espíritu quede limpio del pasado, cuando se libere del tiempo, uno se encontrará con algo indestructible.

SW: *¿Está preparado para prescindir de su cuerpo?*

K: Cuando me llegue la hora de irme, entraré en la casa de la muerte con una sonrisa.

¿QUÉ ES LA CORDURA?

SW: *Ayer fui a visitar a una persona que está ingresada en un hospital psiquiátrico. Me deprimió ver a tantos hombres y mujeres dementes. ¿Alguna vez intentó ayudar a una persona internada en un hospital de este tipo?*

K: En cierta ocasión fui a un manicomio para ver a un paciente al que había conocido. Y me di cuenta de que los «locos» que vivían en el manicomio no se diferenciaban fundamentalmente de los «cuerdos» que estaban fuera.

SW: *He oído decir que la frontera que separa la cordura de la locura es muy endeble.*

K: No es esa la cuestión. Quizás no exista esa frontera. ¿Acaso los llamados cuerdos son más claros que los llamados locos? En los hospitales psiquiátricos hay hombres que se creen que son reyes o dictadores y mujeres que se creen que son reinas o princesas. Se considera loca a toda persona que cree en cosas que no guardan ninguna relación con la realidad. ¿Acaso no es una locura creer en la existencia de dioses imaginarios con infinidad de brazos y piernas?

SW: *Los filósofos indios han considerado el hecho de confundir una soga con una serpiente como un ejemplo de percepción distorsionada.*

K: En estos momentos, nuestra percepción está cubierta por un velo de imágenes. Tenemos imágenes de las personas que conocemos. Los padres tienen imágenes de sus hijos y los hijos tienen imágenes de sus padres. Muchas personas que asisten a mis charlas tienen una cierta imagen de mí. Es una lástima que tenga reputación de ser un maestro espiritual. Por eso ven en mis palabras más de lo que es mi intención. Por eso interpretan mal las verdades simples y obvias de las que hablo. Esta imagen de mí impide la correcta comprensión de mis charlas. Una mente cuerda no tiene imágenes.

SW: *¿Entonces retener imágenes es un síntoma de locura?*

K: Claro que sí.

SW: *¿Pero no hay grados de locura?*

K: No existe una diferencia cualitativa entre una mente que tiene pocas imágenes y otra que tiene muchas. ¿No ha notado usted de qué manera un solo prejuicio hace que la mente se vuelva tortuosa? La imagen de que las personas que pertenecen a una determinada raza o religión son malvadas y de inferior calidad produce sentimientos de odio hacia ellas. A la larga, el odio conduce a la intolerancia, al terrorismo y a la guerra. Las imágenes que tenemos de los demás quizás no se correspondan con lo que realmente son. Estas imágenes están muy alejadas de la realidad. Pero sentimos apego por nuestras imágenes, he ahí una de nuestras dificultades.

SW: *¿Cree usted que el psicoanálisis es útil para ciertos desórdenes mentales?*

K: ¿Los psicoanalistas han liberado sus mentes de imágenes? Si no lo han hecho, ¿acaso no estarían imponiendo a sus pobres pacientes sus propias imágenes? Probablemente los psicoanalistas consigan que sus pacientes se conviertan en miembros disciplinados y obedientes de esta sociedad. Pero deberían cuestionar las bases mismas de la sociedad. ¿De qué sirve hacer que los pacientes se conformen a las reglas de la sociedad para que se conviertan en ciudadanos respetables? El corazón mismo de la sociedad está corrupto. ¿Acaso esta sociedad no se basa en la competencia, la ambición y el egoísmo? ¿Y quién es el «analista» que lleva a cabo el análisis? ¿Acaso el «analista» es distinto del analizado? El «analista» es un producto de la confusión de la mente. Por lo tanto, todo lo que haga el «analista» producirá mayor

confusión. Como he dicho en otras ocasiones, el análisis es parálisis. ¿Por qué depender de nadie para indagar en uno mismo? ¿Acaso no debe ser uno su propia luz? Una persona que explora constantemente el espíritu, que siempre está atenta a sus movimientos y se fía de sí misma, no iría a un psicoanalista ni en sueños.

Le contaré una anécdota. A un interno de un hospital psiquiátrico le gustaba pasarse las horas pescando truchas en su taza de café. Usaba un cigarrillo de anzuelo. Divertido, un psicoanalista le preguntó al paciente: «¿Qué tal, ha cogido usted muchos peces?»

El paciente le contestó: «¿Está usted loco? ¿No ve que esto no es más que una taza de café?»

ENERGÍA PARA AUTOEXAMINARSE

SW: *Aconsejo a un colega que tiene un problema sexual. Me ha pedido que se lo comente.*

K: ¿Por qué no ha venido con usted?

SW: *Se muestra renuente a conocerlo porque le parece que se pondría nervioso en su presencia.*

K: ¡No voy a morderlo! Dígame que será bien recibido. ¿Qué problema tiene?

SW: *Está tratando de superar su homosexualidad.*

K: La palabra homosexualidad es un tanto peyorativa. ¿Por qué no intenta dejar de usarla?

SW: *Pero se trata de un término científico neutral.*

K: Es posible, pero hoy en día son muchos los que tienen una actitud de condena con respecto a la homosexualidad. El mismo hecho de que desee superar su homosexualidad demuestra que está predispuesto en contra. No digo que la homosexualidad sea deseable o indeseable. Si se quiere entender un problema hay que empezar por no condenarlo de ningún modo. No habrá frescura en su forma de enfocar el problema si se muestra usted hostil a él. Las actitudes de censura impiden que lo analicemos desde el inicio. Hay que encarar el problema tal como es, sin querer alterarlo en modo alguno. Las palabras tienen diversas asociaciones. Evocan el pasado, son el pasado. ¿Es posible analizar el problema directamente, sin verlo a través del filtro de las palabras?

SW: *Si no debo usar la palabra homosexualidad, ¿cómo debo referirme a ella?*

K: ¿Es preciso que le ponga un nombre?

SW: *¿Quiere que la llame X?*

K: ¿Se da usted cuenta de que la solución de un problema está en el problema mismo? Las palabras distraen su atención del problema.

SW: *Krishnaji, por favor, déme usted unas pautas para ayudar a alguien que está desesperado.*

K: Me temo que ése no es el método. El arte de entender correctamente resolverá todos los problemas. No es que usted entienda primero y actúe después porque entender es en realidad hacer.

SW: *Le he sugerido que debería enfocar el problema sin condenarlo ni justificarlo.*

K: En primer lugar es preciso despojar su mente de todo sentimiento de pecado. No logrará abordar este asunto honestamente mientras su espíritu esté atormentado por el temor o por la culpa. Cuando el espíritu se libera de tales cargas, ya es inteligente.

SW: *Esta persona es poeta y novelista. Es muy inteligente y sensible.*

K: El acto sexual es momentáneo. Es una experiencia efímera pero, ¿por qué a la gente le preocupa tanto? El sexo no es puro ni impuro pero el pensamiento lo magnifica más allá de toda proporción. La mente le da una importancia desmesurada. Se disfruta pensando en un acto sexual que ha concluido hace rato o se fantasea sobre las experiencias sexuales futuras.

SW: *La mente es la culpable. Una persona ocurrente observó que la sexualidad no está en los genitales sino en la mente. La obsesión del hombre con el sexo es el precio que debe pagar por poseer una imaginación sumamente desarrollada.*

K: A los intelectuales es a quienes preocupa el sexo. Para las personas cariñosas, de buen corazón, cuyas vidas no están dominadas por el intelecto, el sexo casi nunca es un problema.

SW: *Existe otra categoría de personas que han hecho del sexo un problema. Pienso en los hombres y mujeres puritanos, edificados para luchar contra el sexo como si se tratara de una especie de monstruo.*

K: Conocí a un sannyasin en la India que luchaba contra sus apetencias sexuales. Cuanto más intentaba reprimirlas, más incontrolables se volvían. No se daba cuenta de que el reprimir su instinto sexual era el modo más seguro de reforzarlo. En lugar de tratar de entender este poderoso impulso humano observándolo atentamente, intentaba con todas sus fuerzas de sojuzgarlo, pero no lo logró. Cometió entonces la tontería de someterse a una operación en la que le extirparon los órganos sexuales. Un día fue a verme con lágrimas en los ojos y me contó que a raíz de la operación le estaban saliendo pechos y otras características femeninas.

- SW: *Las tradiciones religiosas de la India dan mucha importancia a conservar las propias energías como condición sine qua non para conseguir la iluminación espiritual.*
- K: La indulgencia sexual produce una dispersión de energías. La represión sexual también produce una dispersión de energías porque lleva a la mente a un estado de conflicto. Y el conflicto, esta batalla entre el deseo poderoso de entregarse al sexo y el pensamiento opuesto que dice «no debes entregarte al sexo», produce una pérdida de energías. Se necesita una gran cantidad de energía para proceder al autoexamen, pero esta energía no se puede acumular a través de la represión sexual. Sólo habrá abundancia de energía cuando el espíritu esté libre de conflictos. Cuando se entiende que el «yo», la entidad que hasta ese momento intentaba por todos los medios controlar los movimientos del pensamiento, es en sí misma producto del pensamiento, entonces el conflicto entre «pensador» y pensamiento termina de inmediato. Observe la naturaleza ilusoria del «controlador» del pensamiento, e inmediatamente, todo conflicto tocará a su fin y una nueva energía revitalizará el espíritu.
- SW: *En algunos templos del sur de la India, se adora al linga, o falo de Siva. ¿Cuál es el significado esotérico de este culto, si es que lo tiene?*
- K: El hombre primitivo no entendía el funcionamiento del instinto de procreación. Era un misterio que lo dejaba perplejo. Por lo tanto, le tenía miedo. Y así comenzó a adorarlo de la misma manera que adoraba a los elementos. El espíritu teme aquello que no logra comprender. Y entonces reprime o adora aquello que teme. Todas las formas de adoración y plegaria se originan en el miedo.
- SW: *Cierta vez usted dijo que las ansias de actividad sexual existen porque son un medio para olvidarse de sí mismo.*
- K: Nuestras vidas se centran alrededor del yo. Casi todo lo que hacemos, pensamos o sentimos está en cierto modo directa o indirectamente relacionado con el yo. El sexo permite una liberación inmediata del mundo miserable y limitado del yo. Es por eso que nuestra cultura le da tanta importancia al sexo.
- SW: *Supongo que una persona liberada queda absolutamente libre del sexo de palabra, pensamiento y obra.*
- K: A una persona así no la angustian ni los problemas sexuales ni ningún otro problema psicológico. Cuando el yo deja de existir, sobreviene la dicha.

LA TOMA DE CONCIENCIA ES UN JUEGO

- SW: *Después de tantos años de autoobservación, ¿no es una lástima que el proceso de formación de imágenes continúe en mi espíritu? La lluvia torrencial del pensamiento no deja de caer. Me deprime esta derrota.*
- K: ¿Por qué se juzga? De niño jugaba usted. La toma de conciencia también es un juego. Si sólo juego por el placer de hacerlo, ¿tiene alguna importancia el que gane o pierda?
- SW: *He comprobado que la toma de conciencia no es continua. Hay como chispazos de conciencia. Cuando cesan, siguen momentos de oscuridad. Y a continuación, se vuelve a tomar conciencia. El problema radica en esta intermitencia de la conciencia.*
- K: La toma de conciencia no tiene que ser continua, rara vez lo es. Cuando se critica diciendo que la toma de conciencia no es continua, demuestra que se ha formado una idea de ella, un ideal, un patrón. Entonces, intenta conformarse a ese patrón que usted mismo establece. Señor, la toma de conciencia no es una práctica autoimpuesta. No se puede practicar. Cuando tiene una visión de cómo funciona su mente, no sea usted codicioso y pida más diciendo que su mente debería estar consciente todo el tiempo.
- SW: *Me siento fatigado después de tratar de permanecer consciente todo el rato.*
- K: Descanse si se siente fatigado. Una vez que se haya recuperado, estará en condiciones de seguir trabajando. La observación de uno mismo es un trabajo agotador. Sin energías no se puede trabajar y cuando el trabajo agota sus energías, entonces, tiene que volver a descansar.
- SW: *Tengo la impresión de que consumo más energía cuando la mente pugna por permanecer alerta.*
- K: Pugar por permanecer alerta es malgastar energías, mientras que *estar* alerta genera energía. ¿No ha notado que se produce un aumento de energías cuando se acepta a sí mismo? Consideremos el miedo. Al espíritu le gusta huir del miedo justificando su existencia o pasándolo por alto. No se elimina el miedo huyendo de él. Pero en el instante en que se acepta y se aborda plenamente el hecho del miedo, sin huir de él, entonces, desaparece y surge una energía nueva.
- SW: *Se repiten los recuerdos de ciertas experiencias agradables y desagradables. Ciertos pensamientos están tan profundamente arraigados en la conciencia que parecen residir permanentemente en ella.*
- K: Cuando tenga un pensamiento recurrente, debe verlo desde el principio. Un pensamiento desagradable o agradable que surge una y otra vez indica que tiene algo que contarnos. ¿Por qué no dejarle al pobre que nos cuente su historia? Cada vez que surja, podrá usted saber algo más sobre él.

- SW: *Mi otra dificultad es la rapidez del proceso del pensamiento. Se mueve tan deprisa que no logro seguirle el ritmo.*
- K: Se calmará a medida que descubra las capas profundas del inconsciente. Debe usted desnudar el inconsciente para que en él no queden rincones oscuros.
- SW: *Cuando el pensamiento se suspende temporalmente, paso por períodos de tranquilidad. Es una lástima que estos períodos no duren más.*
- K: ¿Para qué pedir más? Sin duda es el pensamiento el que reclama tranquilidad. Mientras el pensamiento esté activo, no habrá tranquilidad. En cierta ocasión un amigo mío muy docto comentó que como tenía que leer mucho, en la mente no le quedaba más espacio. ¿Puede una mente muy activa y llena de su propio ruido gozar del silencio necesario para recibir algo que no haya sido tocado por el pensamiento? Si me permite sugerírselo, intente estar sólo al menos una hora al día. En esa hora no deberá leer, ni trabajar, ni disfrutar de la compañía de sus amigos. Puede aprovechar para dar un paseo en solitario o bien observar la naturaleza. Es una delicia contemplar el vuelo de los pájaros, el verde de los árboles, la vastedad de los cielos. El espíritu pierde sensibilidad cuando no existe una comunión con la naturaleza. Viva cerca de la naturaleza.
- SW: *¿Es necesario conocer cada pensamiento?*
- K: Es imposible conocer cada pensamiento. Son demasiados. La corriente del pensamiento es enorme y poderosa. Sólo comprendiendo las limitaciones del pensamiento podremos trascenderlos. Por el mero hecho de comprender, ya estamos cruzando esa corriente. Tiene que salir de ella, señor, ahora mismo.

(Página externa última)

Susanaga Weeraperuma estuvo estrechamente relacionado con la vida y el trabajo de Krishnamurti durante treinta años. Esta intimidad le ha permitido esbozar -a través de numerosas entrevistas y encuentros privados- un penetrante retrato del gran filósofo indio. La obra está plagada de declaraciones inéditas de Krishnamurti sobre diversas cuestiones de interés espiritual: la naturaleza de la memoria, la clarividencia, el misterio de la muerte, la toma de la conciencia como un juego, etc... Más aún, el libro nos descubre el lado humano y anecdótico de la personalidad del maestro, no exenta de un fino humor. Escrito en un estilo claro, el autor capta tanto la quintaesencia de una gran alma como la esencia de sus enseñanzas.

ISBN 84-8237-013-8

9 788482 370132